

**LUCHADORES
DEL
ESPACIO**

TIERRA DE TITANES



POR GEORGE H. WHITE

se

Vencida la tremenda peste que estuvo a punto de aniquilar los doscientos millones de habitantes del autoplaneta, los valerosos se enfrentan con la inquietante interrogante de aquel nuevo mundo desconocido. Una... Tierra de titanes.

¡Un hiperplaneta, un mundo de proporciones gigantescas, capaz de albergar a varios millones de humanidades como la terrícola!

George H. White, el creador de tantos mundo maravillosos, se supera a sí mismo y da vida, en un rasgo de ingenio, al más fantástico y hermoso planeta jamás imaginado. Un mundo de titanes hecho por titanes.

¿Dónde se ocultan esos seres, medio hombres, mitad dioses?

¿Pudo desaparecer sin dejar rastro una civilización que tuvo en sus manos tan inmenso poder?



George H. White

Tierra de titanes

La saga de los Aznar - 32

ePub r1.1

Titivillus 09.08.15

Título original: *Tierra de titanes*
George H. White, 1975

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





TIERRA DE TITANES

George H. White



**LUCHADORES
DEL
ESPACIO**



TIERRA DE TITANES

CAPÍTULO PRIMERO

Abrillando en círculos de alta velocidad integrada por los buques ROMA, LIMA y KALININ, al mando del Almirante Aznar, volaba en misión de descubierta sobre el inmenso territorio del hiperplaneta. Era éste el primer intento serio por reconocer, “de visu”, siquiera una parte de aquel extraño mundo y de establecer contacto con sus habitantes.

Seis meses atrás, una aeronave valerana, repleta de instrumentos de medida, guiada por control remoto, había llegado hasta el hiperplaneta para efectuar una toma de datos.

El hiperplaneta representaba un enigma que tenía profundamente inquietos a los valeranos. Era un mundo extraño, singular.

Se había dado en llamarle “circumplaneta” porque su forma no era la de la clásica esfera, sino un anillo de 380 millones de kilómetros de diámetro interior, y el sol brillando en el centro como eje de esta llanta gigantesca. La distancia de la Tierra al Sol era de 150 millones de kilómetros; es decir, la circunferencia que formaba el hiperplaneta alrededor de su sol, era todavía 100 millones de kilómetros mayor que la órbita que la Tierra recorría en su viaje anual alrededor del Sol.

Considerando únicamente la cara interior del anillo, que eran las tierras que alumbraba el sol y donde se desarrollaba la vida, este territorio tenía mil ciento noventa y tres millones de kilómetros de longitud, y diez millones de kilómetros de ancho. La superficie de esta larga y curvada pista representaba once mil novecientos treinta y dos BILLONES de kilómetros cuadrados.

Tan enorme magnitud no decía nada a la mente si no se la representaba de una manera gráfica. Por ejemplo: veintitrés millones quinientos sesenta mil cuarenta y siete planetas como la Tierra cabrían dentro de la superficie del circumplaneta.

Un avión que volara ininterrumpidamente a tres mil kilómetros por hora, tardaría cuatro meses y dieciocho días en cruzar la plataforma de un borde a otro. Pero si el mismo avión, a la misma velocidad sostenida de tres mil kilómetros por hora, se propusiera volar a lo largo de la cara interior del hiperplaneta, necesitaría cuarenta y cinco años, cuatro meses y veinticuatro días para completar el viaje de circunvalación y regresar al punto de partida.

Dadas las dimensiones del territorio, los valeranos necesitarían más de medio siglo para explorarlo en su totalidad, incluso aplicando los más modernos sistemas de levantamiento cartográfico por fotografía aérea.

Pero el Almirante Aznar confiaba no necesitar tanto tiempo para dar con los habitantes del circumplaneta. Esperaba que la curiosidad, o el temor, o ambas cosas, impulsaría a las criaturas de este mundo extraordinario a salir a su encuentro.

En previsión a cualquier sorpresa, el Almirante Aznar tomó para esta misión tres cruceros siderales de la moderna serie “Stelar”. Estas aeronaves eran el máximo exponente de la fuerza de ataque del autoplaneta VALERA, que era por sí mismo la máquina de mayor potencia destructora en el universo conocido.

De 300 metros de eslora, 30 de manga y 30 de puntal, el crucero de la serie “Stelar” estaba constituido por un monocasco de “dedona” que tenía en todas sus partes un mínimo de tres metros de espesor. La densidad de este metal era 40.000, la materia más pesada conocida. Largo, esbelto, monolítico, parecía tallado en aristas, totalmente distinto de la línea convencional, más cerca de un viejo submarino que de una moderna aeronave.

La razón era que estas naves no se habían concebido para moverse en un medio gaseoso. Su elemento natural era el vacío intergaláctico, donde un cuerpo de forma cúbica se habría movido igual que otro de formas aerodinámicas, pues nada existía allí que ofreciera resistencia al avance. Si alguna concesión se hizo en la serie “Stelar” a la aerodinámica, estaba en razón de la utilización de estos navíos en posibles misiones en la atmósfera o en inmersión submarina.

Ahora mismo, la Escuadrilla se movía a través del aire sin dificultad aparente. La enorme potencia de sus motores lumínicos les habría permitido volar a velocidades jamás alcanzadas antes por ningún otro sistema de propulsión, hasta convertir cada aeronave en un bólido incandescente.

Mas para la misión que estaban desempeñando no era necesario desarrollar grandes velocidades, antes al contrario.

En el puente de mando del crucero KALININ, que enarbolaba la insignia de su mando, el Almirante Aznar ocupaba una confortable butaca tapizada de cuero negro. Echado ligeramente hacia atrás en su butaca reclinable, el Almirante observaba atentamente las escenas que iban desfilando por las enormes pantallas de televisión de cuatro metros de altura entre el muro y el techo, inclinadas 45 grados. Detrás y a ambos lados, otras pantallas semejantes ofrecían una visión total de cuanto ocurría alrededor del buque. Las pantallas del frente y los lados ofrecían una amplia panorámica del terreno por delante y ambos costados del crucero.

En las otras pantallas se veía el cielo que la aeronave iba dejando atrás.

La cámara de derrota era el centro nervioso del poderoso navío. Tenía doce metros de ancho y veinte metros de largo. Todos sus muros estaban cubiertos por los tableros luminosos de las computadoras, paneles de instrumentos y gran número de pantallas

que proporcionaban una serie muy compleja de datos, relacionados tanto a lo que ocurría a bordo del buque, como a muchos miles de kilómetros en rededor.

El puente de mando era una plataforma octogonal que se levantaba en el centro de la cámara a un metro de altura del piso, y estaba rodeada de un parapeto formado por siete pantallas de televisión de un metro de ancho. A cada lado de esta plataforma se alineaban tres filas de pupitres atestados de botones eléctricos, cada uno servido por un oficial que tenía ante sí una pantalla de televisión.

Sesenta hombres y mujeres en la cámara de derrota tenían a su alcance todos los resortes del buque, capaz de desencadenar por sí solo una tormenta de rayos y fuego suficiente para arrasar un continente con los medios de destrucción más sofisticados y aferradores.

Sentado en su butaca de cuero negro, calados los auriculares, Miguel Ángel Aznar tenía plena conciencia del enorme poder del buque que regía bajo su mando. Seguro de la fuerza de su Escuadrilla, no descuidaba sin embargo ninguna de las medidas de seguridad preceptivas para una misión de descubierta.

Nada sabía del circumplaneta, excepto que estaba allí y era enorme. En cualquier momento podía surgir la sorpresa, y lo desconocido siempre resultaba más inquietante que cualquier poder conocido, por muy grande que fuera.

Como justificando todas las medidas de precaución adoptadas, de pronto una voz en los auriculares del Miguel Ángel:

—¡Atención, señales de radio en la demora Cero Seis Siete!

Miguel Ángel se envaró en la butaca.

—Aquí el Almirante. Quiero oír esas señales.

—Sí, señor.

Instantes después llegaba a los auriculares de Miguel Ángel Aznar un sonido particular; una especie de chirrido lejano, intermitente, con desiguales cambios en el tono. Si no podía afirmarse que se trataba de una voz, tampoco parecía una señal de radio producida por medios mecánicos.

—¡Atención, señal de radar por la demora Cero Seis Siete!

—¿Estamos absorbiendo el eco?

—Sí, señor. Nuestro “colchón” electrónico absorbe la señal.

—Retiren el colchón, quiero que el eco regrese al punto de origen. Interesa que nos descubran. Atención ROMA. Atención LIMA. Aquí KALININ. ¿Me escuchan?

—Hola, KALININ, aquí ROMA, escuchamos.

—Hola, KALININ, aquí LIMA, escuchamos perfectamente.

—Sigán con alerta roja. Estamos recibiendo señales de radio y señales de radar por la demora Cero Seis Siete —dijo Miguel Ángel Aznar.

—Hemos recibido esas señales, Cero Seis Siete, conecto.

—Vamos a dejar que ellos se nos aproximen. Permanezcan quietos y en silencio hasta nueva orden. Mantengan el rumbo.

—Entendido, Almirante.

Miguel Ángel Aznar levantó los ojos hacia las enormes pantallas de estribor. Pero “ellos” estaban todavía lejos. Y a menos que fueran capaces de desarrollar mayor velocidad que los cruceros no les alcanzarían.

—Control radar. Encienda su pantalla, vaya informando de los progresos de esos aparatos.

—¿Almirante? —era la voz del profesor Mario Valera.

—Sí, profesor —contestó Miguel Ángel Aznar.

—¿Por qué supone que se trate de aparatos? ¿Se refiere a aparatos aéreos?

—Espero que se trate de aparatos aéreos. Pronto lo sabremos.

Como un eco a las palabras del Almirante llegó la voz del operador de “radar”.

—¡Atención, contacto radar! Demora Cero Seis Ocho, distancia mil doscientos kilómetros.

—Recibido, no pierda de vista esos contactos.

Transcurrieron unos minutos.

—Control radar a puente. Objetivo en la demora Cero Ocho Cinco. Distancia mil kilómetros. Cuento doce puntos móviles.

Calló la radio. Los tres cruceros valeranos seguían imperturbables su tranquilo y seguro vuelo sobre la inmensidad de un continente cubierto de selvas. En la cámara de derrota, no obstante, se iba espesando cierta atmósfera de expectación. ¿Qué ocurriría cuando las aeronaves valeranas se encontraran con las máquinas de los habitantes del circumplaneta?

Miguel Ángel Aznar había optado por dejar la iniciativa a los

nativos. Quería demostrar a las gentes del circumplaneta la buena voluntad que animaba a la nación valerana.

Los aparatos desconocidos estaban describiendo una amplia curva para situarse detrás de los cruceros valeranos. Desarrollaban una buena velocidad, pues, aunque poco a poco, les iban dando alcance.

—Control radar a puente. Objetivo en el rumbo Uno Nueve Cero. Distancia quinientos kilómetros.

Miguel Ángel Aznar hizo girar su sillón. En los brazos de la butaca había una serie de botones. Miguel Ángel Aznar pulsó uno de estos botones y todas las pantallas cambiaron simultáneamente de imagen. Ahora mostraban no la tierra, sino todo el cielo alrededor del crucero. Así pudo verse al ROMA que volaba a estribor y ligeramente rezagado respecto al KALININ. Por el lado opuesto, a un kilómetro de distancia y también un poco rezagado volaba el LIMA. Pero toda la atención del Almirante estaba fija en la gran pantalla de 12 metros cuadrados orientada a popa. De nuevo utilizó la radio para ordenar al controlador de televisión que grabara cuanto reflejaran las pantallas de aquí en adelante.

Siguieron unos minutos de silencio. En la cámara de derrota todos los ojos estaban fijos en aquella pantalla donde deberían aparecer los aparatos desconocidos.

—Control radar a puente. Objetivo en el rumbo Uno. Ocho Cero. Distancia doscientos cincuenta kilómetros. Velocidad Dos, coma, Cinco mack. Estarán a la vista en cinco minutos.

—Oficial de derrota, comience el conteo.

—Cuatro minutos treinta segundos —dijo una voz por los altavoces de la cámara.

En los auriculares de Miguel Ángel Aznar los chirridos de la radio se escuchaban con creciente nitidez.

—Cuatro minutos.

Miguel Ángel Aznar pasó revista mentalmente a todos los dispositivos de defensa, como si temiera haber olvidado alguno: proyectores de “luz sólida”, Rayos Zeta, ondas electromagnéticas, cinturón antimagnético, coraza iónica, torpedos de cabeza nuclear...

—Tres minutos treinta segundos.

La atmósfera de la cámara de derrota parecía cargada de

electricidad.

—Tres minutos.

Miguel Ángel Aznar aspiró el aire con fuerza.

—Dos minutos treinta segundos.

Aunque podía haber ordenado ampliar la imagen por medio del teleobjetivo, Miguel Ángel prefirió dejar las cosas como estaban.

—Dos minutos.

Los ojos estaban fijos en la pantalla con tanta intensidad que lagrimeaban.

—Un minuto treinta segundos.

Miguel Ángel Aznar hizo un cálculo mental. A minuto y medio los persecutores todavía se encontraban a ciento cincuenta kilómetros de distancia. Pero a dos y medio “mack” los desconocidos se acercaban a 50 kilómetros por minuto.

—¡Un minuto! Cincuenta y nueve segundos... cincuenta y ocho... cincuenta y siete... cincuenta y seis...

Los segundos iban cayendo uno tras otro, con cadencia implacable.

—Siete... seis... cinco... cuatro... tres... dos...

Miguel Ángel Aznar los vio en este instante. Eran como pequeños puntos negros colgando del azul del cielo, creciendo de tamaño con rapidez.

—¡Ahí vienen! —exclamó alguien con incontenible emoción.

—Puente a observación. Denme novedades.

—Aquí información; veo puntos térmicos en mi pantalla de infrarrojos, y escapes de calor muy aparentes detrás de los aparatos, como si éstos fueran propulsados por motores de combustión de chorro.

—Es así como van propulsados —comentó Miguel Ángel Aznar en voz alta.

Las aeronaves negras estaban ya muy cerca, desplegados en una fila. En los auriculares del Almirante seguían escuchándose aquellos chirridos despacibles. Rápidamente los doce puntos negros se separaron en dos grupos; seis de ellos a la derecha y los seis restantes a la izquierda. Parecía que iban a dar alcance a los cruceros, cuando súbitamente perdieron velocidad y se hundieron como piedras abandonadas en el vacío. En breves instantes quedaron rezagadas. Luego, de pronto, recobraron su agilidad y

empezaron a elevarse de nuevo manteniendo la distancia que les separaba del crucero.

¿Qué había ocurrido?

El cinturón electromagnético que envolvía a los cruceros valeranos en un radio de 15 kilómetros había sido la invisible muralla con la que tropezaron las aeronaves negras. Al penetrar en el área protegida de los cruceros sus motores dejaron de funcionar a causa del fallo de su sistema eléctrico. Pero al alejarse los cruceros, arrastrando consigo su invisible cinturón electrónico, los motores volvían a funcionar y las aeronaves negras se salvaron de estrellarse contra el suelo.

En el mismo breve espacio de tiempo había enmudecido la radio. Pero ahora, de nuevo, volvía a escucharse aquel indescriptible barullo de chirridos. Miguel Ángel se preguntó cómo reaccionarían ahora los desconocidos habitantes del hiperplaneta.

La respuesta no tardó en llegar.

Las aeronaves negras habían reemprendido la persecución ganando altura con sorprendente facilidad. Desde cuatro mil metros de altura y una distancia de más o menos dieciocho kilómetros lanzaron una andanada de proyectiles.

Eran proyectiles cohete aire-a-aire.

—¡Atención, proyectiles enemigos en la marcación Uno Ocho Cero! —anunciaron los serviolas automáticos a través de los altavoces y, simultáneamente, en los auriculares del Almirante Aznar.

Ahora todos los ojos estaban fijos en Miguel Ángel Aznar, esperando de éste una decisión. Pero el Almirante había decidido no hacer nada. Necesitaba conocer la eficacia de las armas desconocidas, arriesgando la propia seguridad.

Por supuesto, era un riesgo calculado. Si Miguel Ángel estaba en lo cierto, aquellos proyectiles deberían llevar espoletas de proximidad accionadas por un dispositivo electrónico. Pero en un radio de quince kilómetros ningún sistema eléctrico podría funcionar en cuanto penetrara en el cinturón de protección magnética de los cruceros.

Los proyectiles venían velozmente hacia la Escuadrilla, impulsados por un chorro de llamas. En breves segundos estuvieron sobre los cruceros valeranos. Una célula fotoeléctrica, sensible a los

rayos infrarrojos, les guiaba hacia los chorros de intenso calor que salía de las toberas de popa de los cruceros. Pero al atravesar el cinturón protector electrónico, todo el sistema de dirección de los cohetes dejó de funcionar. Los proyectiles, apagados los motores, siguieron adelante por el impulso que llevaban, pero cuando parecía que iban a alcanzar a los cruceros empezaron a perder velocidad y entraron en una curva parabólica que les conduciría irremisiblemente a tierra.

“Tendremos que dejarles acercarse más” —se dijo Miguel Ángel.

A continuación utilizó la radio para llamar al ROMA y al LIMA:

—Sigan adelante manteniendo velocidad y rumbo. Voy a rezagarme para que ellos puedan alcanzarme.

Los comandantes del ROMA y el LIMA contestaron dando el “entendido”. El Almirante ordenó a su piloto pasar a velocidad subsónica.

—Retiren el cinturón electromagnético.

Los controladores se miraron unos a otros con alarma. No obstante, la orden fue ejecutada sin comentarios.

En la gran pantalla orientada a popa las aeronaves negras eran apenas unos puntos imperceptibles en la distancia. En las pantallas laterales se vio al ROMA y al LIMA que se alejaban rápidamente del KALININ.

Como Miguel Ángel Aznar supuso que ocurriría, al ver al KALININ que se rezagaba, las aeronaves negras se lanzaron en su persecución. Esta vez pudieron acercarse cuanto quisieron, disparando una andanada de cohetes desde una distancia inferior a diez kilómetros. Cada aeronave lanzó cuatro cohetes, que salvaron en segundos la corta distancia convergiendo sobre el solitario crucero.

El doble chorro de fotones acelerados de los motores del KALININ desvió de su rumbo y provocó la detonación prematura de los proyectiles que se aproximaban por la estela del crucero. Los restantes estallaron por encima y a ambos lados del buque.

En la cámara de derrota hubo un unánime respiro de alivio. Los proyectiles, contra lo que se temía, no llevaban espoleta de impacto ni carga nuclear, solamente explosivos convencionales de alta potencia.

La recia estructura del crucero sideral apenas acusó con un

ligero movimiento la perturbación causada en el aire por las explosiones.

—¿No es extraordinario? —se escuchó en los auriculares del Almirante la voz excitada del profesor Ferrer. ¡No emplean proyectiles nucleares, tal vez ni siquiera conozcan la utilización de la energía atómica!

Miguel Ángel Aznar no contestó. Sus ojos azules permanecían fijos en la pantalla de televisión, donde las aeronaves negras se acercaban con rapidez. Vistas de frente presentaban un monocasco de forma aplastada, con las tomas de aire de tres motores arriba, y dos planos verticales, uno a cada lado, entre los motores y el borde del casco. En la proa se apreciaba perfectamente cinco ventanillas apaisadas.

—Oficial de observación, tomen cuantas fotografías puedan de esos aparatos —ordenó Miguel Ángel.

Las aeronaves se separaron como las ramas de una palmera. Unas se dirigieron hacia arriba, otras pasaron por debajo del crucero, y a cada lado se situaron tres aparatos.

—Quieren observarnos de cerca —comentó Miguel Ángel.

Los aparatos estaban ahora en las largas pantallas laterales, a unos cinco kilómetros de distancia.

Miguel Ángel Aznar pulsó un botón eléctrico en el brazo del sillón. Un juego de lentes integrado en un teleobjetivo, entraron en acción. El efecto óptico fue el de que las aeronaves de las pantallas de estribor daban un salto prodigioso acercándose al costado del KALININ hasta una distancia de apenas cincuenta metros.

Por lo que se podía apreciar, las aeronaves tenían forma oval aplastada, como un platillo volante estirado hacia atrás. No tenían alas en absoluto, pero sí dos planos verticales alargados que remataban en la popa en dos timones. Entre los dos planos verticales estaban los tres motores de chorro, de cinco metros de largo. Lateralmente y hacia la proa se advertían cuatro ventanillas apaisadas.

Pese a su aspecto macizo y la falta de planos sustentadores, aquellas máquinas se mantenían fácilmente en el aire y volaban con gran rapidez impulsadas por sus grandes motores de chorro.

Dando muestras de audacia, como excitado por la curiosidad, una de las aeronaves se acercó al KALININ por el costado de

estribor. Se aproximó tanto que llegó a cubrir todas las pantallas. Miguel Ángel Aznar oprimió de nuevo un botón, anulando la acción del teleobjetivo. La imagen retrocedió de un salto y quedó fija a cien metros de distancia.

En los auriculares de Miguel Ángel Aznar se escuchaban con más intensidad los chirridos. Entre éstos la voz del serviola anunció:

—Atención, contacto radar en la demora Tres Uno Cero. Distancia setecientos kilómetros.

La nave desconocida se acercó todavía más. Se apreciaba el triple chorro de aire caliente que salía con fuerza de las toberas de sus motores. Se acercó hasta una distancia de cincuenta metros. Luego, repentinamente, dio un salto hacia arriba y se alejó al mismo tiempo que iniciaba un cerrado viraje.

—Atención, observación a puente. El enemigo vira ciento treinta grados y se aleja.

El observador se había referido a las aeronaves lenticulares llamándolas “el enemigo”, interpretando que no podía llamarse “amigo” a quienes de primer intento las habían atacado con proyectiles.

—Almirante Aznar a cruceros ROMA y LIMA. Regresen a la formación, vamos a perseguir a esos aparatos —ordenó Miguel Ángel Aznar—. Puente a oficial de derrota. Vire y siga a esos aparatos.

La voz del profesor Alejandro Valera preguntó a través de los auriculares.

—¿Qué te propones con esta persecución, Miguel Ángel? ¿Crees prudente hostigar a esa gente? Recuerda que estamos intentando establecer relaciones amistosas con los habitantes del circumplaneta.

—No vamos a hostigarles, Alejandro, amigo mío. ¿Has visto esas aeronaves? Sus motores queman alguna clase de combustible; queroseno, alcohol o tal vez hidrógeno. Eso me hace pensar que tienen un radio de acción limitado. Probablemente se les está acabando el combustible. No van a tener más remedio que regresar a su base. Les seguiremos y descubriremos el lugar de donde salieron, ¿de acuerdo?

—Comprendo, es una buena idea. Tal vez nos lleven hasta su ciudad.

Ante el teclado de una computadora, el oficial de derrota, a la vista de los datos sobre velocidad, altura y rumbo, que aparecían en una pantalla electrónica, escribió en clave la maniobra que deseaba realizar. Introducidos los datos en la computadora sólo tuvo que apretar un botón.

Dirigido por el cerebro electrónico, el crucero KALININ viró, escorando en el ángulo adecuado para que los tripulantes no fueran derribados por la fuerza centrífuga, enderezando el rumbo en persecución del escuadrón de aeronaves que se alejaba.

Lejos de allí, el ROMA y el LIMA viraron a su vez y acudieron a reunirse con el KALININ, situándose uno a cada costado a un kilómetro de distancia y quinientos metros más atrás.

El “enemigo” había reducido sensiblemente su velocidad, manteniéndola en trescientos kilómetros por hora, que debía ser una marcha económica para los motores de chorro.

La escuadrilla de cruceros acomodó su velocidad a la del escuadrón, manteniéndose a veinte kilómetros de distancia.

Volando a trescientos kilómetros las naves lenticulares iban a invertir casi dos horas en regresar al punto donde fueron detectadas por primera vez.

Como para corroborar la suposición de Miguel Ángel Aznar de que el “enemigo” regresaba a su base, otra fuerza de veinte aeronaves venía volando desde el rumbo opuesto en persecución de los cruceros. El Almirante llamó a Cayo Prober, capitán de navío y comandante del KALININ, para que le relevara en el puente.

Prober traía sus propios auriculares encasquetados y sólo tuvo que insertar la clavija en el enchufe. Miguel Ángel abandonó el puente y fue a reunirse con un grupo de personas que permanecían como espectadores sentados al fondo de la sala.

Este grupo estaba formado por el profesor don Mario Valera y su hijo Alejandro, ambos especializados en bioquímica y exobiología; por el doctor Ferrer, ingeniero; la profesora Adriana Elorza, antropólogo y arqueólogo; la joven Sara Bogani, doctora en Ciencias Naturales y experta entomólogo; y el doctor Abelardo Ross, sociólogo y psicólogo.

Excepto la señorita Bogani, que tenía veintidós años, ninguno de los otros contaba menos de cuarenta. El profesor Mario Valera, el de más edad del grupo, tenía alrededor de ochenta, resultando ser más

joven que el Almirante Miguel Ángel Aznar, que había cumplido los ochenta y seis.

Ninguno representaba su verdadera edad. En la sociedad de VALERA, donde la duración media de la vida estaba establecida entre los 350 y 375 años, la población parecía gozar de una eterna juventud. De hecho se envejecía muy despacio, y un hombre moría a los trescientos y tantos años sin ver una arruga en su rostro ni una cana en su cabello. Los rasgos característicos de la vejez había que buscarlos en otras señales inconfundibles; la curvatura de la espalda, la forma de andar y de moverse, el brillo y la viveza de los ojos...

La apariencia juvenil de Miguel Ángel Aznar procedía en parte de la viveza de sus ojos azules, de la expresión risueña de su rostro y de su figura esbelta y ágil. Solía sonreír con los ojos y los labios, usaba un lenguaje a la vez culto y desenfadado, y reía con frecuencia con una risa abierta y contagiosa.

—¡Atención, enemigo en el rumbo Uno Ocho Cero ha lanzado!
—anunció en este momento el altavoz.

En efecto, la fuerza aérea que venía en persecución de los cruceros acababa de lanzar una andanada de cohetes desde veinte kilómetros de distancia. Pero como había ocurrido la vez anterior, los pilotos en las naves lenticulares debieron ver consternados cómo sus veloces proyectiles perdían repentinamente toda su furia acometedora, entraban en pérdida de velocidad y se precipitan a tierra, donde hicieron tardía explosión.

—Observen eso —señaló Miguel Ángel a la pantalla orientada a popa—. Han reducido la velocidad para no rebasar la cobertura de nuestro cinturón electrónico y se mantienen a distancia. ¿Qué quiere decir eso?

Fue el profesor Ferrer quien contestó:

—Evidentemente han sido advertidos por sus compañeros de la existencia de un obstáculo invisible.

—¿Advertidos por radio?

—Sí, ¿de qué otra forma si no?

—Las únicas señales de radio que hemos podido captar fueron esos desagradables chirridos que no han dejado de sonar en todo el tiempo. ¿Quiere decirse que esa es la voz de los habitantes de este planeta?

Los científicos se miraron unos a otros.

—¿Qué opina usted, don Mario? —insistió Miguel Ángel dirigiéndose al profesor Valera.

—Es curioso, yo diría que esos chirridos no son producidos por una voz humana —repuso el profesor.

—¿Quiere decir que nuestras amigos del circumplaneta no son humanos?

—¿Qué condiciones debe reunir un ser viviente para que pueda considerársele “humano”? Lo que he querido decir es que no considero ese sonido como producido por unas cuerdas vocales como las nuestras. Y conste que no me refiero solamente a los hombres. Los perros, los monos, los papagayos y los cuervos tienen cuerdas vocales. Por el contrario, esos chirridos parecen producidos más bien por medios mecánicos.

—¿Como una lámina metálica? —inquirió Miguel Ángel.

Pero fue la señorita Bogani quien contestó:

—Como los tímpanos de estridulación de algunos insectos...

—¡Insectos! —exclamó Miguel Ángel.

Se miraron unos a otros sorprendidos.

—¡Bueno! —suspiró don Mario—. ¿Por qué nos asombramos?

—¿Supone usted que la vida inteligente de este planeta puede estar representada... por insectos?

—Es posible, ¿por qué no? —era de nuevo la señorita Bogani quien hablaba—. Si nos remitimos al pasado de la Tierra, vemos que ciertos insectos, como la hormiga y la abeja, habían desarrollado una vida social, una civilización, mucho antes que el hombre saliera de las cavernas.

—Pero esos insectos no conquistaron jamás nuestro mundo —argumentó Miguel Ángel Aznar.

—El tamaño, aparte otras condiciones, debió ser un factor determinante en la conquista de nuestro viejo mundo. Por su estatura y su constitución, el hombre pudo sobrevivir a las difíciles pruebas a las que le sometió la naturaleza. Los grandes monstruos perecieron al cambiar las condiciones ambientales del planeta, mientras que los insectos no lograron consolidarse debido a sus minúsculas dimensiones. Tratemos de imaginarnos una raza de hormigas o abejas tan grandes como caballos. El hombre primitivo jamás habría podido evolucionar en un mundo dominado por seres

más fuertes, más inteligentes y mejor organizados. Pensemos que lo que nunca ocurrió en la Tierra pudo ocurrir aquí.

—No sería agradable —comentó Miguel Ángel Aznar mirando pensativamente a la pantalla de televisión—. ¿Qué puntos de contacto pueden existir entre nosotros y una raza de insectos, por muy evolucionada que sea? Seguramente jamás llegaremos a comprendernos...

CAPÍTULO II

En un momento, el grupo de radiofónicos a interrumpir las reflexiones del ensimismado —¡Atención, oficial de derrota a puente! La fuerza enemiga ha cambiado el rumbo a Tres Uno Cinco.

Miguel Ángel insertó la clavija de su teléfono a la línea general. Escuchó la voz del comandante Prober que le llamaba:

¿Almirante?

—Le escucho, Prober.

—El enemigo ha cambiado el rumbo a TRES UNO CINCO.

—Comunique con el LIMA y el ROMA. Vamos a seguirles.

—¿Tenemos que perseguirles donde quiera que vayan?

—No irán muy lejos. Si, como creo, esos aparatos queman alguna clase de combustible, tendrán que detenerse más pronto o más tarde. Tal vez su maniobra no persiga más objeto que alejarnos de la base de donde salieron.

—De acuerdo, señor.

Alejandro Valera tocó en el brazo de Miguel Ángel.

—¿Qué maniobra crees que se llevan entre manos?

—Ellos han comprendido que estamos dispuestos a seguirles dondequiera que vayan. También han aceptado el hecho de que no pueden impedírnoslo. Imagino que su propósito es despistarnos llevándonos lejos de su base.

—¿Por qué no seguimos en el rumbo que llevamos y tratamos de encontrar su base por nuestros propios medios? Tal vez haya allí una ciudad.

—No te preocupes, para eso siempre estaremos a tiempo. Nuestra computadora guarda memoria de todas las maniobras y podrá traernos de nuevo al rumbo que llevábamos en el momento que queramos. Quiero ver qué ocurre cuando esos aparatos que van por delante agoten su combustible.

—¿Saltarán en paracaídas? En tal caso quizás podamos capturar a alguno. —Alejandro guardó silencio, exclamando a continuación —: ¡Dios mío, no puedes imaginarte cuán excitado estoy!

—También yo —sonrió Miguel Ángel—. Lo que no hace para que sienta apetito. ¿Por qué no tomamos algo? Esta persecución puede durar todavía un par de horas.

Las previsiones de Miguel Ángel iban a resultar acertadas. Después de tomar café y sandwiches la persecución continuaba. Los doce aparatos seguían huyendo, mientras los cruceros eran perseguidos a su vez por las otras veinte aeronaves desde una distancia prudencial.

Saboreaba Miguel Ángel su segundo café cuando los que escapaban ejecutaron una maniobra inesperada. La formación se deshizo y cada aparato continuó solo, separándose de los demás.

El puesto de observación comunicó la novedad al comandante y éste a su vez se lo comunicó al Almirante a través del teléfono.

Miguel Ángel Aznar regresó al puente, donde el comandante Prober le cedió la butaca.

—Quédese donde está —le dijo Miguel Ángel—. Sólo voy a dar instrucciones a Arnal y MacLane.

Ensaltó la clavija de su teléfono en la red.

—Atención, MacLane. Atención, Arnal. Habla Aznar. Vamos a separarnos y a perseguir cada uno a una de esas condenadas aeronaves. Ellos están en las últimas. Cuando acaben su combustible se posarán, en el suelo o abandonarán los aparatos de alguna forma. La orden es de seguirles sin limitación de tiempo ni distancia, y tratar de capturar al menos a uno de los tripulantes, preferiblemente vivo. Que nuestros hombres vayan equipados de trajes de vacío y “back”, y no olviden de tomar toda clase de precauciones al regresar a bordo. Recuerden que hay en este planeta bacterias extrañas que pueden matarnos. Aunque hemos sido vacunados, ignoramos si gozamos de plena inmunidad. Tal vez existan otras bacterias agresivas que todavía no conocemos. Los prisioneros, suponiendo que capturemos alguno, pueden ser a su vez portadores de gérmenes nocivos. Deberán ser aislados en habitaciones herméticamente cerradas y selladas. No podemos permitirnos negligencias en este sentido. ¿Me han comprendido?

—Aquí MacLane, entendido, Almirante.

—Aquí Arnal, entendido.

—Bien, antes de separarnos fijen en la memoria de sus computadoras esta posición. Estaremos en contacto permanente por radio y radar, y regresaremos a este punto para reunimos una vez terminada la misión. Mantengan su cobertura electrónica y actúen en todo momento con las máximas precauciones. Suerte... y buena caza.

Miguel Ángel desenchufó su clavija. El comandante ordenó a través del micrófono:

—Comandante a oficial de derrota; fije esta posición en la unidad de memoria. Siga a la aeronave que tenemos delante.

Prober miró a Miguel Ángel Aznar, que se había quitado el casquete y lo dejaba sobre el parapeto de los aparatos de televisión.

—Siga al mando —le dijo Miguel Ángel—. Voy a ponerme unas de esas armaduras. Designe media docena de hombres para desembarcar, o mejor pida voluntarios. Yo iré con ellos.

—¡Pero eso puede ser muy arriesgado, Almirante!

—Estaremos en contacto por radio —dijo Miguel Ángel sin contestar a la protesta de Prober.

A continuación abandonó la plataforma y cruzó la sala para reunirse con los científicos.

—Les dejo, voy a tomar parte en la operación de captura —dijo concisamente.

—¿Vas a salir a Tierra? ¡Magnífico, voy contigo! —exclamó Alejandro Valera.

—No creo que debas. Vamos a tener que utilizar el “back” y tú no tienes soltura en su manejo.

—¿Quién lo dice? ¿Olvidas que nos obligaste a pasar por un período de entrenamiento en el manejo del “back”, como condición previa para formar en este grupo?

—Esa gente no se dejará atrapar sin resistencia. Puede que haya lucha, y ni siquiera estamos muy enterados del tipo de armas que utilizan.

—¡Vamos, Miguel, déjate de monsergas! Soy un científico y no he venido a esta expedición para contemplar el circumplaneta a través de una pantalla. Tengo que estar allí cuando capturemos a esos tipos.

—¿Para qué demonios? Si se trata de insectos, la señorita Bogani

es quien más entiende de eso.

—Iré con usted —dijo la agraciada señorita Bogani.

—Era broma, olvídalo. Alejandro vendrá conmigo.

La señorita Bogani hizo un gracioso mohín de disgusto con sus gordezuelos labios.

—Vayan con cuidado, muchachos —recomendó don Mario Valera.

Los dos hombres abandonaron la cámara de derrota.

Cada tripulante a bordo del crucero sideral tenía asignada una armadura o “traje de vacío” de “diamantina”, un cristal sintético de extraordinaria dureza capaz de resistir temperaturas de hasta 3.000 grados, inatacable a los ácidos corrosivos, y tan hermética que un hombre podía sentirse completamente seguro dentro de ella, lo mismo en el vacío espacial que a mil metros de profundidad en los abismos submarinos.

La armadura de “diamantina” era preceptiva a bordo de los buques de la Armada Sideral Valerana, especialmente en combate. Pero algunas unidades del Ejército la utilizaban también en ciertas misiones especiales.

El complemento ideal de una armadura de vacío era el “back”, aparato volador individual que tenía la forma de una caja de cantos redondeados y se fijaba a la espalda con unos enganches de gran solidez. Provisto de una de estas armaduras completas, con un “back”, un hombre podía volar a mil kilómetros por hora y moverse en cualquier elemento; en el aire, en el vacío espacial o en inmersión submarina. Los mandos que regulaban la velocidad y altura estaban situados en el antebrazo izquierdo y en el muslo derecho de la armadura de “diamantina”.

Estas armaduras o “escafandras de vacío”, estaban interiormente refrigeradas y calentadas (según conviniera a las condiciones de temperatura exterior) y tenían entre sus dobles paredes una provisión de oxígeno para doce horas, que podía ampliarse a ocho o diez horas más con el añadido de un par de botellas auxiliares.

Tanto Miguel Ángel Aznar como Alejandro Valera tenían sus armaduras en sus camarotes respectivos. Una vez equipados, llevando la escafandra bajo el brazo, tomaron un ascensor hasta la cubierta inferior, donde estaba el arsenal.

Cuando se encontraban en el arsenal equipándose con “backs”

llegaron los seis hombres que iban a acompañarles. Eran cinco sargentos al mando del teniente Rivadeneyra, todos equipados con armaduras de “diamantina”. Después que cada hombre se hubo endosado su correspondiente “back”, Miguel Ángel Aznar los armó con pistola automática convencional, machete y fusil de “luz sólida”.

El fusil de “luz sólida” era un arma bastante pesada que disparaba cintas lumínicas de dos pulgadas de ancho y un centímetro de grosor, y que sólo podía funcionar conectado a una fuente de energía eléctrica, que en este caso sería la suministrada por la pila atómica que generaba energía para el “back”.

Una particularidad de estas armas era que podían utilizarse con distintos grados de intensidad. Al máximo de concentración y potencia, el impacto de un rayo de “luz sólida” era capaz de atravesar un muro de plomo de medio metro de espesor. Dispersando el foco y reduciendo la potencia se aumentaba la superficie de impacto. La fuerza del rayo lumínico era comparable a la de una viga de hierro de 50×50 centímetros de testa lanzada a 3.000 kilómetros por hora; un ariete que podía hundir puertas y derribar muros. Reduciendo todavía más la potencia, el rayo fotónico actuaba como un pequeño huracán, golpeando a un hombre y volteándolo como si se aplicara un grueso chorro de agua a gran presión.

—Pongan sus fusiles a la mínima potencia, no queremos matar a nadie a menos que sea absolutamente preciso —dijo el Almirante.

Armado y equipado, el grupo salió del arsenal y tomó un montacargas hasta la tercera cubierta. Al abrirse la puerta del montacargas se encontraron en la cámara de botes. Uno tras otro, sobre un ancho raíl en forma de canal, se veían dos aerobotes de once metros de longitud enfilados a un portalón a seis metros de ancho.

Miguel Ángel se dirigió a un audiovisor. Marcando un número por medio de botones consiguió comunicación con la cámara de derrota y, a través de un operador, directamente con el puente de mando. En la pantalla de televisión apareció el comandante Prober, quien a su vez veía al Almirante en una de las siete pantallas que tenía a su alrededor.

—¿Sí, Almirante?

—Estoy en la cámara de botes de estribor, listo para salir. ¿Qué novedades hay?

—La fuerza aérea que nos ha perseguido hasta aquí acaba de dar media vuelta y se retira. Al parecer han desistido. Respecto a la aeronave que estamos siguiendo, parece que no va a aguantar mucho en el aire. La aeronave ha reducido su velocidad a cien kilómetros por hora y está perdiendo altura. Voy a retirar el cinturón magnético para acercarnos más.

—Bien, ábranos la esclusa de estribor. Cuando esa aeronave se detenga, usted detiene el buque sobre ella. Será la señal para nuestra salida. A partir de ese momento nos comunicaremos por radio.

—Sí, señor. Voy a ordenar que les abran.

Desde la cámara de derrota, un controlador, sentado en su pupitre, apretó un botón y vio cómo se iluminaba la pantalla de televisión que tenía ante sí.

Mandado por control remoto, el portón de seis metros de ancho se abrió en dos hojas de medio metro de espesor que giraron sobre robustas bisagras. Al quedar abiertas las puertas, una sección interior de dos metros de espesor, se partió en dos mitades que se deslizaron silenciosamente a derecha e izquierda ocultándose en el grosor del casco. Los ocho hombres entraron y se alojaron en el hueco que había quedado libre.

Sobre el casquete telefónico, compuesto de micrófono y auricular, se pusieron las escafandras. Mientras llevaban a cabo esta operación, las dos hojas del portón volvían a cerrarse tras ellos. Abrieron la llave del oxígeno y encendieron la pequeña pila atómica que en el interior de la caja de “dedona” generaba energía eléctrica para el “back”, la radio, el sistema de refrigeración interior y el fusil de “luz sólida”. Por encima de sus cabezas brillaba una luz roja que les envolvía dándoles un extraño aspecto.

Poco después la luz roja cambió a verde y el sólido muro de “dedona” que les separaba del exterior se abrió hacia afuera en dos secciones de medio metro de espesor.

La luz del día entró en la cámara, llegando amortiguada al interior de las escafandras a través del vidrio azul y el cristal negro polarizado de la mirilla.

Miguel Ángel Aznar avanzó y miró afuera. A sus pies, la selva,

verde y oscura, se deslizaba formando una compacta masa de aspecto impenetrable. Estirando más la cabeza pudo ver la aeronave negra que marchaba a unos cien metros por delante y unos doscientos metros más bajo que el crucero. La aeronave iba sumamente despacio ahora, tan despacio que pronto fue alcanzada por el crucero sideral. El KALININ se detuvo con una sacudida y empezó a girar lentamente sobre sí mismo, como un globo cautivo tirando del cable a impulsos del viento.

Miguel Ángel Aznar pudo ver ahora perfectamente a la nave negra que descendía verticalmente sobre la selva.

—Está aterrizando, vamos allá —dijo Miguel Ángel.

Comprobó el “back” haciendo girar apenas uno de los dos botones incrustados en el antebrazo de la armadura. Al sentir la suave fuerza ascensional que le arrancaba del piso volvió el botón atrás. Avanzó decididamente hasta el borde de la esclusa y saltó al vacío.

Mientras caía accionó de nuevo el botón hasta sentir una sensación de freno, como si un gancho invisible tirara de él hacia arriba desde la espalda.

La caja metálica del “back” era de “dedona”, y aunque de chapa delgada, creaba un campo de fuerza antigravitacional que la empujaba en sentido contrario a la fuerza de atracción del circumplaneta.

La misteriosa aeronave negra caía sobre la selva. Rompió con su peso las ramas altas de un árbol y se sumergió en la oscura masa arbórea. Miguel Ángel consideró como una circunstancia desafortunada la caída de la aeronave en la selva. La espesa masa vegetal favorecía a la tripulación, que podría escapar fuera de la vista del KALININ. Seguramente los aeronautas habían buscado intencionadamente la selva para sepultarse en ella y escapar de la persecución de los extranjeros.

—Vamos, deprisa —apremió Miguel Ángel a sus compañeros—. Tenemos que llegar antes que puedan abandonar el aparato y se esfumen en la selva.

Restando energía a su “back”, Miguel Ángel golpeó en las puntas altas de un árbol y atravesó el espesor de la floresta rebotando aquí y allá hasta dar con su cuerpo en tierra.

La blanda consistencia del terreno, cubierto de una capa de

hojas podridas, actuó de amortiguador, juntamente con el interior acolchado de la armadura. Una lluvia de hojas cayó sobre su cabeza mientras se incorporaba.

Empuñó el fusil y miró en torno para orientarse. Un ruido de ramas quebradas anticipó el violento aterrizaje de uno de sus compañeros a cinco metros de distancia. Cayó sentado y permaneció unos instantes inmóvil.

El vidrio de las armaduras estaba teñido de azul y el frente transparente de la escafandra era de cristal polarizado, negro por la parte de afuera. Aunque desde el interior se veía perfectamente hacia afuera, los astronautas no podían verse la cara unos a otros. Para poderse identificar cada armadura traía un número en pintura blanca, de grandes dimensiones sobre el pecho, más pequeño en la parte posterior de la escafandra. El número del que acababa de llegar no correspondía al de Alejandro ni al teniente Rivadeneyra.

—¿Cuatrocientos doce, como se llama usted? —preguntó Miguel Ángel a través de la radio.

—Soy el Sargento Álvarez, Almirante.

—¿Está herido?

—No creo.

—Pruebe a levantarse.

El sargento se levantó. Se movió cojeando ligeramente.

—No es nada, sólo me duele un poco la rodilla. No sé dónde fue a parar mi fusil.

Miguel Ángel lo recogió y se lo entregó.

—Sígame si puede andar, tenemos que alcanzar la aeronave antes que la tripulación tenga tiempo de salir.

Desenfundó el largo machete y se abrió paso a mandobles entre las gruesas lianas, que como largos tentáculos colgaban de las ramas por todas partes. Súbitamente, al rodear un alto matorral, vio entre las hierbas la aeronave a unos metros de distancia.

Allí en el suelo la aeronave resultaba más grande de lo que parecía volando. Debía medir por lo menos 20 metros de longitud y 10 metros de envergadura, de lo que resultaban unas dimensiones respetables, considerando que el aparato no tenía alas.

De aspecto macizo, se apreciaba en el casco hileras de remaches; seguramente estaba construida con planchas de buen espesor. El Almirante no pudo seguir observando pues en el mismo instante se

abría una escotilla en el costado del aparato.

Miguel Ángel llamó por la radio:

—¡Alejandro, Teniente... vengan pronto! Hay movimiento en la aeronave, parece que alguien va a salir.

En el auricular de Miguel Ángel sonó la voz de Alejandro Valera.

—¡Espera, Almirante! ¿Dónde estás?

—Cerca del lado de babor de la aeronave.

También escuchó al teniente Rivadeneyra, que echaba reniegos porque no encontraba la dirección apropiada en mitad de un espeso espadañal.

—Voy a elevarme para orientarme desde el aire.

Miguel Ángel levantó la cabeza y vio a dos de sus hombres flotando en el espacio azul por el hueco que había abierto la aeronave entre las ramas.

—¡Atención, algo se mueve! —cuchicheó una voz, la del sargento Álvarez.

Una sección del costado de la aeronave había caído hacia afuera formando una rampa. Del oscuro interior del aparato salió moviéndose una figura. En este momento apareció Alejandro Valera junto a Miguel Ángel.

—¡Dios mío! —exclamó el joven biólogo.

Miguel Ángel sintió un escalofrío en la espalda.

Una cabeza negra, monstruosa, asomó en primer lugar. En tamaño y forma parecía la de un caballo, con unas dobles mandíbulas enormes, formadas de piezas movibles óseas, de forma de cepo. Unos ojos brillantes, negros y saltones, parecieron estudiar recelosos la verde semipenumbra bajo la bóveda vegetal.

El monstruo se movió cautelosamente. La escotilla tenía lo menos dos metros de altura, y la horrible criatura salió agazapada por ella. Luego se irguió moviendo la cabeza a un lado y otro.

Tenía el cuello largo, protegido en el dorso por unas láminas móviles de apariencia dura. El tórax, delgado y largo, se prolongaba en un abdomen más grueso, con listas amarillas, como de una avispa, que se curvaba hacia atrás como una cola.

Una especie de manto, negro y brillante, salpicado de pequeños lunares amarillos, parecía cubrir el torso del animal y parte del largo abdomen. Unas láminas brillantes, transparentes, desbordaban la cobertura del negro y duro manto. Sencillamente, el manto eran

los élitros que cubrían las alas del animal, plegadas en forma de abanico. ¡Era un insecto sin duda alguna!

Las patas eran quizá lo más notable del animal. Tenía cuatro, dos a cada lado, salían de un orificio lateral, abierto en el corsé quitinoso del tórax, y eran delgadas y de igual longitud. Los brazos eran gruesos y largos, robustos y hechos para la prensión, cubiertos de una dura capa de quitina, con unos dientes de sierra en la parte interior; terminaban en unas garras poderosas, con tres fuertes dedos armados de afiladas uñas. Con estas “manos” el animal empuñaba un fusil de apariencia muy pesada y grueso calibre.

Al salir de la aeronave el monstruo quedó quieto en una actitud curiosa, ni derecho ni sentado, el tórax recto, erguido el largo cuello. El abdomen se curvaba hacia atrás y apoyaba su extremo en el suelo, y las largas patas estaban como prestas a distenderse en el salto. Pero lo más chocante era la posición de los brazos, doblados en una actitud característica, como en oración, sosteniendo el fusil alto y cruzado sobre el pecho.

—¡Una Mantis! —exclamó roncamente Alejandro Valera—. ¡Una Mantis Religiosa!

—¿Una Mantis? —repitió Miguel Ángel sin apartar los ojos de la alucinante criatura.

La voz excitada de la señorita Bogani, la profesora de entomología, llegó a través de la radio hasta los auriculares de Miguel Ángel.

—Mantis Religiosa. Es un insecto de la familia de los mántidos, como la langosta. Es muy voraz y agresiva y se alimenta de otros insectos. La llaman “religiosa” porque, cuando se dispone a atacar, tiene dobladas y juntas las patas delanteras, en la actitud de quien está orando.

Detrás de la primera “mantis”, otra exactamente igual salió por la escotilla y se detuvo en la misma actitud expectante, sosteniendo el fusil cruzado y horizontal a cierta altura. En cada lado del tórax, unas membranas estriadas vibraron dejando oír un chirrido.

¡Era el mismo extraño chirrido que Miguel Ángel Aznar había estado escuchando por la radio durante horas!

—Bueno —dijo Miguel Ángel como hablando consigo mismo—. Sean lo que sean tenemos que cogerles.

—Aquí Rivadeneyra —dijo la voz susurrante del teniente—.

Estoy a su izquierda, frente a la proa de la aeronave. Conmigo está el Sargento Camaro.

—Cúbrame, voy a salir —dijo Miguel Ángel.

Empuñando el machete en una mano y el fusil en la otra, Miguel Ángel apartó las ramas que le ocultaban y avanzó resueltamente mostrándose a los ojos de las “mantis”.

Los insectos no se movieron, pero sus ojos estaban clavados en aquella figura que acababa de surgir de la espesura. ¿Qué sensaciones despertaría en la mente de los insectos la visión de este ser desconocido?

El hombre oriundo de la Tierra y el superinsecto del circumplaneta se contemplaron desde cinco metros de distancia. Los rayos perpendiculares del sol entraban hasta el corazón de la jungla, por la abertura practicada por la aeronave. Estos rayos dejaban en la sombra a los insectos, pero alumbraban de lleno al hombre de la Tierra, arrancando vítreos reflejos de su armadura y escafandra. El terrícola era un metro más pequeño que las “mantis”, pero su aspecto era relativamente más terrorífico para los insectos, que el de éstos para el terrícola.

El hombre tenía en su mundo insectos más o menos parecidos a los del circumplaneta, pero quizás no fuera este el caso del terrícola a los ojos de las “mantis”. ¿Qué pensarían los insectos frente a esta figura azul, cuya cabeza era una compacta bola de cristal?

Bajo los perpendiculares rayos del sol la figura del Almirante debió parecerles a los insectos un espectro irreal. Pero todo cambió en un segundo al interponerse un cuerpo opaco que ocultó el sol. Era la sólida mole del crucero KALININ que acababa de inmovilizarse en el aire a cien metros de altura sobre la máquina de los insectos.

De pronto la “mantis” que estaba más cerca dio un salto prodigioso, impulsándose con sus largas patas. Frente a este ataque repentino, Miguel Ángel Aznar retrocedió levantando la punta del machete.

La “mantis” cayó violentamente sobre el terrícola agitando ruidosamente los élitros y desplegando sus diáfanas alas como un abanico. La punta del machete resbaló inofensivamente sobre aquella especie de corsé quitinoso que protegía el tórax de la “mantis”. El Almirante, por el contrario, recibió en la escafandra un

fuerte golpe del fusil que el insecto sujetaba con ambas manos.

La fuerza de la embestida le hizo perder el equilibrio y caer de espaldas sobre el matorral. La “mantis” cayó sobre él atacándole con furia diabólica, atenazándole un brazo con sus poderosas mandíbulas, y el otro con una de sus fuertes garras. Miguel Ángel se vio en un confuso torbellino de manos, patas, alas y ramas que se movían por todas partes.

El insecto tenía la fuerza de un titán y Miguel Ángel temió que sus repetidos tirones terminaran arrancándole el brazo. Si este brazo no hubiese sido el derecho, Miguel Ángel habría intentado por lo menos desenfundar la pistola y disparar contra la cabeza de la fiera. Escuchó la voz de Alejandro:

—¡Espera, Miguel, vamos a ayudarte!

Simultáneamente con el ataque de la “mantis” al Almirante, el otro insecto separaba sus duros élitros y desplegaba las alas arrojándose sobre el teniente Rivadeneyra y el sargento Camaro, que estaban juntos unos metros más allá de la proa de la aeronave. El teniente retrocedió nerviosamente, enredó sus pies en una rama y cayó de espaldas. Pero el sargento Camaro, dando muestras de gran serenidad, apuntó su fusil eléctrico y disparó contra la “mantis”.

El chorro de fotones excitados cogió de lleno al insecto y lo proyectó a diez metros de distancia contra un árbol.

Desde el KALININ y desde tierra, ahora todos hablaban a la vez mezclando sus voces en un guirigay a través de la radio. El sargento Álvarez y el profesor Valera acudían rápidamente en ayuda de Miguel Ángel. Álvarez puso el regulador de su fusil a la máxima potencia y puso el cañón del arma en la nuca de la “mantis”, pero Alejandro Valera le apartó el rifle de un manotazo.

—¡Lo queremos vivo! —gritó. Y esgrimiendo el machete soltó un tajo sobre la espalda de la “mantis”.

La afilada hoja no hizo mella en el dorso acorazado del insecto, pero éste movió su largo y poderoso brazo y descargó con el fusil un terrible golpe en el frente de la escafandra de Valera, que fue derribado como un pelele.

Bruscamente la “mantis” soltó la presa que hacía con sus mandíbulas sobre el brazo de Miguel Ángel, se echó atrás y desplegó sus transparentes alas. Uno de los extremos de estas alas golpeó al sargento Álvarez. Batiendo furiosamente el aire con sus

alas, en medio de un zumbido, la “mantis” se remontó en el aire buscando la abertura por donde la aeronave llegó a tierra.

—¡Detengan a eso, no lo dejen escapar! —gritó Miguel Ángel.

Los dos sargentos que estaban en el aire vieron salir zumbando el gigantesco insecto, batiendo furiosamente sus grandes alas. Uno de los hombres disparó su fusil eléctrico contra la “mantis”.

Alcanzada en pleno vuelo, la “mantis” fue empujada por el rayo amarillo y lanzada dando vueltas por el aire para caer entre la espesura de la selva.

Desentendiéndose de lo que ocurría en el aire, Miguel Ángel volvía a empuñar su fusil. La segunda “mantis”, alcanzada por el disparo del sargento Camaro, giraba sobre sí misma en el suelo batiendo velozmente las alas. Una de estas alas estaba partida por la mitad y por esta razón el herido insecto no podía volar.

—¡Vamos, con él, éste no podrá escapar! —dijo Miguel Ángel corriendo hacia la “mantis”. Entonces descubrió que, sorprendentemente, no habían traído nada que pudiera servirles para sujetar al insecto.

Cuatro hombres y Alejandro Valera acudieron junto al Almirante, contemplando desde una distancia prudencial a la “mantis” herida.

—Corten unas lianas, tratemos de atarle —dijo Miguel Ángel Aznar.

Desde el KALININ, el profesor Valera inquiría noticias. Miguel Ángel Aznar le tranquilizó. Al menos habían conseguido capturar una “mantis” viva. La otra lograría burlar a sus perseguidores y ponerse a salvo en la impenetrable espesura de la jungla.

CAPÍTULO III

El ruido de un estruendo de árboles tronchados, en poder de la distancia de la aeronave negra. Los hombres del teniente Rivadeneyra fueron en busca de la red de acero que poco antes pidieron por radio. Con ellos vino el profesor Ferrer, vestido de cristal de pies a cabeza.

Ferrer contempló unos momentos a la “mantis”, que a dentelladas iba cortando una tras otra las gruesas lianas que le sujetaban.

—Curioso animal —dijo. Y como si el insecto no tuviera gran interés para él propuso—. ¿Vamos a echarle un vistazo a esa aeronave?

Miguel Ángel Aznar le siguió hasta el aparato, el cual examinaron primeramente por fuera. Ferrer, que había traído consigo una cámara, tomó algunas fotografías desde diversos ángulos. A continuación se dirigieron a la escotilla y penetraron en la aeronave.

Si bien la máquina era grande por fuera, el interior debía resultar incluso bastante justo para cuatro tripulantes.

La aeronave, en general, parecía deficientemente diseñada. Carecía de visión hacia atrás, e incluso la lateral quedaba disminuida por la distancia existente entre el puesto de los pilotos y las ventanas. Entre unas y otros se interponía una ancha repisa, que luego resultó ser el cajón lateral donde se almacenaban los cohetes.

Piloto y copiloto carecían de asiento. Las “mantis” al parecer no se sentaban, pero había dispuesto un sistema de sujeción, consistente en un cono de material plástico con un agujero a modo de nido, donde los insectos debían introducir el abdomen hasta la altura del tórax, quedando fuera las patas y las alas.

Los mandos eran de una concepción elemental, a base de

palancas que tiraban de cables y movían los planos de los timones y alerones. El equipo electrónico era igualmente simple y rudimentario, y en cuanto a la estructura del casco se había recurrido a la técnica de soldar planchas metálicas y sujetarlas con remaches al sólido costillaje formado de cuadernas y largueros.

Curiosamente, el sistema de sustentación era independiente del de propulsión. Tres grandes motores de combustión quemaban hidrógeno en una cámara donde previamente se había comprimido el aire. La diferencia de volumen entre el aire frío que entraba por la parte delantera del tubo, y el aire caliente que salía con fuerza por la tobera, impulsaba por reacción a la aeronave.

Se trataba pues de simples y rudimentarios motores de chorro.

Parte de la fuerza de los motores se utilizaba para accionar sendas turbinas que, moviendo a su vez poderosas magnetos, generaban electricidad para el sistema de sustentación. Esta sustentación se obtenía por un medio ingenioso, que suponía un considerable avance técnico en relación con la forma grosera, casi primitiva, como se habían resuelto los demás problemas.

La aeronave, simplemente, “flotaba” sostenida por un campo de fuerza antigravitacional.

—Casi resulta increíble, que una técnica tan avanzada aparezca junto a medios tan groseros de cálculo de la estructura —comentó Ferrer—. Si nos fijamos bien los insectos no han conseguido grandes cosas en el campo de las aleaciones. Su aeronave es innecesariamente pesada.

En efecto, los insectos habían resuelto el problema de levantar en el aire una mole de muchas toneladas gracias a la aplicación de los campos de fuerza antigravitacionales, sin pararse en otras consideraciones de tipo económico.

Sin merma de la solidez, los insectos habrían podido construir una aeronave más ligera. Al hacerla grande y pesada necesitaban mayor gasto de energía eléctrica para levantarla, lo que obligaba al empleo de motores más potentes, más grandes, y a su vez más pesados, con un consumo mayor de combustible, el cual obligaba a cargar más peso y aumentar todavía más el volumen de los depósitos de carburante.

Finalmente el profesor Ferrer comprobó con alivio que la aeronave sólo utilizaba armas convencionales; cohetes y

ametralladoras. Ni “Rayos Z” desintegradores ni nada que se pareciera por aproximación a las terribles armas de “luz sólida”. Los habitantes del circumplaneta tampoco parecían conocer la energía nuclear.

Después de tomar varias fotografías y hacer algunas mediciones con una cinta métrica, el profesor Ferrer y Miguel Ángel se encontraban encaramados sobre el techo de la aeronave, examinando los depósitos de combustible, cuando les llamaron por radio desde el KALININ.

Regresaron al crucero. La “mantis” ya estaba a bordo, convenientemente encerrada en una hermética caja de acero con aire acondicionado. Todos los que tomaron parte en la misión de captura, incluso el profesor Ferrer, tuvieron que pasar, una vez a bordo, un severo control para despojarles de cualquier posible bacteria que se hubiese adherido a sus armaduras o sus zapatos.

Cuando Miguel Ángel Aznar salió de la cámara de descontaminación, el KALININ acababa de reunirse con los cruceros LIMA y ROMA en el lugar previamente convenido.

Confiado en la superioridad de su pequeña fuerza aérea, ahora que conocía mejor la potencia de los habitantes del circumplaneta, el Almirante Aznar ordenó seguir en el rumbo que las aeronaves del “enemigo” abandonaron al adoptar la táctica de dispersión. A continuación escuchó el relato de los comandantes Arnal y MacLane.

Solamente MacLane había conseguido capturar una “mantis” muerta. Después de perseguir a una de las negras aeronaves, los hombres del ROMA estaban preparándose para desembarcar cuando vieron salir del aparato dos grandes insectos que echaban a volar. Los hombres del ROMA, equipados con armaduras y “back”, emprendieron una tenaz persecución aérea hasta dar alcance a las “mantis”. Para los insectos debió constituir una desagradable sorpresa comprobar que los extranjeros, aun sin alas, eran capaces de desarrollar mayor velocidad que ellos mismos.

Pero si en velocidad los infantes voladores eran capaces de vencer a las “mantis”, la cosa resultó más complicada al tratar de agarrarles. En el aire, los insectos eran mucho más ágiles. Total, cansados los soldados de la burla que de ellos hacían las “mantis”, utilizaron los fusiles de “luz sólida” para derribarles. Los dos

insectos cayeron dando volteretas. Uno de ellos logró escapar a favor de la impenetrable espesura de la selva. El otro estaba muerto. El hombre que disparó contra la “mantis” no había regulado adecuadamente la potencia de su arma, y el insecto resultó despanzurrado en pleno vuelo. Sus restos fueron llevados al ROMA.

En cuanto a la misión del LIMA, ésta había terminado casi antes de empezar. Los hombres todavía estaban para entrar en la esclusa cuando la tripulación de la aeronave negra abandonó el aparato en vuelo. Las “mantis” fueron a esconderse en la selva antes que aparecieran los soldados. El aparato siguió volando en línea recta un tiempo, hasta que finalmente cayó y se estrelló en la selva. Los hombres del LIMA bajaron, en busca de posibles supervivientes, pero no encontraron a nadie entre los restos del aparato.

Desde el comedor llamaron al Almirante. Poco después Miguel Ángel Aznar se reunía con el grupo de científicos en torno a la mesa.

—Buen trabajo, Almirante —dijo el profesor don Mario Valera—. Tenemos una “mantis” viva y otra muerta. Nos espera un trabajo apasionante.

Miguel Ángel se volvió hacia la señorita Bogani.

—Señorita Bogani, su especialidad es la entomología. Háblenos de esos insectos.

—¿Se refiere a las “mantis”? Mucho me temo que lo que conozco acerca de las costumbres de las “mantis” no se pueda aplicar a los insectos que hemos capturado. Son especies distintas.

—¿Quiere decir que no son “mantis”?

Sara Bogani se echó a reír.

—¡Usted dijo que eran “mantis”! —protestó Miguel Ángel Aznar sonrojándose.

—No, Almirante —rebatía Alejandro Valera—. Ella no lo dijo, fui yo. La señorita Bogani se encontraba en la cámara de derrota y no pudo ver a los insectos hasta que los subimos a bordo. Yo dije “¡es una mantis!” porque su aspecto y esa forma característica de levantar las manos me lo parecieron. Pero si bien se mira, sería realmente sorprendente encontrar aquí las mismas especies que tuvimos en la Tierra.

—Naturalmente —dijo Miguel Ángel—. Las “mantis” terrícolas nunca llegaron a pilotar aeronaves. ¿Qué vamos a hacer con estos

insectos?

—Estudiarlos —dijo el profesor don Mario—. Si como parece tienen un lenguaje, será relativamente fácil entendernos con ellos. Nuestras computadoras traducirán esos chirridos a nuestro idioma, pero ese trabajo deberemos hacerlo en VALERA.

—Tal vez no nos permitan introducirlos en el planetillo. Estos insectos podrían ser portadores del virus que desencadenó la epidemia que estuvo a punto de acabar con todos nosotros —apuntó Miguel Ángel.

—He tenido en cuenta esa posibilidad —respondió el científico—. Incluso he llegado a pensar si serían estos insectos quienes en el pasado desencadenaron una peste que pudo exterminar a una civilización anterior.

—¿Sigue usted sosteniendo su teoría de que este hiperplaneta estuvo habitado por una supercivilización anterior a los insectos? —dijo el doctor Ross—. ¿Por qué no pueden representar los insectos la raza superior del circumplaneta?

—En primer lugar, no tenemos constancia de que los actuales habitantes del circumplaneta conozcan la utilización de la energía nuclear. Este conocimiento era básico para poder realizar su programa de comunicar con los restantes seres inteligentes del Universo utilizando un mensaje telegráfico inteligible. En segundo lugar, cuando una raza inteligente decide darse a conocer a las otras criaturas del Cosmos, prácticamente nos está invitando a corresponderle, bien sea con otro mensaje telegráfico, bien sea visitándoles en su propio mundo. La actitud de las “mantis” no ha sido ciertamente amistosa respecto a nosotros. Han permanecido agazapados en sus escondrijos, y sólo cuando nos han visto descender sobre su planeta se han mostrado a nosotros, no ciertamente de una forma pacífica.

—Acláreme una duda, profesor Valera —dijo Miguel Ángel Aznar—. ¿Por qué dice que el conocimiento de la estructura nuclear era básico para poder lanzar aquel mensaje?

El profesor miró sorprendido al Almirante.

—¿No lo sabe?

—Yo permanecía inconsciente, en estado de hibernación, cuando se produjeron los acontecimientos a que usted se refiere. Pedí que me durmieran poco después de abandonar los planetas de

REDENCIÓN, y no desperté hasta doscientos setenta y seis años más tarde, cuando estábamos a la vista del circumplaneta. Supe que habíamos llegado hasta aquí atraídos por cierto mensaje telegráfico. ¿Pero cuál era la naturaleza exacta de ese mensaje?

—Bien, las señales empezaron a recibirse en nuestras antenas de radio poco después que nuestro autoplaneta se alejara de REDENCIÓN. Se trataba de ondas polarizadas, un fenómeno poco corriente, pues al contrario que la mayoría de las ondas normales, las ondas polarizadas no vibran más que en un solo plano. El fenómeno se estudió detenidamente, pues tal polarización parecía demostrar que tales ondas eran emitidas por electrones acelerados, idénticos a la velocidad de la luz y curvados por un campo magnético. Este fenómeno ya había sido advertido de antiguo en las máquinas rompeátomos, y se llama sincrotrón. Es decir, excepto que las señales hubiesen sido emitidas por alguna radio-fuente natural, como la explosión de una super-nova, había bastantes probabilidades de que aquellas señales procediesen de un acelerador de partículas. Posteriormente, un detenido estudio de la cadencia de las señales, como puntos y rayas del alfabeto Morse, nos mostró algo todavía más sorprendente. El contenido del mensaje, siempre repetido, se refería a un concepto matemático de aplicación universal, la constante de estructura fina, que interviene en la mayoría de los fenómenos atómicos y cuyo valor nos es conocido (137,039). Evidentemente no podía, tratarse de un fenómeno casual. Los seres que emitían aquel mensaje aplicaban a sus matemáticas el sistema decimal, y habían medido como nosotros la constante de la estructura fina. ¡Era un mensaje inteligente de alguien que quería darnos a conocer su existencia! Durante diez años estuvimos recibiendo el mensaje. Luego, un día, repentinamente, se interrumpieron las señales. Nunca más volvimos a recibirlas.

—¿Por qué dejó de emitir aquella emisora? ¿Qué se supone que ocurrió? —preguntó Miguel Ángel.

El profesor Valera levantó los hombros.

—Tal vez desecharon su programa... o algo ocurrió que les impidió continuar.

—¿Algo de carácter catastrófico... como por ejemplo una invasión de insectos gigantes portadores de un germen que aniquiló

a toda una humanidad?

—Pudiera ser, no lo sabemos. De cualquier forma la respuesta debe estar aquí, en el circumplaneta.

—Profesor Valera —interrogó el doctor Ross—: ¿Por qué cree que éste tuvo que ser el planeta de donde salieron aquellas señales? ¿No pudieron venir de otro lugar más remoto, situado en esta misma dirección?

—Verá usted, doctor. No es cuestión de simple cabezonería. Mi afirmación está basada en el hecho de que este hiperplaneta reúne unas condiciones excepcionales para funcionar como emisor de partículas aceleradas. Si examinamos su forma vemos que se trata de un anillo perfecto girando alrededor del sol. Ahora bien, ¿qué máquina en forma de anillo nos sugiere ese circumplaneta?

—Un acelerador de partículas, ¡un sincrotrón! —exclamó el profesor Ferrer.

—Sí.

—Podría construirse un sincrotrón gigantesco utilizando las condiciones naturales del circumplaneta, colocando un número de bases a todo lo largo de su perímetro exterior o en cualquiera de los bordes de la plataforma. ¿Pero qué utilidad podría tener una máquina de tan enormes proporciones?

—¿Quiere decir aparte de enviar al espacio profundo partículas de energía capaces de producir perturbaciones semejantes a las ondas de radio? —preguntó el profesor Alejandro Valera.

—Podrían tal vez acelerar partículas hasta una velocidad superior a la de la luz... ¡incluso crear materia! —murmuró Ferrer como hablando consigo mismo.

—Unos seres capaces de crear materia serían casi como dioses con relación a nosotros —dijo Miguel Ángel.

Los científicos guardaron silencio, hasta que la señora Elorza preguntó:

—Admitiendo que una colonia de insectos viajara desde su mundo de origen a este circumplaneta, y que la raza que habitaba aquí no fuera capaz, pese a sus conocimientos, de vencer al ataque de los gérmenes que determinarían su total exterminio, ¿qué pudo ocurrir después? ¿Se apropiaron los insectos la cultura de los anteriores habitantes, o por el contrario, destruyeron y arrasaron con ciega inconsciencia la obra de sus antecesores? Fue el profesor

Ferrer quien contestó:

—Seguramente los invasores no supieron aprovechar los restos de la superior cultura que encontraron. No siempre se puede copiar, cuando no existe una base de conocimientos que haga inteligible la apariencia externa de las cosas. Para nuestro hombre de Neanderthal, el hallazgo de una simple rueda no le diría nada. La echaría a rodar por una pendiente, y no alcanzaría a relacionar la rueda con el eje. Un alquimista de la Edad Media contemplaría intrigado una pieza de plástico sin poder determinar de qué materia estaba hecha, y para un metalúrgico del siglo veinte sería un misterio cómo pudimos hacer de una sola pieza el casco de esta aeronave. Los insectos, por lo menos, no parece que conozcan la estructura de la materia y su utilización como fuente de energía, lo que ha debido constituir un insuperable obstáculo para comprender la alta tecnología de los anteriores habitantes del circumplaneta.

En este momento sonaba el zumbador del audiovisor, que estaba en una repisa en un ángulo del comedor. Acudió Miguel Ángel al aparato. Al iluminarse la pantalla apareció en imagen el comandante Prober.

—Almirante, hay novedades —dijo el comandante de la nave—. Nuestro detector registra un importante flujo de neutrinos por la proa, distancia aproximada trescientos kilómetros.

—¡Neutrinos! —exclamó Miguel Ángel. Y tras reponerse de la sorpresa—: ¿Cuál es nuestra velocidad?

—Quinientos kilómetros hora.

—Manténgala, notifique a la escuadrilla y pongan alerta en rojo. Acudiré en unos minutos.

Miguel Ángel apagó el aparato y se volvió hacia el expectante grupo de científicos.

—¡Neutrinos! ¿Quién dijo que los insectos no conocían la energía nuclear?

Ferrer se sintió aludido y contestó:

—Si la conocen y la utilizan lo han sabido guardar muy bien hasta ahora. De todos modos iré a verlo con mis propios ojos.

Todo el grupo se puso en pie como disponiéndose a abandonar el comedor. Miguel Ángel les detuvo con un gesto:

—Estamos en alerta rojo. Vayan en busca de sus armaduras y escafandras.

—¿Crees de veras que podemos correr peligro? —preguntó Alejandro Valera, que era el único del grupo con confianza para tutear al Almirante.

—Las ordenanzas están hechas para cumplirlas.

Como un eco a las palabras del Almirante sonó en los altavoces de toda la nave el bramido de un claxon seguido de un aviso:

—“Atención, alarma en rojo. Vistan sus armaduras de vacío. Atención, alarma en rojo”...

Todos los científicos estaban alojados en la misma sección del buque, que era la destinada a los oficiales. Se separaron para dirigirse a sus respectivos camarotes, donde tenían las armaduras de vacío.

Ponerse una armadura de “diamantina” no resultaba nunca una tarea fácil, y era necesario tener mucha habilidad para endosársela sin ayuda. Miguel Ángel sólo tardó seis minutos en ponerse la suya. Cuando salía del camarote llevando la escafandra bajo el brazo escuchó un estruendo de piezas de armadura en uno de los camarotes, cuya puerta estaba entreabierta.

Volviendo sobre sus pasos el Almirante empujó la puerta y metió la cabeza en el camarote. Así vio a la señorita Bogani que estaba sentada en el piso, Sin más ropa que un “short” y un sostén negro, rodeada de piezas de la armadura, con cierta expresión compungida en su agraciado rostro.

—¿Dificultades? —preguntó Miguel Ángel.

—¡Dios mío, es un lío esta maldita armadura! Nunca conseguiré meterme en ella.

El Almirante entró en el camarote, dejó la escafandra sobre la cama y levantó del piso la pieza principal de la armadura. Sara Bogani se incorporó. Teniendo en cuenta que no pasaba de una talla normal, sus formas resultaban sorprendentemente exuberantes. El Almirante la contemplaba con tal descaro que hizo encenderse las mejillas de la muchacha.

—¿Va a ayudarme, sí o no? —preguntó Sara.

—¿La armadura se ajusta a sus medidas?

—Sí —dijo la muchacha sintiendo encendérsele las mejillas—. Es a mi medida.

—Bien, levante los brazos poniendo las manos juntas. Hay que hacerlo como si fuera a ponerse una camiseta... ahora saque los

brazos por los sesgos... ya está. La parte inferior es mejor ponérsela como si se tratara de unas mallas. Se sienta en la banqueta y...

Poco a poco las piezas iban ajustándose a los miembros de la chica. Sara se movió torpemente por el camarote, abriendo tanto las piernas que provocó la risa del Almirante.

—¿Sabe? Está usted mejor sin ropa —acabó diciendo.

Ella le miró con severidad.

—Almirante, me parece que es usted un viejo verde.

—Ese “viejo” ¿lo dice en sentido peyorativo? —el Almirante se había puesto serio y arrugaba el entrecejo.

—Lo siento, no quise ofenderle. ¡Pero es que tiene usted una manera de mirar a las chicas!...

—Las mujeres me atraen, no sé por qué será. ¿A usted le parece natural, o será que estoy enfermo?

El Almirante parecía hablar completamente en serio, pero Sara no era tan tonta como para no comprender que se estaba burlando de ella. La joven guardó silencio y el Almirante le dijo:

—De acuerdo, ahora échese en la litera y tenga a mano la escafandra.

La señora Elorza asomó al camarote. Sosteniendo bajo el brazo la voluminosa escafandra preguntó:

—¿Vienes a la cámara de derrota, Sara? ¡Ah, pero si está aquí nuestro apuesto Almirante!

Miguel Ángel Aznar recogió su escafandra y salió al corredor, dirigiéndose a la cámara de derrota. En el antebrazo de su armadura de “diamantina” había incrustado un reloj de cuarzo de gran precisión. Había perdido casi un cuarto de hora ayudando a equiparse a Sara Bogani. Al cruzar la cámara de derrota en dirección al puente pudo advertir la impaciencia con que era esperado por el comandante Prober. En la cámara todos los controladores vestían el traje de vacío reglamentario.

—¿Bien Comandante? —preguntó Miguel Ángel subiendo a la plataforma.

Prober le señaló una de las pantallas de televisión que rodeaban en forma de parapeto el puente de mando. Sobre un fondo negro aparecía un haz luminoso de veloces partículas que se proyectaban hacia arriba como un fuego de pirotecnia.

—¿Distancia?

—Cien kilómetros aproximadamente.

El Almirante levantó los ojos hacia la gran pantalla de televisión de dieciséis metros cuadrados orientada a proa. El crucero sidereal volaba a dos mil metros de altura sobre los meandros de un amplio y caudaloso río. Lejos, en la distancia y medio velado por la bruma, se advertía una enorme masa azulosa.

—¿Es el océano?

—En efecto, el río va a desembocar en el mar como puede ver. Hemos localizado dos focos de radiaciones. El primero queda a nuestra derecha, a unos cincuenta kilómetros de la desembocadura del río, sobre la última cima de una cordillera. El segundo foco dista de nosotros quinientos cincuenta kilómetros, quedando por la amura de babor, sobre un promontorio. La costa forma allí un gran seno o golfo de unos ciento treinta kilómetros de cuerda. Al detectarlos por primera vez, el primer foco enmascaraba al segundo, pero al actuar a grandes distancias se van diferenciando progresivamente uno de otro.

Una de las peculiaridades del circumplaneta, que también se daba en el interior del plantelillo VALERA, era que la curvatura del terreno aparecía en forma cóncava. Situado un observador en cualquier punto de la cara interior del anillo, debería poder ver todos los demás puntos del circumplaneta, formando como un lejano arco sobre su cabeza. Si de hecho no podía abarcar la vista todo el circumplaneta, era simplemente porque el ojo no alcanzaba a distinguir a tan gran distancia. El vapor de agua que los rayos del permanente sol levantaban de la tierra y los mares, formaba como una cortina borrosa tras la cual se confundía todo en una masa gris.

—¿Nos mantenemos en el rumbo?

—Sí. Las aeronaves que nos atacaron debieron despegar de algún punto situado en un radio de cincuenta kilómetros alrededor de la desembocadura del río.

—Dentro de ese radio de cincuenta kilómetros está también el promontorio del cual proceden las radiaciones de neutrinos, ¿no es cierto?

—En efecto, señor.

—¿Aquella fuerza aérea pudo despegar de alguna base oculta en el extremo de esa cordillera?

—No se me había ocurrido. Es cierto, pudieron salir de allí —

admitió Cayo Prober.

El Almirante siguió mirando a la pantalla grande en silencio. Los seis científicos de la expedición entraron en la cámara de derrota y fueron a sentarse en un rincón, metiendo algún ruido hasta que todos quedaron acomodados. En la espaciosa cámara de derrota se hizo el silencio, sólo alterado por los sonidos modulados de los grandes paneles de las computadoras.

—No me gusta esto —murmuró Miguel Ángel Aznar.

—¿Cómo dice, señor? —preguntó Cayo Prober.

—Es como un presentimiento. Llámelo aprensión si quiere, pero por mi gusto me alejaría de aquí a toda velocidad. Claro que si huimos nunca podremos saber qué se oculta en esa montaña...

El comandante Prober guardó silencio. También el Almirante permanecía callado. Prober preguntó, como intranquilo:

—¿Ordena alguna medida especial, Almirante?

—¿Todas nuestras defensas están funcionando?

—Sí, señor.

—Llame a MacLane y Arnal. Que se alejen a mil kilómetros y asciendan a quince mil metros.

Prober comunicó con los dos comandantes trasmitiéndoles la orden. Inmediatamente el ROMA y el LIMA ganaron altura y empezaron a elevarse. En unos minutos se perdieron de vista tras la bruma. El KALININ siguió su seguro vuelo sobre la centelleante cinta del río. La cordillera, a la derecha, que parecía plana vista de lejos iba cobrando relieve al acortarse las distancias.

—Continuaremos en el rumbo —dijo el Almirante concisamente.

Al volar sobre la desembocadura del río, la cordillera iba quedando al lado de estribor. Todas las pantallas de televisión pasaron a ofrecer imágenes del suelo. A cincuenta kilómetros de distancia el extremo de la cordillera se apreciaba como una masa verde-obscura, perfilada sobre el fondo gris-azulado que formaban la bruma y el océano. El Almirante ordenó colocar los teleobjetivos y la montaña dio un salto en las pantallas laterales de estribor aproximándose hasta un kilómetro de distancia.

A un kilómetro de distancia podía apreciarse el contorno de la montaña; las altas escarpas, los riscos cubiertos de musgo y las copas de algunos árboles que parecían milagrosamente arraigados en las cornisas y terrazas. La cumbre extrema de la cordillera tenía

más de dos mil metros de altura y se veía rodeada de blancas vedijas...

La brisa del mar, húmeda y caliente, amontonaba las nubes de lluvia por encima de la cordillera. El cielo se estaba oscureciendo y el Almirante ordenó descender a mil metros de altura en busca de visibilidad. El KALININ empezó a virar para rodear la montaña de lejos y se adentró en el mar.

Repentinamente Miguel Ángel Aznar se sintió enfermo. La sangre dejó de fluir a su cerebro y un velo negro le cubrió los ojos. Quiso mover los brazos y no pudo, ¡le pesaban como plomo! Se asustó, intentó decir “me siento mal”, pero las palabras no salieron de su garganta. No sólo los brazos, sino la cabeza y los hombros le pesaban como si cayera sobre él una carga invisible. Tan abrumador era aquel peso que se le doblaron las rodillas y cayó arrodillado. Como a través de una bruma vio al comandante Prober que se derrumbaba junto a él. ¿Qué estaba ocurriendo?

Sin saber cómo se encontró mirando al techo. Estaba tendido de espaldas sobre la moqueta del puente de mando. Experimentó en esta nueva posición un ligero alivio, y al mismo tiempo cierta sensación de vacío.

En las grandes pantallas de televisión, sobre él, vio la rizada superficie del mar que parecía subir rápidamente. Entonces comprendió. ¡Estaban cayendo! El poderoso crucero sideral se precipitaba en el vacío. La caída acelerada de la nave le proporcionó cierto alivio al fluir más fácilmente la sangre e irrigar su cerebro. Ahora veía mejor... ¡veía cómo las ondas del mar verdoso subían y subían... veía las manchas de espuma!...

Instintivamente se cubrió el rostro con los brazos cubiertos de “diamantina”. Un choque brutal aplastó literalmente a Miguel Ángel contra el piso. Se escuchó un crujido. En mitad de un ensordecedor estruendo la aeronave había caído al mar. Las pantallas de televisión estallaron en mil fragmentos, las esferas de los instrumentos saltaron de sus marcos, los pupitres salieron despedidos arrojando chispas, las computadoras cruzaron el aire como proyectiles... las luces parpadearon y se apagaron...

Aterrado, inmóvil, Miguel Ángel sintió caer a su alrededor gruesos pedazos de vidrio de las gigantescas pantallas de televisión. Los antebrazos y las manos recubiertos de “diamantina” le libraron

la cara de aquellos afilados proyectiles...

Casi sintió el movimiento de descenso del crucero a través de las aguas. El casco del KALININ, de tres metros de espesor y enteramente de “dedona”, pesaba miles de toneladas. Las aguas le frenaron ligeramente, pero no le detuvieron. Poco después la quilla del buque chocaba violentamente contra el fondo del mar. De nuevo crujió la estructura del gigantesco buque sideral, reproduciéndose en la obscuridad la proyección de objetos en todas direcciones...

Lanzando gemidos casi humanos, la aeronave se hundía en el fondo submarino. El peso de la “dedona” era tan enorme, que si se paraba el reactor nuclear o se producía una avería en los cables conductores de alto voltaje, el buque entero se aplastaría bajo su propio peso.

Algo de esto debió ocurrir a juzgar por los crujidos. La inmensa mole se acomodaba en el fondo del mar como un hombre cansado al acostarse en un colchón de lana. De pronto se escuchó un estruendo horrible. Y Miguel Ángel vio aterrado cómo el casco del buque se abría en una inmensa raja por encima de su cabeza. La vaga claridad del sol irrumpió por aquella grieta enorme al mismo tiempo que una impetuosa catarata de agua...

CAPÍTULO IV

Luna troncha de la plataforma sobre el puente y casió de Miguel Ángel cruzaba impetuosamente la cámara de derrota arrrollando todo a su paso. Arrojado contra el muro de estribor, Miguel Ángel tocó piso con los pies y miró a su alrededor.

El KALININ había venido a sumergirse en un lugar poco profundo y cierta claridad penetraba junto con la ruidosa catarata por la grieta del techo. En aquella semipenumbra, en mitad de una confusión enorme, vio objetos flotantes por todas partes y tripulantes que empezaban a nadar mirando a todas partes con ojos desorbitados por el terror.

Una cualidad indispensable en un jefe era la pronta composición de lugar ante una situación comprometida, y con ella la rapidez de decisión. El Almirante tenía estas condiciones. Lo primero que advirtió fue que la cámara estaba inundándose rápidamente. Aunque amenazados de serio peligro, todos los tripulantes podrían salvarse si el casco resistía unos minutos más y no se hundía aplastándoles a todos. La tripulación había sido sorprendida cuando todavía no llevaba escafandra.

Miguel Ángel Aznar se encontraba cerca de la puerta lateral de la cámara de derrota. La puerta era muy sólida, correspondiendo a las características de las que cerraban todos los compartimientos estancos. Era preciso abrir la puerta y dejar que el agua inundara otros compartimientos. La cámara de derrota tardaría más tiempo en inundarse y la tripulación dispondría de algunos minutos adicionales para ponerse a salvo.

Con agua hasta la cintura llegó hasta la puerta e hizo girar el manubrio. Al descorrerse las barras de acero, la misma presión del agua abrió la puerta de golpe. Una impetuosa corriente se precipitó por la abertura arrastrando consigo irresistiblemente a Miguel

Ángel. La ola le llevó dando tumbos por el piso contra el muro de acero al final de un largo corredor.

Al contrario que en la cámara, donde todas las luces se habían apagado, al menos un globo eléctrico brillaba en el corredor, alimentado seguramente por la línea auxiliar de emergencia. Mientras Miguel Ángel se incorporaba le golpeó las rodillas un objeto flotante.

¡Era una escafandra!

Miguel Ángel la atrapó con alegría. Todas las escafandras eran iguales, mientras que el resto de la armadura de “diamantina” se ajustaba a medidas muy estrictas de la anatomía de cada uno. Dentro de la escafandra encontró un casquete telefónico. Se lo puso y a continuación se caló la escafandra ajustándola a la abertura del escote. Abrió la espita del oxígeno y respiró aliviado.

Fortalecido su ánimo se sintió capaz de mayores empresas. Cerca de donde estaba había otra puerta estanca. Se dirigió a ella y la abrió. El agua corría por todas partes y se precipitó por aquel nuevo paso, aunque con menos violencia que la vez anterior.

Moviéndose contra corriente, con agua hasta la cintura, emprendió el regreso a la cámara de derrota. Vio otra escafandra que pasaba por la puerta y flotaba impulsada por la corriente, la persiguió y logró hacerse con ella. De nuevo regresó hacia la puerta de la cámara. El fragor de la cascada que entraba por el techo ahogaba cualquier otro ruido. Tuvo que asirse al marco de la puerta y hacer un gran esfuerzo para pasar por ella.

En la tétrica semipenumbra de la cámara de derrota el terror había hecho presa de los hombres allí atrapados. Vio algunos que nadaban, ayudados por la flotabilidad de las armaduras con sus dobles paredes. Unos llevaban escafandra, pero más de la mitad la habían perdido en aquella confusión enorme. Miguel Ángel se acordó entonces de los científicos, cuyo desamparo debía ser mayor en razón de su falta de preparación para afrontar situaciones de emergencia como ésta.

Con agua hasta el pecho la flotabilidad de la armadura le impedía hacer pie en el piso. Tenía una mano ocupada sosteniendo la escafandra y con la otra tuvo que agarrarse al banco de instrumentos y avanzar despacio hacia el rincón donde había visto por última vez a los científicos. El rincón estaba muy oscuro y la

mirilla del cristal teñido de su escafandra no contribuía a mejorar la visión. Con todo alcanzó a ver dos figuras que se habían encaramado al banco.

Eran el profesor don Mario Valera y la señorita Bogani. La escafandra tenía un dispositivo de micrófono interior y altavoz exterior.

—Ayúdenme a subir —dijo Miguel Ángel levantando el brazo libre.

El profesor Valera y la señorita Bogani tiraron de él hasta izarle sobre el banco.

—Soy Aznar. ¿Dónde están los demás?

—Todos andan por ahí... no sé decirle —dijo don Mario.

—¿Tiene escafandra?

—No.

—Encontré una, tómenla.

Dos manos ansiosas atraparon el borde de la escotadura de la escafandra. Valera y la señorita Bogani se miraron. Luego los dos a un tiempo soltaron la escafandra, que quedó de nuevo en la mano de Miguel Ángel.

—Póngasela usted —dijo el profesor Valera.

Sara Bogani negó moviendo enérgicamente la cabeza. Don Mario le hizo un gesto imperioso, y de nuevo la joven negó, aunque con menos firmeza esta vez.

Miguel Ángel comprendió la angustiosa situación del hombre y la muchacha. Una escafandra era una cosa que no podía compartirse. Sólo uno podría utilizarla y el que se quedara sin ella estaba condenado a morir. A Miguel Ángel le mortificó esta situación. Él tenía una escafandra propia. ¿Debería quitársela y ofrecerla al profesor o a la muchacha? Sería un gesto muy caballeroso... que los otros aceptarían a poco que uno insistiera. Pero una escafandra, en una situación como ésta, no era como ceder el asiento a una señorita o a un señor anciano en un atestado vagón del “metro”. La vida era un don intransferible y el instinto más egoísta hacía que uno se aferrara a ella.

—Miren, hagan lo que quieran, pero pónganse pronto de acuerdo —dijo el Almirante malhumorado—. En unos minutos la cámara quedará inundada. Tenemos que esperar a que se haya inundado del todo para intentar salir por esa grieta del techo, pero

sólo el que tenga una escafandra podrá hacerlo.

—Póngasela, muchacha —dijo el profesor—. Usted es joven... debe vivir. Yo tengo muchos años.

—No sé si debo... —murmuró la muchacha.

Miguel Ángel estaba cavilando. Si el buque no estaba sumergido muy profundo, un buen nadador debería poder salir a la superficie a condición de que dispusiera de aire hasta el momento de intentar la salida.

Finalmente fue Miguel Ángel quien decidió la disputa cogiendo la escafandra y metiéndosela en la cabeza a Sara Bogani. La muchacha no protestó cuando el Almirante ajustó con un leve y enérgico giro la escafandra al escote de la armadura.

—Perfecto —dijo Miguel Ángel dando un golpecito con los nudillos sobre la escafandra. A continuación se sacó su propia escafandra.

El agua estaba subiendo con rapidez y ya alcanzaba a las rodillas de Miguel Ángel, que estaba de pie sobre el banco de instrumentos adosado al muro. Miguel Ángel puso su escafandra sobre la cabeza del profesor Valera, quien ofreció resistencia intentando quitársela. Miguel Ángel le apartó las manos de un golpe, le ajustó la escafandra al escote y luego le empujó tirándole al agua, donde después de hundirse reapareció flotando como una boya.

Sin prestar atención al profesor, que agitaba las manos diciendo algo, Miguel Ángel Aznar empezó a quitarse las distintas piezas de su armadura. El agua le llegaba ya hasta más arriba de la cintura y la cosa resultó larga y complicada.

Ya se había despojado de todo, conservando únicamente la parte correspondiente al tórax, cuando llegó Alejandro Valera nadando con dificultad, empujando delante de sí una escafandra. Alejandro iba sin escafandra y el pequeño oleaje que levantaba al avanzar le entraba por el escote de la armadura.

—¡Padre! —llamó a voces—. ¡Ya tengo una escafandra! ¿Dónde estás?

La corriente se había llevado lejos a don Mario.

—Tu padre ya tiene una escafandra —le dijo Miguel Ángel—. Ponte la tuya o acabarás ahogándote.

Alejandro Valera se caló la escafandra. Mientras tanto Miguel Ángel se sacaba por la cabeza el tronco de la armadura, sacaba los

brazos y volvía a ponérsela pero al revés, conservando los brazos fuera metiéndolos por los agujeros de los sesgos. El truco consistía en utilizar el depósito de oxígeno de la armadura como pulmón, pues el oxígeno no estaba en la escafandra, sino entre las dobles paredes de la sección de la armadura correspondiente al tórax, y principalmente en la espalda donde se formaba una especie de joroba plana para encajar el “back” o equipo volador individual.

El nivel del agua alcanzaba al cuello de Miguel Ángel y éste aplicó la boca al orificio de salida del oxígeno, abriendo a continuación la espita, que estaba cerca del anillo el cual encajaba la escafandra.

Cuando el agua le cubrió por completo, Miguel Ángel se sentó en el banco sosteniendo con firmeza la pieza de la armadura. Ahora tendría que esperar hasta que la cámara de derrota estuviera completamente anegada para abandonar la armadura y salir nadando por la grieta hasta la superficie.

La cosa estaba funcionando bastante bien. Aspiraba el oxígeno por la boca, retenía el aire lo más posible en los pulmones y lo expelía luego por la nariz formando burbujas. Como lo más importante ahora era conservar la serenidad, hizo un llamamiento al sentido común y se mantuvo en su posición absolutamente quieto.

Levantando los ojos y mirando por el interior de la pieza de la armadura podía ver la luz del día que entraba por la grieta del techo. Transcurrió un largo rato sin que ocurriera nada. Inhalaba y expulsaba con regularidad el oxígeno en aquella larga espera, hasta que vio una sombra que interceptaba la luz que entraba por la grieta.

La tripulación, anegada totalmente la cámara de derrota, empezaba a salir por la abertura del casco. El buque crujió y Miguel Ángel se preguntó por qué no se había hecho pedazos. Se le ocurrió que probablemente, al encontrarse sumergido, el volumen de agua que desplazaba y la consiguiente pérdida de peso era lo que impedía por el momento la destrucción total de la aeronave.

La luz seguía brillando a través de las limpias aguas. Ya no veía sombras. Era llegado el momento de intentar escapar. Hizo varias inhalaciones rápidas y una final muy profunda.

—“Miguel Ángel, tienes que hacerlo o estás listo”.

Se dijo. Y abandonando la pieza de la armadura empezó a nadar con rapidez hacia la luz. En las proximidades de la grieta encontró una corriente contraria. Luchó con vigor pero serenamente, hasta que alcanzó la grieta y pudo asirse con las manos desnudas a las rugosidades del metal. Al abandonar la fisura se vio envuelto en una vaga claridad verde-azulada. El crucero se había hundido en aguas poco profundas, a poco más de treinta metros.

Siguió nadando, viendo aumentar la luz a su alrededor, hasta que con el último aliento alcanzó la superficie y aspiró el aire a pleno pulmón.

—“Muy bien, Miguelito, lo conseguiste” —se felicitó a sí mismo.

El fuerte sol brillaba sobre su cabeza por un claro entre las nubes. Lejos, por la izquierda, se veía la cordillera. Enfrente, a unos diez kilómetros, estaba la costa baja por donde desembocaba el río. No se le ocurrió pensar que las distancias resultaban engañosas en este mundo de titanes, pues al revés que en un planeta esférico, aquí el suelo se curvaba hacia arriba y uno siempre alcanzaba a distinguir las tierras que se encontraban lejos, sin otro obstáculo que la neblina causada por el vapor que salía de la tierra o el mar.

Se puso a nadar. Nadó con energía, pero con calma. Después de un largo rato veía un bulto negro, como una mina flotante subiendo y bajando a impulso de las olas. ¡Era la escafandra de un astronauta! Pero no iba a ser la única, poco después y antes de haber alcanzado la primera descubrió otras dos.

Con la impedimenta de la armadura, los náufragos nadaban con dificultad. Aunque mientras conservaran su traje y su escafandra jamás morirían ahogados, la verdad era que la flotabilidad de la escafandra añadía obstáculos al avance en el agua.

Descalzo y sin más ropa que unos “shorts” negros y una camiseta de manga corta, Miguel Ángel Aznar nadaba con mayor rapidez que sus compañeros de naufragio. Pronto alcanzó al más rezagado. Era la señorita Sara Bogani. Cerca de la muchacha se movían cansinamente los dos Valera.

Miguel Ángel supo que era la chica por el número blanco pintado en la parte de atrás de la escafandra. Se acercó por detrás y llamó con los nudillos en lo alto de la escafandra. La muchacha volvió la cabeza, le reconoció y lanzó un grito:

—¡Almirante Aznar! ¡Oh, Almirante!

Le echó los brazos al cuello y Miguel Ángel tuvo que abrazarse a ella para no ser sumergido. La armadura y la voluminosa escafandra le sostuvo a los dos a flote. La joven se había echado a llorar. El almirante podía oírla a través del tornavoz exterior de la escafandra.

—¡Bendito sea Dios, creímos que se había ahogado! ¡Don Mario... Alejandro... el Almirante Aznar está aquí conmigo!

Al parecer la chica estaba en contacto por radio con el resto del grupo. Las dos escafandras negras se movieron en dirección al grupo que formaban la señorita Bogani y Miguel Ángel Aznar. La sincera alegría de sus compañeros conmovió a Miguel Ángel.

—Ocurra lo que ocurra, al menos estaremos juntos todos —dijo Alejandro a través del tornavoz exterior.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Miguel Ángel.

—Van delante en dirección a la costa —contestó Alejandro—. Apenas se puede avanzar con estas dichas armaduras. Estoy reventado de cansancio y bañado en sudor.

—Estás bañado en el agua que te entró antes de ponerte la escafandra —dijo Miguel Ángel riendo.

Se sentía feliz. Aunque su situación no era muy envidiable, reventaba en alegría al considerar que, después del riesgo a que todos habían estado expuestos, se encontraban momentáneamente a salvo y en posesión de todas sus energías.

—¿A qué distancia más o menos estaremos de la costa? —preguntó Miguel Ángel.

—¡Vaya usted a saber! Lo mismo pueden ser veinte que treinta kilómetros —dijo Alejandro Valera.

—Bien, vamos a nadar un rato. Cuando nos cansemos pararemos a descansar. No hay prisa, tenemos tiempo.

Se pusieron a nadar. Miguel Ángel se sostenía apoyando las manos en los hombros de la señorita Bogani y se impulsaba moviendo los pies. La chica braceaba al estilo mariposa y de esta forma iban avanzando poco a poco. De tiempo en tiempo se paraban a descansar.

El tiempo fue transcurriendo. El cielo se cubrió de negras nubes, llovió, de nuevo salió el sol y de nuevo cayó un chaparrón. Se levantó el viento, el mar se encrespó y las olas empujaron a los naufragos hacia la costa mucho más rápidamente que si fueran

nadando.

Por el contrario, al llegar cerca de la costa la resaca les empujaba lo mismo hacia afuera que mar adentro. Pese a que el mar no estaba demasiado frío, a Miguel Ángel le castañeaban los dientes. Tenía los labios amoratados y los ojos enrojecidos. Los que horas antes se quejaban del estorbo de las armaduras y escafandras comprendieron ahora la ventaja de conservarlas. La armadura les preservaba del frío y del agua.

Cuando después de larga lucha alcanzaron la playa se dejaron caer exhaustos en la arena. Habían transcurrido treinta y dos horas desde que abandonaron el buque. Sara Bogani se quitó la escafandra.

Sosteniéndose mutuamente, los dos Valera vinieron a dejarse caer junto a Miguel Ángel Aznar y Sara Bogani. Alejandro se quitó la escafandra y aspiró profundamente el aire. A continuación ayudó a su padre a despojarse de la suya.

—Almirante, ¿cómo te encuentras? —preguntó inclinándose sobre Miguel Ángel Aznar.

—Hecho cisco —contestó Miguel Ángel sin abrir los escocidos ojos. Y después de un silencio—: ¿Cuántos se salvaron?

—La mayoría según creo. Había mucha gente en el mar alrededor del punto por donde salimos. ¿Qué fue lo que ocurrió? ¿Por qué caímos al mar?

—Nos derribaron. Utilizaron contra nosotros algún arma desconocida, sospecho que... ¿Se salvó el profesor Ferrer?

—Sí. El capitán Arco pasó lista por radio cuando acabó de salir el último superviviente. De nuestro grupo sólo faltó la señora Elorza. Nadie la vio abajo ni salió a la superficie después.

—Llama al Capitán Arco.

Los radios no habían vuelto a utilizarse desde que el Almirante Aznar se incorporó a los supervivientes y dio orden tajante de conservar las pilas eléctricas. Aunque en tierra sólo tenían un alcance de cien kilómetros, estas radios constituían su última esperanza de comunicarse con el LIMA y el ROMA... si es que regresaban alguna vez.

Apenas Alejandro Valera encendió la radio se escuchó una voz que llamaba con insistencia:

—¿Almirante Aznar? ¿Hola, Almirante Aznar?

Era el capitán Arco, intranquilo en la duda de si el Almirante y sus tres compañeros habían alcanzado la costa o estaban todavía en el mar. No existiendo puntos de referencia próximos, convinieron en que el capitán encendería fuego, cuya columna de humo serviría para establecer la posición de cada grupo.

Aunque el humo podía atraer a las “mantis”, que acaso estuvieran buscándoles, el Almirante consintió a condición de apagarlo inmediatamente que hubiese cumplido su misión. Poco después veían una columna de humo a unos tres o cuatro kilómetros de distancia. Se convino en que el grupo vendría a reunirse con el Almirante y se apagó el fuego.

Una hora después Miguel Ángel Aznar y sus amigos veían un grupo de unos cuarenta hombres que venían andando por la playa. Los astronautas conservaban puestas sus armaduras, si bien todos se habían despojado de la escafandra. El calor era tórrido y los hombres sudaban a chorros.

El capitán Arco, segundo comandante del KALININ, estrechó con su guantelete de “diamantina” la mano desnuda del Almirante Aznar. Un poco rezagados llegaron el profesor Ferrer y el doctor Ross. Reunidos en un solo grupo, abandonaron la playa y se dirigieron hacia la selva, que distaba casi un kilómetro. Mientras los astronautas iban en busca de algún fruto comestible, el Almirante Aznar se reunía en asamblea con el capitán Arco, los tenientes Puche y Blake, y el profesor Ferrer y el resto de los científicos.

—¿Tenemos algún arma en el grupo, Capitán?

—No, ninguna —contestó el capitán Arco—. Ni un cortaplumas.

Miguel Ángel Aznar sacudió la cabeza.

—No tenemos armas, ni comida, ni equipo. Yo ni siquiera tengo zapatos. Todo habría sido distinto si al menos hubiésemos sacado nuestros equipos voladores individuales del buque.

—En efecto —contestó el Capitán—. ¡Pero ocurrió todo tan rápido! Quién más quién menos, sólo tuvo tiempo de buscar una escafandra para salvarse. ¡Y no todos la encontraron!

—Fue culpa mía, debí haber previsto todas las contingencias, incluida la de que nos derribaran.

—Nadie ha escapado jamás de un crucero sideral derribado —dijo el Capitán—. Sin la providencial rotura del casco por arriba de la cámara de derrota no habríamos podido salir nunca. Ya podemos

dar gracias de encontrarnos aquí.

—Pues no es un lugar muy a propósito para acoger a unos naufragos —gruñó Miguel Ángel mirando aprensivamente en rededor—. A menos que vengan a buscarnos nuestros buques, ¿cuánto tiempo podremos sobrevivir en este mundo enorme, hostil y desconocido? Esos malditos insectos... por cierto, ¿cómo nos derribaron? ¿Fue un bloqueo de nuestro reactor nuclear?

—El reactor estaba funcionando perfectamente. Seguía funcionando incluso cuando estábamos cayendo. Yo tenía a mi cargo los indicadores y ningún instrumento acusó el fenómeno que nos hacía caer —dijo el teniente Puche, oficial reactorista—. Fue con aquel golpe terrible contra el agua cuando dejó de funcionar.

—¿Qué opina usted, profesor Ferrer?

—Un bloqueo en el reactor nuclear nos habría precipitado al mar con toda seguridad, pero nunca hubiera afectado a nuestro peso. Repentinamente todos sentimos como si pesáramos una tonelada. Recuerdo que mi silla se rompió y vi uno de los pupitres de los controladores que se aplastaba como si fuera de cartón. Era como si hubiera bajo nosotros un gigantesco planeta de masa descomunal. Sólo sé de algo que podría producir un fenómeno semejante... ondas gravitacionales.

—¡Ondas gravitacionales! —exclamó el Capitán Arco roncamente—. Después de siglos de investigación no hemos pasado de los balbuceos en la técnica de producirlas.

—Pues las “mantis” deben dominar esa técnica. No en pequeña escala como nosotros, apenas capaz de crear un campo de atracción bajo el piso de nuestras cosmonaves, sino a escala gigantesca, capaz de atraer irresistiblemente una mole como nuestro crucero desde cien kilómetros de distancia.

—Sólo estábamos a mil metros de altura cuando nos derribaron sobre el mar —dijo Miguel Ángel Aznar.

—En efecto. ¿Pero a qué distancia estaban de nosotros los focos de radiaciones de neutrinos? Uno estaba a cincuenta kilómetros de distancia a nuestra derecha. El otro estaba al final de la punta que cierra este golfo, a más de quinientos kilómetros por la izquierda. He estado meditando el asunto, y en mi opinión la convergencia de dos o más proyecciones de ondas gravitacionales fueron necesarias para derribarnos. ¿Por qué? Muy sencillo, si sólo hubiese actuado

sobre nosotros un campo de ondas gravitaciones, probablemente hubiésemos ido a caer sobre las cabezas de los mismos que manejaban el proyector o cualquier otro sistema que se emplee para producir esas ondas.

Miguel Ángel Aznar comprendió inmediatamente la idea del profesor Ferrer. Éste pidió al teniente Stanley Blake, que era el oficial de derrota en servicio cuando ocurrió la catástrofe, que dibujara en el suelo un mapa con todos los accidentes geográficos por él observados en las dos últimas horas de vuelo del KALININ.

Poniéndose en pie y tomando una ramita seca, el teniente dibujó sobre la arena una proyección vertical sobre un terreno que debía comprender unos 250.000 kilómetros cuadrados.

Dibujó un arco representando el golfo, y un punto en cada extremo del arco. A partir de estos dos puntos trazó por la derecha una cordillera de montañas que se perdía hacia el Este, y a partir del extremo occidental del arco otra cordillera que descendía hacia el Sur. A continuación dibujó el río, largo y sinuoso, en dirección SSE, desembocando en el golfo no lejos del extremo de la cordillera oriental. La cuerda del arco que formaba el golfo debía tener aproximadamente unos 500 kilómetros. Entre ambas cordilleras y el seno del golfo se extendía la selva.

El profesor Ferrer se puso a su vez en pie, tomó la rama de la mano del teniente y unió con una línea recta los dos extremos de las dos cordilleras que terminaban en cada extremo del golfo. Luego trazó otra línea de igual longitud desde el punto Oeste del arco al Sur sobre la cordillera, y finalmente unió este último punto con el extremo Norte de la cordillera oriental.

Miguel Ángel Aznar se puso en pie para examinar el resultado y vio un triángulo perfecto de 500 kilómetros de lado, dentro del cual quedaba comprendido todo el golfo, la desembocadura del río y unos cien mil kilómetros cuadrados de selva al pie de la cordillera occidental.

Los dos Valera, el doctor Ross y la señorita Bogani se pusieron a su vez en pie para contemplar el mapa.

—¿Lo ven claro ahora? —dijo Ferrer señalando con la punta de la rama—. En cada vértice de ese triángulo hay seguramente un proyector o cualquier otra máquina emisora de ondas gravitacionales. Los tres puntos de proyección se apoyan

mutuamente, de forma que siempre hay por lo menos dos defendiendo un lado cualquiera del triángulo.

Todos guardaron silencio, hasta que Miguel Ángel Aznar murmuró:

—¿Ha empleado la palabra defender? ¿Qué puede haber dentro de ese triángulo que merezca la pena de ser defendido?

—Tal vez una ciudad —apuntó el doctor Ross.

—Una ciudad —repitió el Almirante—. Señorita Bogani, ¿cómo imagina usted que pueda ser una ciudad habitada por insectos?

Sara Bogani enrojeció sin motivo aparente.

—No lo sé —murmuró—. Admitiendo que nuestras “mantis” sean insectos sociales, de lo cual parece no haber duda, podrían habitar en grandes colonias como hormigueros subterráneos. Tal vez sus costumbres se parezcan a las humanas más de lo que creemos y vivan en pequeñas chozas familiares... es difícil adivinarlo.

—Pues no nos ayuda usted mucho —gruñó el Almirante, motivando una nueva subida de sangre en el bello rostro de la señorita Bogani.

Alejandro Valera, que estaba mirando pensativamente en dirección a la limpia extensión de arena, pegó un bote de sobresalto y señaló con el brazo.

—Eh, miren. Alguien se mueve por allí.

Todos miraron en la dirección que señalaba el brazo extendido de Alejandro, hacia el mar y hacia la izquierda.

Unos puntos negros avanzaban en fila india por la arena cerca de la orilla del mar. El ardiente sol tropical calentaba la arena y la lejana columna aparecía como a través de un ondulante telón.

—Tal vez sea supervivientes del KALININ —dijo el Teniente Blake.

Todos permanecieron en silencio, esforzando la vista por identificar a la movable columna.

—¡Con tal que no sean insectos! —dijo Ross.

—Si fueran insectos vendrían volando —aseguró el capitán Arco—. Ese es el color de nuestras armaduras de vacío. Si alcanzaron a tiempo sus escafandras, aunque no pudieran utilizar las esclusas de escape, podrían haber inundado sucesivamente los compartimientos estancos hasta llegar a la cámara de derrota. ¡Son nuestros hombres,

seguro! Encontraron nuestras huellas en la playa y vienen sobre ellas.

De nuevo se hizo el silencio, acompañado de una intensificación del esfuerzo por identificar a los que llegaban. En esto vieron un objeto negro de forma lenticular que volaba rápidamente sobre la playa y pasó a baja altura por la izquierda de la tropa, casi rozando el agua.

—¡Una aeronave de las “mantis”! —señaló Miguel Ángel Aznar—. ¿Y no ataca a nuestros hombres? ¡Diablo!

La aeronave se detuvo más o menos en el punto de la playa donde el Almirante y sus amigos se habían reunido con el grupo del capitán Arco. Se estuvo quieta en el aire un minuto y luego viró para volar en línea recta hacia el borde de la selva desde donde era contemplada por los náufragos del KALININ.

—¡Viene hacia aquí! —exclamó el Almirante—. ¡Han visto nuestras huellas! ¡Pronto, escondámonos!

El doctor Ross puso su mano enguantada de vidrio azul sobre el brazo desnudo de Miguel Ángel.

—Yo no haría eso, Almirante. Si esos son nuestros hombres y la aeronave no les ataca, es seguramente porque han llegado a un acuerdo amistoso y vienen a ayudarnos.

—¿Ayudarnos? —chilló el Almirante—. Espere que empiecen a disparar sus cañones y verá la clase de ayuda que esos bichos quieren proporcionarnos. ¡Pónganse las escafandras!

La pequeña figura de Sara Bogani apareció junto a Miguel Ángel Aznar.

—Almirante, usted no lleva armadura —le recordó.

—Sí, es cierto. Debo buscar un refugio y pronto.

Miguel Ángel Aznar echó a correr internándose en la selva. Mientras corría bajo los grandes árboles vio a un par de hombres que estaban cogiendo bayas silvestres, utilizando sus escafandras como cestos.

—¡Póngase las escafandras y échense al suelo detrás de los árboles, nos atacan desde el aire! —les gritó sin detenerse.

Un enorme tronco, derribado por alguna tormenta de viento, se interpuso en el camino de Miguel Ángel. Éste dio la vuelta al tronco y vio que las grandes raíces ofrecían un buen refugio. Cuando iba a meterse bajo la raíz vio venir a Sara Bogani que corría

atropelladamente, con el impedimento que suponía para ella la engorrosa armadura de “diamantina”.

—¡Le dije que se pusiera la escafandra! —le gritó Miguel Ángel.

En este momento se escuchaba el runflido de unos poderosos motores de reacción y una lluvia de proyectiles atravesó la arboleda tronchando ramas y desprendiendo hojas de las copas de los árboles.

Sara Bogani llegaba en este momento junto a Miguel Ángel. Él la cogió por la cintura y la empujó detrás del tronco, arrojándose a su vez sobre ella. La muchacha le echó los brazos al cuello, rodando juntos hasta el hueco en el momento que un puñado de balas barría la selva y arrancaba astillas de la madera.

Con gran estruendo de motores pasó la aeronave haciendo estremecer la selva con el aire desplazado. La mejilla de la señorita Bogani estaba pegada a la del almirante, y su cálido aliento acariciaba el cuello masculino.

—Es usted una tonta —murmuró Miguel Ángel. Y la besó en los labios.

La muchacha le correspondió, apretando sus labios contra los del Almirante hasta dejarle sin respiración. Luego se separaron y se contemplaron como encandilados.

CAPÍTULO V

Después de describir un círculo completo, la aeronave lenticular regresó al mismo lugar disparando sus cohetes y cañones al mismo tiempo. La selva se pobló del estruendo de las explosiones y el chirrido de las balas que caían por todas partes...

Sara Bogani se apretó contra Miguel Ángel Aznar escondiendo su cabeza en el hombro de él como si de ese modo esperara encontrar protección. Gritos y llamadas siguieron al paso de la aeronave que hacía rugir sus poderosos motores alejándose.

—Volverá —dijo Miguel Ángel siguiendo con los ojos al aparato, invisible más allá de la bóveda verde—. Ponte la escafandra.

—¡No! Me siento segura a tu lado —protestó Sara.

—No seas chiquilla, estarás mucho más segura protegida por la escafandra.

Miguel Ángel tomó la voluminosa esfera de “diamantina” y se la ajustó al escote. Mentalmente echaba pestes contra el aparato lenticular, cuyos motores podía escuchar cuando se elevaba y describía un nuevo círculo para volver al ataque.

En la tercera pasada la aeronave volvió a disparar sus mortíferos cohetes, uno de los cuales pasó como una exhalación a través del ramaje y explotó al otro lado del enorme tronco que protegía al Almirante y a la profesora Bogani. Una lluvia de tierra cayó sobre las espaldas de ambos cuando el aparato pasaba de nuevo rugiendo sobre sus cabezas y se alejaba.

—¡Maldito, si tuviera solamente un fusil eléctrico te ajustaría cuentas! —rezongó el Almirante.

Honradamente había de admitir que, si bien las aeronaves de las “mantis” no podían igualar en eficacia a los aparatos de caza de la Armada Sideral Valerana, armados de proyectores de “luz sólida”, en cambio poseían el poder de desencadenar un terrible efecto psicológico. El chillón estruendo de los motores de chorro, el

aullido y la explosión de los cohetes y el tableteo de las ametralladoras hacían encogerse el corazón de las víctimas.

Todavía hizo el aparato otras dos pasadas disparando simultáneamente cohetes y cañones. Luego se alejó y ya no volvió.

Latiéndole el corazón con fuerza, Miguel Ángel se puso en pie y ayudó a incorporarse a la señorita Bogani. La joven iba a quitarse la escafandra, pero el Almirante le aconsejó que la conservara puesta.

—Tal vez no hayamos pasado lo peor —le dijo.

Alguien lanzaba desgarradores gritos de dolor en la espesura. Se escuchan gritos y carreras. Cogidos de la mano Miguel Ángel y Sara Bogani se abrieron paso en la dirección que se escuchaban los gritos. Llegaron a un lugar donde los cohetes habían devastado la vegetación, viéndose todavía algunos arbustos humeantes y un par de grandes embudos en el suelo, donde los cohetes habían hecho explosión. Había media docena de hombres vestidos de “diamantina”, unos con escafandra y otros sin ella, inclinados sobre alguien que estaba tendido en el suelo.

Uno de los hombres, el sargento Camaro, vio llegar al Almirante y salió a su encuentro.

—Es el sargento Hernández, señor. Un cohete, le alcanzó de lleno y le arrancó una pierna. Se está desangrando.

—Vayan a buscar al doctor Ross, tal vez pueda hacer algo —dijo el Almirante.

Un sargento llegó para dar cuentas de otra baja. Cuatro hombres se habían alejado buscando frutos silvestres y fueron sorprendidos por el ataque del aparato aéreo. Una bala mató al sargento Emerson destrozándole la cabeza.

Sara Bogani y el Almirante acompañaron al sargento. Dos hombres hacían compañía al cadáver y se pusieron en pie al ver llegar al Almirante.

—¿Qué hacemos con el cadáver, señor? Ni siquiera tenemos palas para abrir un agujero y enterrarle.

—No creo que eso le importe mucho a Emerson. Vamos a despojarle de su armadura, tal vez me sirva.

Miguel Ángel Aznar se endosó la armadura de “diamantina” de Emerson. Ésta le ajustaba de cintura abajo pero el sargento tenía los hombros más estrechos y Miguel Ángel se sintió comprimido dentro de la coraza.

—Lo importante es que pueda andar con ella —dijo Miguel Ángel.

Regresaron con el grupo principal. El sargento Hernández acababa de expirar. El doctor Ross no pudo hacer nada por él. La coraza de Hernández era una talla más grande que la del sargento Emerson. Despojaron al muerto de su armadura y Miguel Ángel se puso la coraza más grande, con lo cual hizo de dos armaduras una que le caía bastante bien.

El capitán Arco llegó con el profesor Valera y el profesor Ferrer.

—La columna viene hacia aquí —informó Arco—. No eran compañeros, sino “mantis”.

—¿Cuántas “mantis”?

—He contado más de veinte. Deben ser veinticuatro o veinticinco. Almirante, tenemos que darnos prisa.

El Almirante, descubierta la cabeza, miró en torno a los hombres que le rodeaban en apretado grupo. Todos los ojos estaban fijos en él. Incluso detrás de la negra cortina de cristal polarizado que ocultaba los rostros, se adivinaba la intensidad de la mirada de unos hombres que confiaban en él.

—Amigos míos, voy a hablarles claro —dijo Miguel Ángel Aznar levantando la voz—. Nuestra situación es apurada, a menos que regresen nuestros buques estaremos abandonados a nuestros propios medios, sin armas, sin alimentos, en un continente inmenso y desconocido, habitado por alimañas que nos acechan por todas partes. Una columna de “mantis” nos ha seguido y estará aquí en unos minutos. Ellos están armados, conocen el terreno, y casi con toda seguridad están mejor adaptados que nosotros para moverse a través de la selva. Si huimos nos alcanzarán. Nuestras armaduras no están hechas precisamente para andar y nuestros movimientos serán siempre más lentos que los suyos. Nos cansaremos antes, los más débiles irán quedando rezagados y las “mantis” nos capturarán uno tras otro.

—¿Entonces, qué podemos hacer? —preguntó una voz anónima.

—Sólo podemos hacer una cosa, luchar.

—¿Luchar con los insectos sin más armas que nuestras manos? —preguntó otra voz.

—Ellos son alrededor de veinticinco y nosotros casi cincuenta. Les doblamos en número. Sus balas no pueden atravesar nuestras

corazas de “diamantina”. Tenemos que luchar cuerpo a cuerpo y arrebatarnos sus armas. Si nos derrotan estaremos en la misma situación que si hubiéramos huido. Nos capturarán y sólo Dios sabe lo que harán de nosotros. Busquen ramas, palos... lo que sea... y luchen. Luchen con ferocidad, recuerden que nos va en ello la vida.

El grupo se disolvió, corriendo cada hombre por su lado en busca de ramas y palos. Sólo quedaron junto al Almirante los Valera, Ferrer, Ross y Sara Bogani.

—Vamos a subirme a uno de esos árboles, Sara. Allí estarás más segura —dijo Miguel Ángel.

Mientras el Almirante y Alejandro ayudaban a la señorita Bogani, otros hombres se ayudaban también para encaramarse a las ramas bajas de los árboles. Nadie trataba de eludir la pelea, al contrario, todo formaba parte de la estrategia.

Dejando a Sara Bogani bien oculta entre las ramas, el Almirante se caló la escafandra, puso su altavoz a todo volumen y gritó:

—¡Atención, enciendan todos sus radios! Si alguien durante la pelea necesita ayuda, que la pida usando su número de armadura. Nada de nombres. Escóndanse y esperen.

A continuación el Almirante arrancó una rama larga de un árbol y fue a esconderse junto con Alejandro detrás de un matorral.

Tras las últimas carreras y crujidos cayó el silencio sobre la selva. Acurrucados en sus escondrijos, detrás de los troncos y los matorrales, subidos y agazapados en las ramas de los árboles, los terrícolas sudaban dentro de sus sólidas armaduras de “diamantina”.

La provisión de oxígeno se había agotado muchas horas atrás, y ahora cada hombre tenía que respirar a través de una ventanilla, donde también estaba alojado el altavoz exterior. Si el aire era caliente y húmedo por sí mismo, en el interior de cada escafandra era casi irrespirable.

Transcurridos unos minutos se escucharon unos leves ruidos como de ramas quebradas. Las “mantis” penetraron en la jungla avanzando en fila india. Su naturaleza estaba perfectamente adaptada al medio y se movían con sigilo, todos sus sentidos alerta. Cada “mantis” empuñaba un fusil de gran tamaño, de calibre grueso, el cual sostenían atravesado a la altura del tórax con ambos brazos casi juntos, en aquella actitud característica que tanto les

hacía parecerse a las “mantis” terrícolas.

Además del pesado fusil cada “mantis” llevaba un largo machete de hoja ligeramente curva, pendiendo de un cinturón de lona. Este mismo cinturón servía para las cartucheras y era sostenido por unos tirantes que pasaban por los hombros. Las “mantis” llevaban a la espalda una mochila, y dos de ellas una emisora de radio de campaña.

A través de los auriculares de Miguel Ángel Aznar una voz susurró por lo bajo:

—Atención, ahí vienen. Van a pasar por delante de mi escondrijo.

—Déjenlas pasar —contestó el Almirante.

Siguió una espera tensa. Desde el lugar donde estaba, a través de las ramas, Miguel Ángel Aznar vio moverse un matorral. Una cabeza de caballo asomó estirando el largo cuello. La “mantis” dejó oír un chirrido desapacible, parecido en cierto modo al de una cigarra. Dio la vuelta al matorral y avanzó confiadamente. Tal vez pensaron que los terrícolas se habían puesto en fuga...

De pronto la “mantis” que iba en cabeza avanzó con rapidez en determinada dirección... ¡y se arrojó vorazmente sobre el cadáver del sargento Hernández!

¡Era el olor de la sangre lo que parecía haber impulsado a la “mantis” a abandonar todas sus precauciones!

Las otras “mantis”, como poseídas de repentina locura, se empujaron unas a otras en frenética carrera para llegar antes hasta el cadáver. ¡La primera “mantis” había tirado su fusil y se inclinaba para clavar sus enormes mandíbulas en una pierna del cadáver!

—¡Esas bestias han enloquecido al olor de la sangre! —gritó Miguel Ángel Aznar—. ¡Es el momento, muchachos, a ellas!

De pronto, brotando de todas partes como hormigas furiosas, aparecieron los hombres enfundados en armaduras de “diamantina”. Salieron de los árboles y de los matorrales, y un par de ellos se descolgaron de una rama cayendo sobre las cabezas de los insectos.

—¡Los machetes... cójanles los machetes! —gritó Miguel Ángel mientras salía de su escondrijo y atacaba por la espalda a una “mantis”.

La “mantis” se volvió en este instante y el Almirante se encontró

de pronto cara a cara con un animal más alto que él y que empuñaba en una mano un fusil.

Los reflejos del terrícola fueron más rápidos que los del insecto. Como iluminado de inspiración súbita Miguel Ángel alargó la mano y arrebató de la garra de la “mantis” el fusil.

Casi sin poder creer en su suerte, el Almirante se agachó y esquivó el golpe que la “mantis” le lanzaba a la cabeza con su otro brazo, grueso y fuerte como una rama de un roble. La “mantis” tardó un segundo en reaccionar...

El Almirante Aznar se volvió rápido, metió el dedo entre el guardamontes y apretó el gatillo.

Salió el tiro con acusado rebufo de la pesada arma, el grueso proyectil alcanzó a la “mantis” entre los ojos y el horrible insecto pegó un brinco terrible cayendo de espaldas... las cuatro largas y delgadas patas estremecidas en un extraño y horrible estertor.

Con el tiro se corrió una pieza móvil y un casquillo saltó en el aire. ¡Era un rifle semiautomático!

La lucha se había generalizado. Se escuchaban tiros y se veían algunos machetes esgrimidos por manos terrícolas. Uno de estos machetes estaba en poder del capitán Arco, que lo clavó profunda y certeramente en un ojo de una “mantis”. Rápidamente otro hombre se hizo con el rifle del insecto que agonizaba.

Buscando sobre quien disparar, Miguel Ángel vio al profesor don Mario Valera que estaba pasando sus apuros, de espaldas en el suelo y con una horrible criatura a caballo de él, tratando de arrancarle un brazo con sus terribles mandíbulas. Miguel Ángel corrió por detrás de la “mantis”, le acercó el cañón del rifle a la nuca y disparó.

Los sesos del insecto saltaron literalmente por los aires. La “mantis” cayó muerta sobre el profesor.

El rifle tenía cinco cartuchos y con ellos el Almirante Aznar eliminó a cinco “mantis” y se hizo con otros cuatro rifles, que distribuyó entre sus hombres. Estas armas, en manos terrícolas fueron tan decisivas como las armaduras de “diamantina”. Sin sus formidables corazas los terrícolas habrían sido fácil presa de aquellos insectos hercúleos de voracidad inaudita.

La batalla fue breve y enconada. Sorprendentemente, ninguna “mantis” trató siquiera de huir. Lucharon ferozmente hasta el

último y cayeron uno tras otro sin volver la espalda.

Terminada la feroz refriega, los náufragos del KALININ se miraron unos a otros casi sin poder dar crédito a su fácil victoria.

—¡Vencimos! ¡Hurra por nuestro Almirante! —gritó un astronauta levantando en el aire un fusil.

Un ensordecedor ¡hurra! atronó los oídos del Almirante a través de los auriculares. Cuando tras repetidos gestos el almirante logró imponer silencio en su jubilosa hueste, fue para decir:

—Apaguen las radios, estamos gastando unas pilas que todavía pueden sernos muy preciosas.

Se apagaron las radios y todos se despojaron de las escafandras para mostrar sus rostros sudorosos y sonrientes.

—No podemos quedarnos aquí mucho tiempo —dijo el Almirante a sus hombres—. Las “mantis” conocen nuestra posición y no tardarán en enviar aviones. Debemos cambiar de lugar antes que regresen. Recojan todo lo que pueda sernos útil: rifles, machetes y cartucheras. Nos llevaremos los cuerpos de Hernández y de Emerson y les daremos sepultura más tarde.

—Almirante, las “mantis” traían consigo dos emisoras de radio —informó el teniente Blake.

—Nos las llevamos también.

Mientras los hombres se movían febrilmente por allí, despojando a las “mantis” de sus armas y equipo, Sara Bogani y don Mario Valera examinaban atentamente el cadáver de uno de los insectos. Miguel Ángel fue a reunirse con ellos.

—Mire aquí, Almirante —dijo don Mario—. Ya está claro por qué las “mantis” llegaron andando y no volando. ¡No tienen alas!

—Ya me parecían más pequeñas que aquellas que tripulaban el avión que capturamos. ¿Por qué unas tenían alas y otras no las tienen?

—Es una particularidad común a ciertas especies de insectos de la Tierra —dijo Sara Bogani—. En el reino animal de nuestro viejo planeta, algunos insectos como las hormigas se distinguen porque sus reinas tienen alas. En una colonia de hormigas las clases sociales están clara y rígidamente diferenciadas. Están en primer lugar las reinas, exclusivamente dedicadas a poner huevos y perpetuar la existencia de la colonia. Luego hay otras clases sociales; los soldados, las obreras y los esclavos, cada una de las cuales

desarrollan una labor específica. No sabemos cómo está organizada la sociedad en el mundo de las “mantis” de este planeta, pero a la vista de esta diferenciación yo aseguraría que, al menos de momento, ya tenemos dos clases sociales; las “mantis” aladas que tripulan las aeronaves, y las “mantis” sin alas que hacen las funciones de soldados de infantería.

—Es curioso, sí —dijo Miguel Ángel—. Bien, vámonos de aquí, no podemos perder más tiempo.

Cuando la columna se ponía en marcha, un sargento se acercó al profesor Mario Valera y le mostró el contenido de una de las mochilas capturadas a la “mantis”.

Dentro de la mochila había una especie de bulbos del tamaño de un coco, de consistencia más bien dura y bastante pesados. Se apreciaba claramente que habían sido cortados de alguna planta.

—Yo diría que son hongos, aunque no estoy seguro.

—¿Los podemos comer? Tenemos mucha hambre.

—Mi consejo es que no los coman. Si no son venenosos, pueden contener bacterias perjudiciales para nuestro organismo —dijo don Mario Valera.

Pese al consejo del profesor, algunos astronautas le hincaron el diente a los hongos. A estas alturas, después de haber respirado a pleno pulmón el aire contaminado del circumplaneta, los terrícolas aceptaban cualquier riesgo con fatalista indiferencia. Se les había vacunado contra la acción mortífera de algunos tipos de bacteria presentes en el aire y la tierra del circumplaneta. Si esta medida profiláctica no bastaba para defenderles de aquellos virus, tanto daba morir de una cosa o de otra.

No había transcurrido media hora desde que iniciaron la marcha, cuando escucharon de nuevo el rugido de los motores de chorro. La columna se detuvo y todos se echaron al suelo calándose la escafandra. Los reactores volaron un par de veces por encima de la columna y luego se alejaron. La compacta masa arbórea de la selva al parecer les había ocultado a la mirada inquisitiva de los observadores aéreos.

La marcha continuó en una atmósfera sofocante bajo la eterna noche verde de la jungla. Los insectos, algunos de ellos tan grandes como cerdos, se movían por todas partes en el suelo y el aire. Los mosquitos eran enormes, con un aguijón largo y afilado como un

florete de esgrima.

A tal punto era peligroso el ataque de estos monstruos, que los náufragos se veían obligados a llevar puesta la escafandra la mayor parte del tiempo, sosteniendo y levantado el borde inferior para facilitar la entrada del aire, que de todas formas era bochornoso.

Después de un rato se hizo más oscuro el día y empezó a llover. Las armaduras de “diamantina” mantuvieron secos a los náufragos, aunque la mayoría de ellos hubieran preferido un baño refrescante.

Bajo un intenso aguacero la columna se vio de nuevo en el borde de la selva, cuatro kilómetros más a la izquierda del lugar donde fueron atacados la primera vez. La gente no estaba al tanto de los planes del Almirante y se mostró sorprendida. Miguel Ángel Aznar reunió a los oficiales para exponerles su pensamiento.

A juicio del Almirante el LIMA y el ROMA regresarían a la zona donde fue derribado el KALININ. Los comandantes de estos buques, a la vista de lo ocurrido, se mostrarían lógicamente recelosos y tratarían de sondear la potencia y alcance de aquella arma desconocida, antes de aventurarse a penetrar en el triángulo fatídico.

—Pienso que debemos mantenernos en estos alrededores todo el tiempo que sea posible por si regresan nuestros buques. El alcance de nuestras radios es muy limitado. Podemos captar cualquier llamada de nuestros buques, porque ellos tienen emisoras de gran potencia, pero las ondas gravitacionales del enemigo les obligan a mantenerse a distancia, ellos jamás podrán recibir nuestra respuesta.

—Si no pueden acercarse hasta el alcance de nuestras radios, entonces tampoco podrán aterrizar para recogerlos —apuntó el teniente Blake.

—Nuestros amigos poseen otros medios para ayudarnos. Bastaría que nos arrojaran equipos voladores individuales, y con ellos saldríamos de la zona de alcance de las ondas gravitacionales. Yo confío plenamente en la competencia de MacLane y Arnal. Ellos pueden atacar directamente los puntos de proyección de esas ondas gravitacionales, tratando de apagar los emisores, o bien destacar una escuadrilla de cazas DELTA sin tripulación. En vuelo bajo y a gran velocidad, los DELTA podrían tal vez eludir los proyectores enemigos, y recibir nuestras llamadas de radio y retransmitirlas a

nuestros buques antes de ser derribados. Eso es lo que yo haría.

—Sería una gran cosa que a ellos se les ocurriera la misma idea.

—Lo que haremos en adelante es permanecer a la escucha de la radio, guardando silencio por nuestra parte. Es inútil que llamemos; los nuestros no podrán recibirnos, y en cambio puede servir de indicación para que las “mantis” nos localicen en sus goniómetros.

Los oficiales se alejaron para informar a sus hombres y Miguel Ángel Aznar se puso los auriculares de la radio de su escafandra. Sentado en la arena con la espalda apoyada contra un árbol, el Almirante vigilaba atentamente el aire en todas direcciones, y especialmente el mar por encima de la playa.

Sara Bogani vino con algunos frutos silvestres y se sentó a su lado ofreciéndole frutas. El Almirante se puso a comerlas en silencio.

Hora y media más tarde la profesora Bogani se había dormido. Bajo el calor bochornoso, el cansancio iba apoderándose de Miguel Ángel y sumiéndole en una dulce somnolencia, cuando se irguió de repente al escuchar en su auricular una llamada clara y potente:

—¡Atención. ROMA llama a posibles supervivientes del KALININ! No se esfuerce en contestar, estamos demasiado lejos para recibir su respuesta, a once mil kilómetros sobre la vertical del punto donde fueron derribados. Las ondas de atracción del enemigo llegan hasta aquí muy débilmente, no son lo suficiente fuertes para arrastrarnos. Si acaso están escuchando, pongan atención al siguiente mensaje. No podemos aproximarnos a esa zona para localizarles y tratar de rescatarles. Vamos a destacar un escuadrón de aparatos DELTA sin tripulación, que sobrevolarán la zona a baja cota. Los DELTAS recogerán su mensaje y lo retransmitirán, pero deben estar muy atentos. Los DELTAS sólo permanecerán unos segundos dentro del alcance de sus pequeñas radios. Sean concisos. Digan solamente KALININ, seguido del número de supervivientes, y a continuación EN EL MAR. EN LA PLAYA TANTOS KILÓMETROS A LA DERECHA O IZQUIERDA DEL RÍO. Será suficiente. Los DELTA lanzarán simultáneamente destellos luminosos y emitirán la contraseña de VALERA mientras se acercan para que estén preparados para soltar su mensaje. Seguiremos repitiendo íntegramente este mensaje mientras nuestros cazas se acercan a esa zona...

Se escuchó un grito salvaje en la selva, provocando un susto mayúsculo a todos. Era que alguien, en contra de las órdenes del Almirante, se había puesto a la escucha y recibido también el mensaje.

La alegría se apoderó de los náufragos, y el autor del grito se ganó una buena reprimenda. Se había puesto a celebrar las noticias a gritos antes de apagar su radio. Si las “mantis” permanecían a la escucha, sin duda captarían aquellas voces humanas y sacarían sus propias consecuencias.

—Por lo menos sabrán que seguimos vivos y vendrán a buscarnos —se lamentó el Almirante.

Regresó a su puesto de observación en el lindero de la selva.

—¿Cuánto tardarán en llegar nuestros cazas? —le preguntó Sara Bogani.

—Una hora tal vez.

—Todos los náufragos habían acudido al lindero de la selva, oteando por encima de la playa al mar. Ésta debería ser la dirección lógica por donde aparecerían los DELTA, ya que de hacerlo sobre la selva no podrían ser vistos por los náufragos hasta que pasaran por encima de sus cabezas.

En el auricular del Almirante se repetía una y otra vez el mismo mensaje. Aquella voz lejana tenía para los astronautas el timbre alentador de la amistad. Sus amigos no les abandonaban.

—¡Atención, ya se oye la contraseña de los nuestros! —exclamó Miguel Ángel con júbilo después de cubrir el micrófono con la mano.

La contraseña general de la Armada Sideral era la palabra VALERA emitida en alfabeto Morse. La identificación de aparato a aparato se realizaba por otros medios electrónicos, mucho más rápidos.

—¡Atención, aviones enemigos! —gritó otra voz.

Volando bajo y a mayor velocidad que la del sonido, los reactores estuvieron encima antes de ser oídos. Como quiera que venían sobre el lindero de la selva tampoco fueron vistos hasta que ya era demasiado tarde.

La onda de choque desplazada por los reactores provocó una sonora explosión, seguida del rugido de los motores que se alejaban. Los hombres se echaron al suelo o corrieron a esconderse entre los

árboles.

Inmediatamente detrás de los tres primeros, otro grupo de tres aparatos pasó rugiendo, vistos y no vistos ante los sorprendidos ojos de los náufragos. Las copas de los árboles fueron sacudidas como por un huracán, mientras de la playa se levantaban torbellinos de arena.

—¡Pronto, vayan a refugiarse tras los árboles y no utilicen la radio excepto en caso de extrema gravedad! —gritó el Almirante poniéndose en pie.

Los reactores negros estaban virando a lo lejos.

Por un momento pareció que iban a estrellarse contra el extremo más avanzado de la cordillera que penetraba en el mar, pero era pura ilusión óptica. Se internaron en el mar para virar y volver en línea recta sobre el lugar donde los náufragos del KALININ corrían a la desbandada.

—¡Buena vista tienen los malditos! —rezongó el Almirante mientras asía a la señorita Bogani de un brazo y la arrastraba consigo al interior de la selva.

Se situaron tras un tronco que medía casi dos metros de diámetro y se calaron las escafandras. Miguel Ángel indicó a Sara que se echara en el suelo, permaneciendo él de pie. La muchacha le dio unos golpes en la pierna para llamar su atención e indicarle por señas que se echara también. Pero él negó con la cabeza.

Desde el lugar donde se encontraba podía ver entre otros árboles una zona amplia de la playa. En su auricular escuchaba cada vez con más intensidad los puntos y rayas de la contraseña telegráfica.

Los reactores aparecieron volando en línea recta hacia este lugar, desplegados en línea para batir un sector más amplio de la selva, ligeramente alto picaron para disparar simultáneamente cohetes y cañones.

Miguel Ángel Aznar se apresuró a esconder la cabeza. Los cohetes vinieron silbando y cayeron entre los árboles desencadenando un pequeño infierno de fuego y metralla. Las balas chirriaban por todas partes segando arbustos y provocando una lluvia de hojas desde la cúpula de verdor.

Rugiendo atronadoramente los reactores pasaron sobre ellos rozando casi las copas de los árboles, estremecidos como seres vivos.

Apenas hubo pasado la andanada Miguel Ángel Aznar volvió a sacar la cabeza. Los pitidos eran cada vez más intensos, anunciadores de la creciente proximidad de los aparatos DELTA. ¡Allá en la lejanía, sobre el fondo azul intenso del mar, parpadearon unos puntos luminosos! Eran los proyectores de “luz sólida” de los DELTA, reducidos de potencia para ser utilizados como lámparas de destello.

Detrás del primer aparato, otras luces guiñaban intermitentemente... y detrás otro... y otro...

Los DELTAS venían en fila uno detrás de otro separados por distancias regulares, probablemente con la intención de que los fragmentos de mensaje que no alcanzara a recoger uno los captara el que iba detrás.

¡Bravo por los comandantes del LIMA y el ROMA!

Miguel Ángel Aznar empezó a emitir su mensaje:

—KALININ cuarenta y seis. En la playa cincuenta kilómetros a la izquierda del río... KALININ cuarenta y seis. En la playa cincuenta kilómetros a la izquierda del río...

Mientras los reactores negros se alejaban para virar y atacar de nuevo, el primer caza DELTA ya estaba sobre la playa. Impulsados por dos motores fotónicos, aquellos aparatos desarrollaban una velocidad fantástica. Llegaron en un silencio impresionante, haciendo parpadear sus proyectores del borde de ataque de las cortas y robustas alas, inclinadas hacia atrás en forma de flecha.

El primer DELTA pasó a la izquierda del lugar donde el Almirante Aznar radiaba su mensaje. Una explosión aterradora hizo temblar el suelo y sacudió las copas de los árboles. El segundo pasó sobre los náufragos acompañado de otro terrorífico estampido. El tercero más lejos por la derecha...

Como brotando de la lejanía, tan rápidos que apenas se les podía seguir con la vista, los meteóricos aparatos siguieron pasando, levantando remolinos de arena y removiendo las copas de los árboles. A doce mil kilómetros por hora sólo estarían treinta segundos en el alcance de la pequeña emisora de radio del Almirante Aznar. Pero dada la cantidad de cazas que intervenían en la acción y su proximidad unos de otros, el mensaje debería llegar de todas formas a las antenas de los cruceros ROMA y LIMA.

Tan distraído estaba Miguel Ángel viendo pasar como raudas

sombras sus aparatos, que se vio sorprendido por el nuevo ataque de los reactores negros. Un cohete pasó con estruendo por encima de sus cabezas y un proyectil arrancó astillas de la corteza del tronco que le protegía.

Mientras los cohetes explotaban con estruendo a su alrededor, el Almirante recibió en sus auriculares una llamada de ROMA:

—Aquí ROMA. Atención KALININ, hemos recibido su mensaje.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó Miguel Ángel sin poder contenerse.

—Aquí ROMA. Atención KALININ —seguía hablando la voz tranquila y clara del operador—. Observamos la presencia de aeronaves enemigas en su zona. Ésta debe ser la razón por la que los proyectores de ondas gravitacionales no han actuado sobre nuestros cazas. Es posible también que esos proyectores no puedan apuntarse más bajo de la cota cero de su emplazamiento. Vamos a librarles de esos moscones. Uno de nuestros cazas se acercará en vuelo bajo y dejará caer sobre las playas una sección de tarántulas robot y un número de “backs” suficiente para todos. También recibirán provisiones y botellas de oxígeno. Simultáneamente nuestros cazas lanzarán un ataque de diversión contra los emplazamientos de esos proyectores de ondas. Si tenemos la suerte de apagar esos proyectores todo será fácil. En caso contrario tendrán que alejarse al menos doce mil kilómetros fuera de su alcance, donde podamos recogerles.

—Gracias, muchachos —murmuró el Almirante Aznar emocionado, aun a sabiendas de que seguramente no sería escuchado.

Los DELTAS se habían alejado. Súbitamente el cielo había quedado limpio de ellos. Por el contrario, en este momento llegaba una fuerza aérea de los insectos integrada por dos docenas de reactores lenticulares.

CAPÍTULO VI

Los motores se elevaron de golpe al cielo y se dispuso el ataque. Las nubes de humo y de polvo que se elevaban de la selva, aplastada y tronchada, indicaban claramente el lugar donde suponían escondidos a los náufragos.

El mensaje recibido por el Almirante Aznar había sido escuchado simultáneamente por todo el grupo. Pero aunque rebosaban de contento, todos guardaron silencio respetando disciplinadamente la orden de Miguel Ángel. Éste habló a sus hombres diciendo:

—Habla el Almirante. Si han estado escuchando sabrán que vamos a recibir ayuda en unos minutos. Pero hasta que regresen nuestros cazas deben prepararse para un nuevo chaparrón. Ahí llegan veinticuatro reactores más dispuestos a aplastarnos.

—¡Dichosos bichos! —exclamó una voz anónima—. Esto es como matar pulgas con un mazo. ¿Somos tan importantes que no pueden dejarnos en paz?

—Discúlpenlos —dijo la conocida voz ligeramente acatarrada de don Mario Valera—. Hacen como haríamos nosotros. Ellos no saben cómo somos y quieren capturarnos a toda costa para conocernos.

—¿Quién puede creer eso? —contestó la misma voz a través de la radio—. Cuando vieron a uno de los nuestros muerto, lo que hicieron fue arrojarlo sobre él para devorarlo. Ellos son caníbales, sólo eso.

—Guarden silencio —ordenó Miguel Ángel—. ¡Atención, ahí vienen!

Desplegados en línea de seis en seis, los reactores atacaron en cuatro olas sucesivas, arrojando un infierno de fuego y metralla sobre una faja de selva de ciento veinte metros de ancho por casi quinientos metros de profundidad. Los veloces cohetes levantaban

cráteres de tierra en el suelo, o estallaban al pegar en las ramas altas de los grandes árboles. La metralla segaba y tronchaba ramas y arbustos, y las balas completaban esta labor destructora llenando el espacio de siniestros siseos.

Cerca de donde se encontraban la señorita Bogani y el Almirante Aznar, un cohete hizo explosión lanzando por el aire a un hombre. Otro cohete estalló encima de sus cabezas y desgajó una enorme rama que fue a caer sobre Miguel Ángel Aznar. Éste habría muerto aplastado con toda seguridad a no protegerle la sólida armadura de “diamantina”.

Sumando sus bramidos a las explosiones, los reactores pasaron en olas sucesivas sobre los anonadados terrícolas. Sara Bogani llamaba angustiada en demanda de ayuda.

—¡Vengan, por favor..., el Almirante está debajo de un tronco enorme!

La última oleada pasó y se alejó atronando el aire con sus motores, mientras aquí y allá se incorporaban los hombres como atontados. El teniente Blake y un sargento fueron los primeros en acudir, pero fue necesario el esfuerzo conjunto de cuatro hombres y de la señorita Bogani para retirar la rama.

A todo esto, el Almirante les tranquilizaba diciendo:

—Tengan calma, no me ocurre nada, estoy perfectamente.

Cuando finalmente pudo incorporarse, Sara Bogani se abrazó a su cintura sollozando.

—¡Es horrible..., horrible..., horrible!

—Tranquila, Sara. Esto va a cambiar en un minuto, en cuanto regresen nuestros DELTA —dijo Miguel Ángel dándole golpecitos cariñosos en la sólida testa de “diamantina”.

—¡Ahí llegan, son los nuestros! —gritó una voz jubilosa.

Todos echaron a correr hasta el lindero de la jungla. En efecto, diez esbeltos aparatos rojos venían en vuelo bajo desplegados sobre el mar. De sus afiladas proas, del borde de las alas y del alto timón de cola brotaron delgados rayos de luz, tensos como espadas y como éstas esgrimiendo a derecha e izquierda. Dirigidos por radar, los rayos de “luz sólida” se clavaron en los negros reactores como alfileres de oro atravesando y clavando unos negros escarabajos en el cielo.

Ni uno sólo de los reactores pudo escapar. Atravesados

limpiamente de parte a parte, una y cien veces en la brevedad de un segundo, los aparatos estallaron en el aire o entraron en barrena para hacer explosión. Unos cayeron en la misma playa, envolviéndose en una vivísima llamarada. Otros fueron a caer al mar y algunos se precipitaron en la selva estallando como bombas y provocando incendios.

Locos de alegría, los náufragos del KALININ chillaban y agitaban sus puños cerrados en el aire.

Simultáneamente, los DELTA atacaban las cimas donde se suponían emplazados los proyectores de ondas gravitacionales. Un centenar de DELTAS por un lado, y casi otro centenar por el otro, picaban disparando a la vez sus mortíferos dardos y cohetes de carga nuclear.

Los que quedaban más lejos, por la izquierda, no eran visibles a simple vista. Pero por la derecha a unos setenta u ochenta kilómetros, fueron perfectamente visibles cuando se descolgaban del cielo y hacían jugar sus rayos. De pronto, se encendió un globo resplandeciente, inmenso, que arrojaba una intensa luz verdeazulada. El brillo del sol pareció obscurecido comparado con ese sol atómico, mil veces más luminoso. Sin el negro cristal polarizado que cubría el frente de sus escafandras, los náufragos del KALININ habrían quedado cegados, heridos por este brutal estallido de luz.

—¡Al suelo! ¡Échense al suelo! —gritó el Almirante.

Todos se tiraron de bruces al suelo. Otros globos de luz engeguecedora iban encendiéndose. La montaña había desaparecido detrás de aquel vivo resplandor. Extrañas nubes negras de contornos dorados giraban sobre sí mismas y se elevaban en el aire empezando a formar la cabeza de un hongo descomunal. En la base de este hongo monstruoso el fuego atómico era continuamente alimentado por nuevas deflagraciones nucleares...

La tierra empezó a temblar como sacudida por un violento terremoto. Trepidaba toda ella con extraños ruidos subterráneos, como si fuera a abrirse de un momento a otro o levantarse en las olas como montañas...

A continuación, llegó la onda sonora, un profundo y ensordecedor tronar como si un millón de cañones dispararan al mismo tiempo, repetidos en el eco una y mil veces hasta desgarrar

los tímpanos...

Y ahora vino la onda expansiva. Una nube de arena se acercaba corriendo a lo largo de la costa..., rodaba como una ola gigantesca que alcanzó a los náufragos y los envolvió en un torbellino. Un violento huracán se desató de pronto, haciendo doblarse a los árboles más grandes, arrancando ramas, haciendo volar las hojas a enorme altura, arrastrando a los hombres por el suelo como pelotas...

Los terrícolas, aterrados, se apretaban contra el suelo trepidante, se agarraban donde podían, no veían nada en mitad de aquella tempestad de polvo y arena ni podían escuchar nada. Allí estaba la fuerza descomunal liberada por el ingenio del hombre de la Tierra..., una pequeña muestra no más del tremendo poder de sus armas, el resultado de milenios de experiencia en el desarrollo constante de las técnicas más refinadas del exterminio en masa.

Como un eco de las aterradoras explosiones sobre la montaña más próxima, llegó el trueno lejano de otro bombardeo que tenía lugar en el extremo opuesto del golfo, a más de 500 kilómetros de distancia.

Durante quince minutos se sostuvo el desgarrado apocalipsis de truenos y relámpagos. Luego se apagaron las luces atómicas, y el día pareció por contraste hacerse más oscuro. Una lluvia de tierra y piedras cayó sobre los náufragos. A continuación se produjo un nuevo huracán en sentido contrario. Enormes masas de aire acudían de todas partes a llenar la bolsa de baja presión originada por las altas temperaturas de las deflagraciones nucleares.

El cielo se cubría rápidamente de nubes. Cayó un violento chaparrón que limpió en parte la atmósfera.

Entre los remolinos de polvo y la cortina de la lluvia vieron confusamente tres aeronaves que habían llegado silenciosamente hasta la playa y se remontaban en el aire desapareciendo entre las nubes.

La fuerza del viento estaba cayendo rápidamente.

—Vamos a la playa —dijo Miguel Ángel Aznar—. Nuestros DELTA han dejado allí su cargamento.

Moviéndose a través de la neblina, entre las sombras de un extraño crepúsculo, los náufragos corrieron como aturdidos por la playa. Allí estaba el cargamento soltado por los DELTA.

En un espacio no más grande de una hectárea se veían desparramados unos objetos cilíndricos; botellones de oxígeno, cápsulas conteniendo provisiones y equipo sanitario, y unos largos torpedos, algunos clavados de punta en la arena, pintados a rayas amarillas y rojas.

Mientras unos iban a recoger los botellones, otros se dirigían hacia los torpedos. Apretando un resorte se abrieron en dos secciones los listados torpedos. Éstos aparecían repletos de unas esferas de cristal del tamaño de pelotas de golf. A través de la envoltura transparente, dentro de cada pelota podía verse una negra araña de charolados reflejos, una tarántula de sólido corpachón con tres pares de fuertes patas.

Los náufragos tomaron veinticinco pelotas y se alejaron para depositarlas en la arena, a unos quince o veinte metros una de otra. De otro torpedo los náufragos sacaron unas cajitas de cristal que tiraron a voleo por el suelo.

—¿Listos? —preguntó el Almirante—. Bueno, paren esas sirenas ultrasónicas.

Las sirenas estaban alojadas en los torpedos y ocupaban con las pilas atómicas que las alimentaban la mayor parte del espacio.

Ahora iba a tener lugar un hecho extraordinario, un prodigio de la técnica moderna comparable a un juego de magia. El fantástico desarrollo del conocimiento de la materia, que un lejano día se inició, con métodos rudimentarios, desintegrando un volumen de uranio en un desierto de Nevada, había conducido, tras larga y continua evolución, hasta la técnica de la compresión de los espacios vacíos existentes entre los átomos.

La materia era en su mayor parte espacio vacío. Los átomos que la constituían eran en su disposición como pequeños universos; giraban en órbitas como microscópicos planetas alrededor de un diminuto sol, y las distancias entre unos y otros eran, proporcionalmente, mayores que el espacio existente entre la Tierra y los demás planetas. A tal punto estaba vacía la materia que si todos los átomos de los materiales de una enorme locomotora pudieran comprimirse hasta reunirlos en un solo montón, éste no sería mayor que una molécula de polvo ¡y seguiría pesando las mismas toneladas!

La observación de esta realidad sorprendente, condujo a la

Ciencia hasta el descubrimiento de una técnica para reducir los huecos entre los átomos. A partir de aquel momento, la industria de guerra había podido reducir al tamaño de lapiceros torpedos de cabeza nuclear de diez metros de longitud.

Las ventajas de la aplicación de esta técnica en la guerra eran fáciles de comprender. En el mismo espacio que antes ocupaba un torpedo de diez metros de longitud a bordo de un buque, podía llevarse otro torpedo igual conteniendo cien mil torpedos reducidos de tamaño.

El prodigio mayor consistía en que, vueltos a su talla natural, las máquinas recobraban todas sus facultades operativas.

Igual procedimiento se aplicaba a los diversos tipos de máquinas de las modernas Fuerzas Armadas del planetillo VALERA. De ahí el enorme poder ofensivo de la Armada Sideral Valerana. ¡Un sólo crucero podía lanzar simultáneamente un millón de torpedos atómicos!

Y de aquí el costo prohibitivo, ruinoso, de las continuas guerras que los terrícolas tuvieron que sostener con potencias dotadas de iguales medios. Las abrumadoras cantidades de torpedos que se gastaban en una hora de combate, tenían que ser construidas, unidad por unidad, por una formidable industria sostenida por millones de atareados hombres y mujeres.

Pero el empleo de los torpedos en las batallas siderales pertenecía al pasado. La introducción de la “luz sólida” como arma de guerra había revolucionado de arriba abajo la estrategia de los combates, arrinconando por inútiles los viejos buques acorazados y los torpedos.

Actualmente, los modernos cruceros protegidos de la serie STELAR, lanzaban al aire millares de cazas DELTA de control remoto. Propulsados por dos motores de “luz sólida” y armados de proyectores de “luz sólida”, estos aparatos, mayores que un torpedo y poco más costosos, desarrollaban velocidades increíbles, con aceleraciones tan fulgurantes que ningún ser humano habría sobrevivido a ellas. Los cazas DELTA eran infinitamente más eficaces que los viejos torpedos atómicos, y se podía recuperarlos una vez terminada la batalla, para reducirlos nuevamente de tamaño y ser introducidos en torpedos especiales a la espera de una utilización posterior.

Los dos escuadrones DELTA que acababan de desencadenar aquel terrorífico ataque (doscientos aparatos en total) procedían del crucero ROMA y habían sido puestos en el aire reducidos de tamaño.

Ahora, aquí en la playa, se realizaba de nuevo el prodigio. Envuelto en un halo luminoso, cada objeto se hinchaba transformándose en una enorme tarántula mecánica de seis metros de longitud y tres metros de ancho. La longitud total de estos monstruos, incluidas las largas y robustas patas, era de diez metros.

De un negro mate, estas “tarántulas” ofrecían un aspecto curioso, ligeramente repelente, sobre todo cuando se movían sobre sus tres pares de patas. No se había intentado en ellas copiar a la tarántula; se trataba simplemente en un cuerpo oval suspendido sobre seis patas móviles. Ni cabeza, ni boca ni ojos. Simplemente en su parte delantera, como si ciertamente se tratara de los extremos de una mandíbula en forma de tenaza, sobresalían dos cortos cañones. Y si uno se empeñaba en buscar más parecido, podían considerarse como ojos los ocho proyectores de “luz sólida”, del tamaño de faros de automóvil, que llevaba en la proa en dos líneas superpuestas de cuatro.

Las “tarántulas” ya estaban metamorfoseadas, y al mismo tiempo acababan de salir de sus diminutas cajas cincuenta equipos voladores individuales, también llamados “back”. Cincuenta fusiles eléctricos y doscientas cajas de municiones para las “tarántulas” acabaron de lanzar chisporroteos, pero nada resultó tan espectacular como ver crecer y crecer dos enormes esferas grises de diez metros de diámetro que quedaron medio enterradas en la arena.

Las “tarántulas” podían utilizarse de dos modos distintos; tripuladas por uno o dos hombres, o dirigidas por control remoto desde un centro emisor. El centro emisor o de control automático eran estas esferas de 10 metros de diámetro, formidablemente protegidas por un blindaje de “dedona” de un metro de espesor. Las esferas estaban dotadas de medios de vuelo y propulsión, con capacidad para elevarse a seis mil metros de altura.

Las “tarántulas” robóticas y las esferas de control para guiarlas no solían formar parte de la dotación normal de un crucero sideral. Había sido idea del Almirante Aznar llevarlas a bordo ante la

incógnita de lo que pudiera pasar durante la expedición exploradora.

El comandante MacLane, que ignoraba cuáles eran los planes del Almirante Aznar en tierra, le enviaba estas fuerzas ofreciéndole de este modo varias alternativas.

Mientras los astronautas se endosaban los “backs” y llenaban de oxígeno los exhaustos depósitos de sus trajes de vacío, Miguel Ángel Aznar contemplaba pensativamente todo aquel pequeño y variado arsenal. El profesor don Mario Valera y la señorita Bogani vinieron hasta el lugar donde estaba Miguel Ángel.

—Bonito regalo de Reyes —comentó el profesor Valera—. Dígame, ¿qué piensa hacer con este ejército?

—Nuestros amigos ignoran cuál es nuestra situación y nos envían todo esto para que lo utilicemos según mejor nos parezca.

En estos momentos, entre la barahúnda de voces de los jubilosos astronautas, se escuchaba una llamada:

—¡Atención KALININ, habla ROMA!

—Silencio —ordenó Miguel Ángel—. Apaguen sus radios. Los hombres obedecieron y la llamada se hizo más clara en el auricular del Almirante.

—¡Atención, KALININ, habla ROMA! Lo sentimos, no hemos podido apagar nada más que el proyector que está a la derecha de ustedes. Creíamos haber anulado los dos, pero el que está más lejos, a su izquierda, está emitiendo de nuevo. Tendrán que abrirse paso hasta fuera del alcance de ese proyector, nosotros no podremos bajar a recogerles. Les hemos enviado dos centros de control. La emisora de las esferas debe ser suficientemente potente para que podamos recibirles. Por favor, utilicen esa emisora y comuniquen aquí sus planes. Digan también si el Almirante Aznar se encuentra entre los supervivientes. Repetiremos el mensaje hasta recibir su respuesta.

Miguel Ángel Aznar desconectó su radio, se quitó la escafandra y se dirigió a una de las esferas, buscando un resorte que accionó un mecanismo hidráulico y abrió una escotilla circular en el hemisferio inferior.

La puerta de la escotilla, abriendo hacia afuera, tenía un metro de espesor y tres diámetros diferentes, como la puerta de una antigua caja fuerte. Al abrirse esta escotilla se hizo audible un sordo

zumbido que parecía proceder del interior de la esfera gris.

Agachando la cabeza el Almirante se introdujo por la escotilla. Un angosto pasillo le llevó a través de la sala de máquinas hasta una escalerilla metálica.

Las máquinas estaban funcionando desde que la esfera recobró su tamaño natural. De no ser así, el formidable peso de la “dedona” habría hundido a la máquina profundamente en la arena.

Trepando por la escalerilla Miguel Ángel llegó hasta la cámara de control, que ocupaba todo el hemisferio superior de la esfera. Considerando el tamaño externo de la esfera, se advertía que quedaba un espacio bastante profundo entre las paredes de la cámara y el espesor de la envoltura de “dedona”. Todo ese espacio lo ocupaban los complejos controles de la extraña máquina, quedando una cabina más bien pequeña.

Ante un banco repleto de botones de todos los colores y formas destacaban de forma aparente dos grandes butacas de cuero negro de alto respaldo. Estos sillones, además de ser mullidos y recoger todo el cuerpo, eran giratorios y se extendían hasta formar una confortable cama. Todo el fondo del muro lo ocupaba una larga pantalla curvada de televisión.

Sentándose en uno de los sillones Miguel Ángel pulsó aquí y allá unos botones y encendió la potente emisora de radio. Tomando un micrófono en la mano y retrepándose en el confortable butacón, empezó a llamar:

—¡Hola, ROMA. Habla KALININ!

Casi inmediatamente llegó la respuesta a través de un altavoz:

—Aquí ROMA. Hola, KALININ. ¿Quién está al micro?

—Habla el Almirante Aznar.

Se escuchó una ahogada exclamación de alegría y a continuación la voz jubilosa del comandante MacLane.

—MacLane al habla. ¿De veras es usted, Almirante? ¡Bendito sea Dios, le hacíamos sepultado entre los restos del KALININ!

—Ya sabe, MacLane. Los Aznar gozamos fama de tener una buena estrella —se rió Miguel Ángel.

—¡Y que lo diga, Almirante! Nadie ha escapado jamás de un crucero STELAR derribado en tierra.

—El casco se rajó como una sandía por encima de la cámara de derrota. La cámara se inundó, pero pudimos salir por la grieta. Los

demás no tuvieron tanta suerte.

—También nosotros tuvimos suerte, Almirante. Al ordenarnos alejarnos, los proyectores se dirigieron contra ustedes y pudimos ponernos a salvo. ¿Qué demonios es esa fuerza irresistible que les arrastró al suelo? Aquí pensamos en algún tipo de ondas gravitacionales.

—Eso pensamos que es. Ondas gravitacionales de un poder y un alcance como no hemos visto nunca.

—Nuestros DELTA consiguieron apagar uno de los focos de proyección. Pese al bombardeo que les sometimos el segundo foco sigue funcionando.

—¿Está seguro que solamente había dos focos de proyección? El profesor Ferrer calcula que debería haber tres, a quinientos kilómetros uno de otro en forma de triángulo.

—Sólo dos, Almirante. No hemos detectado ninguno más. Dígame, ¿cómo piensa salir de esa maldita ratonera? Podríamos lanzar otro ataque contra ese foco de emisión y tratar de apagar ese puerco proyector... o lo que sea.

—No, Comandante, no lo haga. Si las gentes de este planeta han logrado desarrollar un arma tan poderosa, lo que procede no es tratar de destruirla, sino averiguar de qué se trata. Vamos a intentar salir de aquí, pero antes voy a acercarme a curiosear ese proyector..., o lo que sea.

—Almirante, no haga eso. Puede resultar peligroso.

—Dígame una cosa, MacLane. ¿Cuántos cazas perdió en la acción?

—Dieciséis, todos cuando se encontraban a más de cinco mil kilómetros de distancia. Los DELTA son tan rápidos que esos proyectores no pudieron seguirlos. En mi opinión, esos proyectores no están montados para ser apuntados por debajo de cero.

—Eso es lo que quería saber, Comandante. Si sólo queda un proyector útil y éste no puede apuntarse más bajo de la cota cero, entonces deberíamos poder acercarnos hasta el mismo pie del arma. El proyector está sobre una cumbre a más de mil metros de altura y nosotros estamos fuera de su zona de cobertura. ¿Es correcto lo que digo?

—Supongo que lo es, no lo sé con seguridad. De todos modos, ignoramos qué otras armas tengan los insectos.

—Comandante, los insectos utilizan una tecnología rudimentaria en todo lo que nos han mostrado hasta ahora, nada que pueda competir con nuestras armas..., a excepción de esas condenadas ondas gravitacionales. Casi no se comprende que puedan haber llegado tan lejos hasta encontrar la forma de producir ondas gravitacionales de tanto poder. Todo esto forma un misterio que interesa mucho conocer. Mire, si nosotros no aprovechamos la oportunidad de encontrarnos aquí y ahora, tendremos que regresar más tarde para intentarlo, tal vez en condiciones peores que las actuales. Dispongo ahora de un pequeño ejército. Es la ocasión.

—Ya veo que es inútil intentar disuadirle. En fin, usted es el Almirante —se quejó MacLane—. Suponiendo que todo salga bien, ¿hacia dónde se dirigirá al salir de esa zona?

—¿Qué hay detrás de esa cordillera que tengo a mi izquierda? Usted sobrevoló el área al alejarse del KALININ.

—Si tiene listo el escritor de la esfera puedo enviarle una copia del ortoplano que levantaron nuestras cámaras. Detrás de la cordillera occidental hay una alta meseta esteparia de unos dos mil kilómetros o más de profundidad. Creo recordar que más allá de la estepa había otra cadena montañosa, y a continuación una zona desértica de considerable extensión.

—Expídame ese ortoplano. Si podemos pasar las montañas nos retiraremos sobre la estepa y el desierto para encontrarnos a doce mil kilómetros de distancia. Fijaremos el punto exacto de reunión sobre el mapa —dijo Miguel Ángel—. Voy a conectar el scriptor.

Minutos después, sobre el rodillo de una máquina parecida a un teletipo, se iba desenrollando un papel de medio metro de ancho en el que una aguja escritora móvil trazaba con gran rapidez las curvas de nivel de un mapa perfecto.

Todavía estaba funcionando el aparato cuando asomó por la escotilla del piso la cabeza del capitán Arco, sin la escafandra. El Almirante le invitó a subir con un gesto.

—¿Cómo va eso, Capitán? Siéntese.

Ricardo Arco se dejó caer en la butaca contigua a la del Almirante con un suspiro.

—Se agradece un asiento tan mullido como éste. Ya he perdido la cuenta de las horas que llevamos sin dormir. ¡Y sin comer, Dios mío! —exclamó Arco.

—¿No ha comido?

—Tampoco lo ha hecho usted. Almirante, ¿cuáles son nuestros planes?

—¿Cómo está la moral de nuestros hombres?

—¡Magnífica! No hemos tenido una sola baja a pesar de ese terrible bombardeo. Ahora tenemos “backs”, fusiles y comida. Esos chicos le seguirían a usted al fin del mundo si se lo pidiera.

—No voy a pedirles que me sigan al fin del mundo, pero sí a otro lugar. Sinceramente, Arco, ¿puedo contar con ustedes para una misión especial? ¿Aunque implique un riesgo?

—Yo creí que ya estábamos corriendo un riesgo. ¿De qué se trata?

Miguel Ángel se lo explicó.

—Bueno, ¿qué importa? —suspiró Arco—. Ya estamos metidos en harina. Total, nos acercamos allá y le echamos una ojeada a ese maldito proyector. ¿Cómo piensa hacerlo?

—Nos deslizaremos sobre la selva con nuestras tarántulas. Si las cosas se ponen mal abandonaremos las máquinas y trataremos de escabullimos a través de la jungla con nuestros equipos voladoras individuales. Yo tripularé esta esfera y marcharé delante en descubierta.

—De acuerdo, voy a ordenar a los muchachos que carguen la munición en las tarántulas.

—¿Sabrán guiar las tarántulas?

—No se preocupe, aprenderemos sobre la marcha.

El capitán abandonó suspirando la butaca y desapareció por la escotilla del piso. En el scriptor estaba dibujado el ortoplano. El Almirante utilizó de nuevo la radio para comunicar con el crucero ROMA. Fijaron el punto de reunión y Miguel Ángel añadió:

—Cuento con sus escuadrones de caza para darnos protección aérea en caso necesario.

—Los DELTA regresarán en el momento que usted lo ordene. Buena suerte, Almirante. Por favor, ténganos informados —se despidió MacLane.

Miguel Ángel Aznar salió de la esfera. Junto a la abierta escotilla le esperaban los científicos, los dos Valera, el profesor Ferrer, el doctor Ross y la joven Sara Bogani.

—Les debo una disculpa —dijo el Almirante—. Tal vez he

debido consultarles antes de decidir por mi cuenta.

—El Capitán nos ha informado —dijo don Mario Valera—. Haciéndome portavoz de este grupo he de confesar que, no siendo soldados ni teniendo aficiones belicistas, lo estamos pasando francamente mal. Pero hemos venido al circumplaneta en misión científica, y no nos resignamos a regresar sin conocer algo más de las criaturas que lo habitan.

—A mí los insectos me importan un comino —dijo por su cuenta el profesor Ferrer—. Yo no soy biólogo, ni sociólogo, ni entomólogo. Todo, mi interés está concentrado en esa dichosa máquina de fabricar ondas gravitacionales. Quiero verla.

—Yo también —dijo el Almirante riendo—. Vayan a meterse en las máquinas. Ustedes no saben manejarlas, así que tendrán que acompañar cada uno a un astronauta. La señorita Bogani vendrá conmigo en la esfera.

Los astronautas estaban trabajando duro, introduciendo en las tarántulas las cajas de municiones y las provisiones. El cielo seguía entoldado, pero había dejado de llover. Un fino polvo caía del cielo, como cenizas después de una erupción volcánica. El Almirante había enviado al teniente Puche a la segunda esfera para que vigilara a través del radar la proximidad de cualquier fuerza aérea. Puche comunicó por la radio:

—Almirante, está aumentando el índice de radioactividad del polvo.

—Ya nos vamos —contestó el Almirante—. ¡Dense prisa, muchachos!

Mientras los hombres corrían hacia sus máquinas, terminó el Almirante de llenar de oxígeno el depósito entre las dobles paredes de su armadura. Llevó un par de equipos voladores individuales a la esfera. Sara Bogani colaboró acarreando provisiones y un pesado botellón de plomo lleno de agua.

El Almirante lanzó una última mirada a la playa y entró en la esfera de control cerrando tras sí la pesada puerta. El estrecho pasillo estaba lleno de obstáculos; “backs”, cajas de alimentos y agua, fusiles eléctricos...

Se quitaron las molestas escafandras, Sara subió a la cámara y fue recibiendo los objetos que el Almirante le tendía desde abajo.

Los dos sudaban cuando finalmente el Almirante trepó por la

escalerilla y dejó caer la trampa que cerraba el agujero. A continuación se dirigió a uno de los butacones y encendió la pantalla panorámica de televisión.

Sara Bogani vino a dejarse caer en la butaca contigua y se reclinó contra el respaldo soltando un suspiro de alivio, el Almirante comunicó por la radio:

—Está bien, muchachos. Vamos allá.

La sólida esfera de 10 metros de diámetro se separó del suelo elevándose en el aire a cien metros de altura. Acto seguido, impulsada por dos chorros de “luz sólida” se movió hacia adelante. A su vez, las negras “tarántulas” despegaban de la playa en sentido vertical y recogían sus grandes patas plegándolas junto al caparazón. En cada “tarántula”, dos pequeños proyectores de “luz sólida” situados detrás se encendieron y empujaron por reacción a las máquinas hacia adelante.

CAPÍTULO VII

Las tarántulas mecánicas de agilidad y maniobra, su velocidad no pasaba en ningún caso de los cien kilómetros por hora, que se consideraba suficiente para llevarlas de un lado a otro. Las “tarántulas” eran casi la única máquina de guerra concebida para combatir en tierra.

En lo más duro de una batalla, cuando las bombas atómicas levantaban cráteres de tierra y piedra, cuando los huracanes provocados por el continuo movimiento de enormes masas de aire arrastraban incluso a los aviones de apoyo y las grandes esferas de “dedona”, las “tarántulas” avanzaban con la panza pegada al suelo, moviéndose en cualquier clase de terreno, utilizando sus grandes patas para trepar sobre montañas de escombros, o bien para asirse con fuerza cuando los huracanes y los impactos próximos de los proyectiles nucleares amenazaban con arrastrarlas.

Una “tarántula” robot lo resistía prácticamente todo, excepto el impacto directo de un proyectil atómico. Sus monstruosas patas (que proporcionaban una confortable suspensión) tenían por el reverso unas prominencias metálicas en forma de dientes de sierra. Bajo el vientre, otras hileras de dientes se utilizaban para el mismo fin; proporcionar un buen agarre sobre cualquier clase de terreno. Si pese a todo las cosas se ponían mal para la “tarántula”, ésta recurría en último extremo al truco de “clavarse” en el suelo.

Construidas de “dedona”, este metal extraordinariamente pesado creaba un campo de fuerza antimagnético al ser inducido eléctricamente. Esta particularidad de la “dedona” era la que hacía “flotar” en el aire a las “tarántulas”. Pero si se disminuía o cortaba totalmente la corriente eléctrica inductora, la “dedona” recobraba todo su enorme peso (40.000 kilos-cm³), tal como le había ocurrido al crucero KALININ cuando su reactor nuclear se detuvo por avería.

Las “tarántulas” tenían un cerebro electrónico “educado” para la estrategia de la guerra terrestre. Si era necesario, la “tarántula” utilizaba su enorme peso para clavarse en el suelo y permanecer allí hasta que las cambiantes alternativas de la batalla le permitían reanudar su avance.

Considerando su relativamente escasa velocidad, el camino a recorrer por la fuerza acorazada del Almirante Aznar era largo hasta las montañas; cinco horas en el más favorable de los casos.

Todavía se alzaban sobre las montañas las negras nubes radiactivas provocadas por el intenso bombardeo de los escuadrones DELTA del crucero ROMA. El resto del cielo aparecía encapotado de nubes a ochocientos metros de altura. Pero en la pantalla de “radar” de la esfera de control, el espacio en rededor, hasta el infinito, aparecía limpio de aeronaves.

Las tripulaciones de las “tarántulas” guardaban silencio; en la mayoría de ellas un hombre dormía mientras el otro vigilaba a través de la radio, la televisión y el “radar”. En la esfera-control la señorita Bogani se había dormido en la mullida butaca.

El Almirante la miraba de vez en cuando y sonreía.

Después de dormir tres horas la muchacha despertó sobresaltada. Miró a su alrededor con expresión asustada, vio al Almirante y pareció tranquilizarse.

—¿Pesadillas? —sonrió Miguel Ángel.

—¡Dios mío, sí! Estaba todavía en el crucero, sin escafandra, buscando desesperadamente aquella grieta, y no la encontraba —dijo la muchacha.

—Ha sido una prueba muy dura para la mayoría de nosotros. Apuesto a que ese nuevo método de enseñanza por inducción de información directa al cerebro no incluía “experiencias” de este tipo en la instrucción de nuestros jóvenes astronautas.

—No lo sé, nunca fui instruida como astronauta.

—¿Qué fue lo que te indujo a especializarte en entomología?

—Me gustaban las Ciencias Naturales. Luego descubrí un mundo apasionante en la vida de los insectos. Por ejemplo, ¿sabías que algunas especies, como por ejemplo las abejas, nos adelantaron en millones de años en el conocimiento de la forma de determinar el sexo?

—Supongo que lo supe alguna vez, cuando estudiaba el

Bachiller. En mis tiempos las cosas no eran tan fáciles como ahora. Fíjate en mí, empecé a ir a la escuela a los cuatro años, terminé el Bachiller a los dieciocho, ingresé en la Academia Astronáutica a los veinte y obtuve el grado de subteniente a los veintitrés. Es cierto que fui un mal estudiante; otros, los más avanzados, eran subtenientes a los veinte. Pero en el más favorable de los casos, uno de nosotros había estado a mano con los libros de texto dieciséis años. ¡Dieciséis años estudiando para llegar a simple subteniente! No digamos si uno se proponía doctorarse en ingeniería o física nuclear. En cambio, ahora, con ponerle a uno electrodos en la cabeza y dar marcha a una grabadora ¡hala, se salta todos esos años y ha absorbido los conocimientos de un bachiller en una hora de sesión!

—Con la ventaja de que la información y los conocimientos que recibimos quedan más profundamente grabados en la memoria —añadió Sara Bogani—. Realmente tenía mérito lo que hacíais en tus tiempos.

—Sí, ¡Dios mío! Eran otros tiempos muy distintos de ahora. No diré que fueron mejores, eran sencillamente distintos.

—Eran mejores, seguro —dijo Sara Bogani—. La gente entonces tenía otras preocupaciones, trabajaba más y era seguramente más responsable. Vivir en aquellos tiempos tenía un sentido. Se vivía luchando por conseguir algo, siempre más allá de lo que ya se había conquistado.

—Sí, eso es cierto —admitió Miguel Ángel entornando los ojos con expresión ensoñadora—. Quizás se apreciara más la vida, por las mismas dificultades que entrañaba el poder seguir viviendo. Desde que nació en el crepúsculo de los tiempos, el hombre había tenido que luchar a brazo partido por la existencia. Eso dio un sentido a su vida, el afán de mejorarla y conservarla. Su agresividad hizo progresar al Hombre. Ahora parece que estamos perdiendo toda noción de peligro. Nos sentimos seguros en nuestro pequeño y feliz mundo, dedicados a ver la televisión, a comer y satisfacer nuestras necesidades sexuales. Somos como animales domésticos..., unos cerdos bien cebados gruñendo por la más pequeña molestia que altere el tranquilo y monótono discurrir de nuestros días. ¿A dónde vamos? A ninguna parte. ¿A qué aspiramos? A vivir el mayor tiempo posible comiendo y gruñendo. Eso no es bueno, Sara.

Mientras nosotros tomamos el sol, plácidamente echados sobre nuestras repletas barrigas, la vida sigue en otras partes, prosigue su proceso evolutivo, no se detiene. Un día, en el lugar y el momento menos pensados, vamos a encontrarnos con otra humanidad joven, vigorosa y agresiva, que nos conquistará o destruirá. Nuestro egoísmo nos ha llevado a reducir las dimensiones del Universo, concentrándolo en nuestro pequeño mundo. Pero nosotros no somos todo el Universo, ni siquiera el centro del Universo. Sabemos que el Cosmos está sembrado de millones de mundos donde se desarrollan otras existencias; unas paralelas a la nuestra; otras, distintas. No estamos solos. Los peligros nos acechan por todas partes y esto nos impone el deber de mantenernos vigilantes y entrenados. Si algún día bajamos la guardia, ese puede ser el último día de nuestra existencia.

El Almirante recostó la cabeza en el mullido respaldo y cerró los ojos. Durante largo rato pareció dormido. Sara Bogani admiró su perfil, la nariz afilada, los labios sensuales y la barbilla cuadrada y enérgica, uno de los rasgos más característicos de la familia Aznar.

Sara sentía que lo amaba. Lo deseaba y le admiraba. Siempre había sido una ferviente admiradora de los Aznar. Cualquiera que fuese el sentido crítico sobre la trayectoria de los Aznar, forzoso era reconocer que fueron unos hombres extraordinarios. Líderes de la nación terrícola, y comandantes en jefe del autoplaneta VALERA, criticados y censurados, temidos y envidiados, ellos realizaron una obra gigantesca, con medios que ahora, contemplados en perspectiva, parecían toscos y rudimentarios. Tenaces, ambiciosos y persuasivos, ejercieron el don de arrastrar multitudes entusiastas a las más descabelladas empresas, llevando al autoplaneta VALERA al descubrimiento y conquista de nuevos e ignorados mundos.

Bien era cierto que la Confederación de Planetas obtuvo escasas ganancias de sus correrías por el espacio, pero los Aznar al menos dieron a la Humanidad unos ideales; un concepto de la existencia que mantuvo en vilo y despiertas las mejores cualidades de la raza y estimularon el continuo progreso del pueblo.

—¡Hola, Control! ¡Hola, Control! —llamaba la radio.

El Almirante abrió los ojos.

—Aquí Control. ¿Sí?

—¿Todo va bien? Creímos que se había dormido. ¡Como dejó de

hablar y calló tanto rato!

—Aquí el Almirante. ¿Con quién hablo?

—Soy el Capitán Arco, con el Teniente Puche en la esfera de Control Dos. Estábamos escuchando. Ha dicho usted cosas muy bonitas y verdaderas, sobre todo al comparar a nuestra sociedad actual con los cerdos...

—Lo siento, no sabía que estaban escuchando.

—¡Pero si es la verdad! —protestó Arco—. Mire, me alegro mucho de haberle oído. Las cosas, cuando se conocen, cobran a veces un nuevo sentido. Por ejemplo, ahora entiendo mejor por qué nos estamos jugando el tipo viniendo a curiosear a este circumplaneta en vez de escapar a toda prisa. Si en este planeta existe algo que puede constituir una amenaza para nosotros, sea ahora o en el futuro, debemos investigarlo.

—Celebro que lo comprenda. Gracias.

—A usted. Hasta luego —se despidió Arco.

El Almirante desconectó el micrófono.

—Nos estaban escuchando —dijo haciendo un guiño a su compañera—. Menos mal que no hablé de cosas más íntimas y personales.

—¿Como qué? —preguntó la muchacha ruborizándose de su propia audacia.

—Como de nosotros. ¿Sabes que soy un ancianito comparado contigo? Si salimos vivos de ésta te haré una proposición que nunca hice a otra muchacha. Te preguntaré, ¿profesora, quiere casarse conmigo?

—Sí —contestó Sara Bogani.

—No debes contestarme ahora. Como todos los viejos tengo mis manías y rarezas. Tal vez empiece pronto con los achaques. ¡Ah, eso sí! Todavía conservo mis dientes verdaderos, y mi corazón es un corazón de verdad, no uno de esos artefactos artificiales que lleva casi todo el mundo a partir de los doscientos años.

—¡Pero si sólo tienes ochenta y cinco!

—Ochenta y seis, y voy para ochenta y siete. Soy un vejete, pero en buen uso todavía. ¡Seguro!

La muchacha enrojeció y apartó sus ojos de los del Almirante.

—¡Atención, KALININ! ¡Atención, KALININ! Aquí ROMA.

Miguel Ángel Aznar conectó de nuevo el micrófono.

—Aquí KALININ. Hable, ROMA.

—Conecte el scriptor, vamos a enviarle una copia de algunas ampliaciones fotográficas. Se ve algo parecido a una ciudad adosada a la falda de la montaña. La fotografía fue tomada por el DELTA que marchaba en cabeza de la formación de ataque.

—Bien, adelante —dijo Miguel Ángel.

Mientras la máquina reproducía la fotografía empezó a llover de nuevo, dificultando la visión desde el interior de la esfera-control Uno.

Cuando la fotografía estuvo completa poco después, el Almirante pudo ver la supuesta ciudad, un curioso amontonamiento de pequeñas edificaciones cúbicas, cada una con su puerta de entrada, que daba la impresión de caer en catarata escalonada por la ladera de una montaña. Algunas figuras borrosas daba la impresión de tratarse de “mantis” aladas como dirigiéndose o viniendo de la “ciudad”.

La fotografía había sido tomada desde varios kilómetros de distancia, cuando los DELTA iban a lanzar sus mortíferos proyectiles atómicos y atacaban desde baja altura. En primer término se advertían campos de cultivo, perfectamente explanados y simétricamente cuadrículados.

El Almirante describió por radio el aspecto de la “ciudad” al doctor Ross y al profesor Valera.

—Muy interesante —dijo el sociólogo—. Lástima que la ciudad haya quedado destruida.

La visibilidad mejoró al cesar de llover. La pequeña fuerza acorazada había dejado a su derecha la extensa playa y volaba ahora a cien kilómetros por hora casi tocando los árboles más altos de la espesa jungla.

Después de la soñolencia que se apoderó de él en las primeras horas de viaje, Miguel Ángel Aznar se espabiló ante la proximidad de inminentes acontecimientos. Se encontraban a un centenar de kilómetros de la cordillera y podía verse una larga faja de terreno de unos cincuenta kilómetros de profundidad entre la selva y los bajos cerros y colinas de las estribaciones de las montañas.

—Campos de cultivo —señaló Sara Bogani—. Las Mantis han desarrollado también su Agricultura.

—¿No es curioso que esos insectos se comporten en muchos

aspectos como los hombres? —comentó el Almirante.

—Bueno, no hay por qué extrañarnos. Algunas especies de nuestras hormigas también tienen su propia agricultura. En los oscuros subterráneos de sus hormigueros siembran diminutas esporas, a las cuales abonan convenientemente. De estas esporas crecen unos hongos que las hormigas podan en el momento oportuno. Las nuevas excreciones que produce el tronco del hongo constituyen una de las delicias del paladar de nuestras hormiguitas; son los colirrábanos.

Poco después la columna acorazada dejaba atrás la selva y sobrevolaba estos curiosos y extensos cultivos. El abundante régimen de lluvias a que estaba sometida la zona hacía innecesario el riego artificial. En cambio sí era de notar una simétrica y bien distribuida red de caminos de servicio. Todos los caminos iban a parar a...

—¡Una carretera! —exclamó Miguel Ángel—. ¡Atención, hay gente moviéndose en la carretera! Desciendan a tierra.

Obedeciendo la orden las “tarántulas” extendieron sus grandes patas y descendieron suavemente hasta posarse aquí y allá, sobre los campos de cultivo y los caminos. Los hombres, recelosos, pusieron el dedo sobre el botón eléctrico de sus cañones, preparados para abrir fuego a la primera señal.

Solamente las dos esferas se mantuvieron en el aire, avanzando en dirección a la carretera a trescientos metros de altura. El Almirante Aznar utilizó todo el poder de las lentes ópticas de sus cámaras para acercar cuanto podía la imagen.

Lo que vio le dejó sorprendido. ¡Una columna de millares de “mantis” ocupaba toda la carretera en una longitud de más de cincuenta kilómetros! Se las veía de todos los tamaños, grandes, pequeñas... En lo que parecía su forzado éxodo, los insectos llevaban consigo sus armas y su bagaje; bultos y fardos de imprevisible contenido, y principalmente...

—¡Huevos! —exclamó Sara Bogani señalando excitada a la pantalla—. ¡Las “mantis” huyen de su ciudad bombardeada y tratan de salvar sus crías!

En efecto, casi todas las “mantis” llevaban uno de aquellos huevos, grandes como la cabeza de un hombre, sosteniendo entre un brazo y el cuerpo. Había algo familiar en aquella marcha lenta,

cansina y como abrumada de la muchedumbre de insectos. Repetidas veces en la Historia de la propia Humanidad, poblaciones enteras se habían visto obligadas a abandonar sus hogares destruidos por la guerra, buscando la salvación en un penoso y amargado éxodo.

—¡Dios mío! —murmuró la joven profesora—. ¿Qué hemos hecho? Les hemos bombardeado, destruido y aniquilado su ciudad..., ¿con qué derecho?

—No es el momento para consideraciones de tipo sentimental, Sara —repuso el Almirante.

—¡No teníamos derecho, Almirante Aznar! ¡No teníamos derecho! —chilló la joven entomólogo histéricamente, haciendo crisis la prolongada tensión nerviosa, el sueño y el cansancio.

—¡Cállate!

El suave y siempre cortés Almirante Aznar se había tornado de repente enérgico y autoritario. Sara Bogani le miró sorprendida. Luego volvió la cara y se echó a llorar.

—¡Blandenguerías a estas alturas! —gruñó Miguel Ángel—. A mí también me inspiran lástima, ¿y qué? ¿O hemos olvidado que ellos nos persiguieron con sus bombas y sus reactores con el deliberado propósito de aniquilarnos?

Las “tarántulas” mecánicas se movían ahora sobre sus patas a través de los cultivos y los caminos. Se habían quedado rezagadas. El Almirante Aznar detuvo la esfera para esperarles. Cuando estuvieron cerca reanudaron la marcha.

El negro reguero de “mantis” no había descubierto todavía a las “tarántulas”, pero empezaron a correr a la desbandada tan pronto vieron aquella extraña esfera gris que se movía en el cielo. Las pocas balas que la alcanzaron rebotaron inofensivamente en la coraza de “dedona”, capaz incluso de resistir el impacto directo de las granadas atómicas.

—Diríjense a la carretera —ordenó el Almirante a las tripulaciones de los acorazados.

Las “tarántulas” surgieron de los sembrados moviendo con rapidez sus patatas llenas de barro. La carretera estaba totalmente pavimentada con grandes losas, entre cuyas juntas crecía la hierba. El país era sin duda de una gran fertilidad, y las continuas lluvias justificaban el pavimento de la carretera.

—Seguiremos avanzando por la carretera hasta la ciudad —dijo el Almirante—. Formen en columna de a dos.

—No sé cómo actuaría un Coronel del Ejército Autómata —comentó el capitán Arco a través de la radio que mantenía en comunicación constante a todas las unidades del pequeño ejército—. ¿Pero es buena estrategia avanzar en columna por una carretera?

—La carretera está cubierta de insectos en una longitud de cincuenta kilómetros —contestó el Almirante Aznar—. El bombardeo atómico ha debido pillarles de sorpresa. Tal vez no habían conocido nunca algo como nuestro ataque. Nuestro avance les quebrará la moral, incluso en el caso de que dispusieran de granadas atómicas, lo cual empiezo a dudar.

En columna de a dos, las “tarántulas” se lanzaron a ochenta kilómetros por hora por la carretera totalmente despejada. Precediéndoles en una larga distancia debía correr la voz de la proximidad del enemigo. Las “mantis” se escondían en las plantaciones y desde allí disparaban inofensivamente sus fusiles contra las “tarántulas”. ¿Qué pensarían las “mantis” de estos otros insectos invulnerables?

A medida que avanzaban, los terrícolas podían ver cada vez en mayor número unos ligeros carromatos de cuatro ruedas abandonados a un lado y otro en las cunetas y los campos vecinos. La forma particular de las lanzas de estas carretas, largas y atravesadas por travesaños, hizo pensar a Miguel Ángel que debían ser empujadas por las propias “mantis”, sin ayuda de caballos ni otros animales de tiro.

Comentó sus observaciones con el profesor Ferrer.

—¿No es desconcertante todo esto, profesor? —acabó preguntando.

—Estoy tan confuso como usted, Almirante —fue la respuesta del ingeniero—. Éste es un abigarrado mundo donde se dan los extremos más absurdos. Insectos sociales que han desarrollado una tecnología capaz de crear ondas gravitacionales... que conocen sin duda la desintegración del átomo... y que se dejan sorprender por un ataque atómico y reaccionan emprendiendo la huida en masa... llevando consigo primitivas carretas de las que tiran ellos mismos. ¡No lo comprendo!

La pequeña columna mecanizada seguía avanzando, tiroteada desde los campos contiguos por las asustadas “mantis”. La calzada estaba sembrada de extraños objetos abandonados allí en una precipitada huida, y entre éstos muchos huevos aplastados. Ni una sola vez vieron un vehículo mecanizado, ni siquiera un tosco camión de los que se utilizaron en la Tierra en los albores de la Era Atómica. ¿Por qué?

De nuevo llovió mientras avanzaban. Al despejarse las nubes media hora más tarde estaban encima de la ciudad. ¡La ciudad! ¿Quién podría reconocer en aquel montón de ruinas el mismo paraje fotografiado por los bombarderos DELTA segundos antes de su ataque?

La carretera, que había sido borrada de la faz de la tierra, continuaba unos kilómetros más lejos. Por la ladera de la montaña, a seis o siete kilómetros de la derruida ciudad, bajaban negros regueros de “mantis”.

Repentinamente Miguel Ángel comprendió.

—¡Profesor Valera, Ferrer..., escuchen! He descubierto la respuesta a algo que me intrigaba. Esta ciudad de pequeñas casuchas no podía albergar a tantos miles de insectos. ¡Hay un hormiguero bajo la montaña! Es de allí de donde salen las “mantis”.

—¡Una ciudad subterránea! —exclamó la voz del profesor Alejandro Valera—. Eso parece más propio de hormigas. Las “mantis” no son hormigas.

Fue Sara Bogani, recuperada de su ataque de histerismo, quien contestó inclinándose hacia el micrófono.

—Los insectos que llamamos “mantis” tampoco son “mantis”. No hay razón para que no tengan algunas costumbres parecidas a las de nuestras hormigas.

La esfera seguía avanzando, seguida por la columna de “tarántulas” mecánicas.

—Voy a adelantarme —dijo Miguel Ángel.

Impulsada por sus motores fotónicos la esfera-control adquirió mayor velocidad dirigiéndose a la montaña. Toda aquella zona había sido intensamente batida por los cohetes atómicos de los DELTA. Al acercar más Miguel Ángel pudo ver un enorme agujero. Era por allí por donde salían las “mantis”. Enormes bloques de cemento armado formaban a modo de un derrumbadero por donde

los insectos bajaban sirviéndose de sus largas patas para salvar los innumerables obstáculos.

¡Cemento armado! ¿También las “mantis” utilizaban la técnica del cemento armado para sus construcciones?

Ante la proximidad de la esfera, las “mantis” escaparon sesgando ladera abajo. Las que todavía estaban por salir retrocedieron hasta el fondo del negro agujero. No solamente la esfera-control, sino hasta un crucero sideral habría podido entrar por aquel agujero enorme. Pero el Almirante no lo consideró oportuno y prefirió esperar hasta que llegara el resto de la fuerza.

Las “tarántulas” treparon sin dificultad por entre los enormes bloques de cemento.

—Almirante Aznar al Profesor Ferrer. Dígame qué opinión le merece lo que está viendo.

—Son bloques de cemento armado, no cabe duda.

—Profesor Valera, ¿le parece bien que entremos a echar un vistazo?

—¿Entrar dice? ¿No conoce la frase “sentarse sobre un hormiguero”? Pues imagine lo que será meterse dentro.

—No sea cobardica, Profesor. Hemos visto millares y millares de insectos huyendo por la carretera, tal vez más de un millón. La ciudad debe estar desierta o pocos insectos deben quedar allí.

—Yo entraré con usted, Almirante —dijo la voz del profesor Ferrer—. No he venido desde tan lejos para volverme sin haber saciado mi curiosidad. ¿Cómo vamos a entrar?

—Lo intentaremos en primer lugar con las “tarántulas”. Si los túneles son demasiado angostos abandonaremos las máquinas y seguiremos con los “back”. Sólo entraremos diez “tarántulas”, el resto de la fuerza permanecerá aquí cubriéndonos la retirada. Capitán Arco...

—¿Sí, Almirante?

—Usted y el teniente Puche se quedan afuera con la esfera-control Dos al mando de la fuerza.

—Sí, señor.

Dejando la esfera-control Uno suspendida en el aire, Miguel Ángel Aznar desabrochó el cinturón que le sujetaba a la butaca. Sara Bogará le tocó en el brazo.

—¿Puedo ir? —suplicó con la voz y los ojos.

—No sabemos lo que puede esperarnos allí dentro, tal vez...

—Soy el entomólogo de esta expedición, y vamos a estudiar cómo viven unos insectos en su ciudad. No es justo impedirme...

—Está bien, tú ganas. Ponte la escafandra y coge tu fusil. Respira sólo el aire, de tu depósito, la atmósfera ahí afuera debe estar contaminada de radioactividad.

Se ajustaron ambos las escafandras, abriendo la espita del oxígeno y tomando sus fusiles. Por la escotilla salieron de la esfera, quedando un momento suspendidos en el vacío, mientras el Almirante trataba de identificar por el número pintado en el caparazón la “tarántula” que iban a tripular.

Los supervivientes del KALININ eran cuarenta y seis, y las “tarántulas” veinticinco, además de dos esferas-control. Cuatro “tarántulas” sin tripulación habían seguido dócilmente al destacamento acorazado, ejecutando todos los movimientos que las otras hacían.

El Almirante Aznar y la profesora Bogani se dirigieron a una de estas máquinas, descendiendo desde el aire directamente encima del caparazón.

El interior de una “tarántula” era muy angosto. Dos tripulantes cabían en la máquina. Aunque se había tratado de hacer los asientos confortables, realmente los tripulantes disfrutaban de pocas comodidades allí dentro, pues el techo era muy bajo y el espacio para las piernas más bien escaso.

El Almirante entró el último, cerrando inmediatamente la trapa de la escotilla, de 30 centímetros de espesor. A continuación puso en funcionamiento el ventilador y abrió un pequeño respiradero para echar fuera el aire contaminado. Se quitaron los “backs”.

Más que sentarse se incrustaron en los asientos.

El Almirante encendió la pantalla panorámica de televisión y empezó a pulsar botones aquí y allá, como quien está familiarizado con algo muy conocido.

—¿Sabes cómo se manejan todos los artefactos del Ejército? —le preguntó Sara viéndole tan seguro.

—Querida, un Almirante de VALERA no recordará cómo se las arreglan los insectos para determinar el sexo de su descendencia, pero si le gusta su profesión conocerá al dedillo cómo funcionan todos nuestros artefactos del Ejército y la Armada.

Tomó una clavija del tablero de instrumentos y la introdujo en un enchufe de su armadura. Luego tomó otra clavija igual y se la enchufó a la muchacha. A partir de este momento quedaban en comunicación no sólo entre sí, sino también con las restantes “tarántulas” y la esfera-control.

El capitán Arco había designado mientras tanto a las nueve restantes máquinas que acompañarían a la del Almirante. Cuando la “tarántula” mecánica del Almirante se puso en movimiento, las nueve restantes le siguieron en fila india.

La pequeña fuerza acorazada penetró en el agujero.

CAPÍTULO VIII

Grandes bloques de granito, dejados casi a guisa de estatuas, se desprendían de la granita, dejando un paso angosto entre el desprendimiento y el techo.

El Almirante hizo elevarse su “tarántula”, encendió los motores de popa y pasó rozando el techo por la angostura.

Detrás de las rocas, el túnel era amplio y alto, tan grande que un crucero sideral de la clase STELAR habría podido entrar por allí. Sin embargo, no hubiese llegado muy lejos, pues a cincuenta metros de la entrada el túnel doblaba formando un recodo en curva. Más allá del recodo reinaba la obscuridad.

Una tarántula robot era una máquina de múltiples posibilidades, y una de éstas consistía en poder utilizar los proyectores de “luz sólida” como simples faros de automóvil. El Almirante aisló electrónicamente dos de los ocho proyectores de proa para convertirlos en simples faros, lo cual se conseguía disminuyendo la intensidad y abriendo el foco al máximo para dispersar la luz. El Almirante instruyó por radio a las tripulaciones de las restantes máquinas sobre la forma de hacerlo, y a continuación le indicó el botón que debían apretar para conectar la memoria de la “tarántula”, de manera que ésta pudiera encontrar siempre el camino de regreso.

Iluminando ante sí el camino, la máquina siguió adelante. A unos cien metros del recodo, el túnel empezaba a descender en pronunciada rampa. El piso estaba cubierto de cascotes y conchas de cemento, brillantes fragmentos de cristal y objetos abandonados por los insectos en su precipitada fuga, especialmente cáscaras de huevo.

El túnel, siempre conservando sus dimensiones gigantescas, doblaba en curva a la izquierda y seguía bajando. Más adelante el piso volvió a la horizontalidad y, casi sin darse cuenta, Miguel

Ángel Aznar se vio en un enorme espacio vacío, donde las potentes luces de sus focos parecían perderse a lo lejos sin tropezar con obstáculo alguno.

El Almirante detuvo su máquina, entre sorprendido y receloso. La hizo girar noventa grados. Los focos iluminaron un muro que estaba a más de cien metros de distancia. Vio unos portales y ventanas. Hizo girar la máquina ciento ochenta grados al lado contrario y vio lo mismo; una línea de portales a distancias regulares y ventanas..., unas ventanas grandes, redondas, como de un trasatlántico antiguo, aunque mucho más amplias.

Las restantes “tarántulas” se habían parado detrás y por la radio llegó la voz del profesor Ferrer que preguntaba:

—¿Qué ocurre, Almirante?

—Haga girar su máquina y lo verá —contestó Miguel Ángel.

Haciendo girar un botón moleteado levantó lentamente los faros de la proa de su máquina. A medida que los focos iluminaban el muro, aumentaba el asombro de Miguel Ángel. Ventanas redondas, interminables filas de ventanas, todas iguales..., arriba..., arriba... hasta una altísima bóveda que cerraba por entero apoyada al parecer en dos estribos. ¡El techo debía estar por lo menos a quinientos metros de altura!

Una ahogada exclamación llegó a través de la radio.

—¡Almirante, esto es una Ciudad DE VERDAD! —era el profesor Ferrer—. ¡Hay lo menos cien metros desde aquí al muro!

—Sí, y otros tantos por el lado opuesto. Y si mira hacia arriba el techo está a medio kilómetro de altura. Son casas, profesor. La ciudad está concebida más o menos como las de nuestros “discos volantes”, sólo que aquí todo es más grande.

—Almirante, voy a bajar a echar una mirada.

—Yo iré con usted... y la señorita Bogani con nosotros. Quiero que me convenza de que una ciudad así ha sido construida por insectos. ¿Sí, señorita Bogani?

—Les acompaño con mucho gusto —dijo la muchacha arrancando la clavija de su teléfono.

Dejando la “tarántula” en la posición que estaba, Miguel Ángel Aznar se puso en pie, empujó la trapa de la escotilla y cogió su fusil.

Un minuto después el Almirante y la señorita Bogani se reunían con el profesor Ferrer y el doctor Ross junto a la máquina. Ahora

respiraban el oxígeno de sus depósitos y se comunicaban a través de la radio. El sociólogo y psicólogo, doctor Ross, que se mostraba bastante tibio al emprender esta aventura, sentía despertar su curiosidad profesional y se mostraba el más dinámico de todos.

—¡Canastos! —dijo echando la cabeza atrás para mirar a la alta bóveda iluminada por los faros—. Si bien se mira esto es una enorme grieta abierta en la roca, bajo la montaña. Será una grieta natural, supongo. De otro modo, las “mantis” tendrían que haber empleado años, utilizando martillos neumáticos y explosivos para abrir este espacio.

—Si tienen aeronaves y ondas gravitatorias, ¿qué hay de extraño en que posean también martillos neumáticos? —dijo Sara Bogani—. Es evidente que nos encontramos ante una especie de insectos extraordinariamente inteligentes, con una inteligencia humana, si se me permite decirlo y sin ánimo de ofender a nadie...

—Basta de tonterías —gruñó el Almirante—. Vamos a ver cómo viven los insectos en su ciudad. ¿Apuesta a que alguien va a llevarse una decepción?

Los faros de las “tarántulas” iluminaban a ambos lados la amplia avenida subterránea. Aquí el piso estaba también cubierto de piedras, bloques de cemento y fragmentos de cristal, objetos indefinibles y suciedad. Un reguero de agua corría por el suelo, procedente tal vez de alguna cañería averiada.

El bombardeo atómico debía haber sacudido a toda la ciudad como un terremoto. Si los insectos tenían iluminación eléctrica en su ciudad, los fragmentos de cristal pudieran muy bien ser restos de globos y bombillas estallados por la violencia del bombardeo.

Los tres hombres y la señorita Bogani cruzaron la calle. Contando los pasos, el profesor Ferrer calculó que medía aproximadamente doscientos veintitantos metros en toda su amplitud. Con la luz de los focos a la espalda cruzaron uno de los portales. No había puertas, ni en el portal, ni en los huecos que desde el portal conducían a las habitaciones interiores. Pero al menos en estas últimas debió haberlas alguna vez. El marco era de acero inoxidable y en él se apreciaba el lugar donde estuvieron atornilladas las bisagras. Las ventanas carecían de puertas y cristales.

Las paredes de las habitaciones interiores aparecían muy

estropeadas, y sólo en la parte alta y los techos se advertían restos de pintura blanca o quizás un crema claro. Parecía como si durante mucho tiempo hubiesen arañado los muros objetos duros y punzantes.

Saliendo de unas habitaciones y entrando en otras no se apreciaba diferencia. Todas estaban sucias y tenían basura en el piso. De todos modos la única luz era la que llegaba desde la calle a través de las ventanas y no se veía bien.

—¡Almirante, aquí. Venga a ver esto!

Era Ferrer quien llamaba a voces. Estaba en el patio del portal, ante una amplia escalera. Cerca de la escalera se veían cuatro huecos sin puertas. Al lado opuesto del patio había los mismos huecos.

—¿Qué ocurre, Profesor? —preguntó el Almirante.

—¿Ve esta escalera?

—Mal, pero la veo. No tiene nada de particular, es una escalera como las demás.

—Hechas para personas de nuestra corpulencia. Para nuestros amigos las “mantis” que tienen cuatro patas muy largas, debe ser un fastidio subir y bajar por estas escaleras. Y ahora venga a ver esto.

Ferrer les llevó hasta una de las cuatro puertas laterales. Conducía a una habitación de unos cuatro metros de profundidad y seis o siete de ancho. En el muro de la derecha, y también en el de la izquierda, se veían unos fuertes barrotes de hierro hincados a la pared en forma de asas, unos encima de otros, como una escalera. El Almirante levantó la cabeza, pero sólo alcanzó a ver más escalones que se perdían en la obscuridad. Junto a cada escalera se veían unos raíles como pasamanos.

—Está bien, amigos, vamos a dejarnos de bromas y a poner cada cosa en su lugar —dijo Ferrer—. ¿Ven estas cuatro puertas? Son iguales que aquellas del otro lado. Los insectos han fijado ahí unos barrotes para subir y bajar, pero si se observa bien verán que aquí hubo en otro tiempo ascensores.

—¿Ascensores? —repitió Sara Bogani.

—¿Por qué le sorprende? —dijo Ferrer con marcado acento de ironía—. Sus inteligentes insectos, ¿no deberían tener también ascensores en su confortable ciudad? Sobre todo si consideramos que debe haber más de cien pisos desde aquí a las últimas plantas.

—Las “mantis” pueden no haberlos considerado necesarios. Por ejemplo, podrían tener una particular destreza para trepar —apuntó la señorita Bogani.

—Siento desilusionarla, señorita Bogani. Se lo diré claramente, las “mantis” no han construido jamás una ciudad como ésta. Tal vez tengan otras ciudades hechas por ellos, acopladas a sus medidas y sus necesidades. No es necesario ser un gran observador para darse cuenta de que esta ciudad fue concebida y construida por seres que no deben ser muy distintos a nosotros en configuración física y en costumbres. ¡Hombres, señorita Bogani! Esta ciudad fue hecha por hombres. Lo único que hicieron los insectos fue apropiársela, pero en esta ciudad de hombres los insectos viven como lo que son. Como bestias. Vean que han desaparecido todas las puertas. Las ventanas no tienen cristales ni hay muebles en las habitaciones. Sólo hay suciedad y basura por todas partes. Los ascensores debieron estropearse hace tiempo, o ya estaban fuera de uso cuando los insectos se apropiaron de la ciudad. Arrancaron los restos y pusieron barrotes como escaleras en los huecos. Las “mantis” son fuertes y ágiles, y seguramente trepan con gran facilidad. Los ascensores eran un refinamiento que ellos no han conocido jamás.

Miguel Ángel Aznar sintió como si la luz se hiciera de pronto despejando todas las tinieblas. Desde un principio, hombres como el profesor Valera habían apuntado la posibilidad de que el circumplaneta estuviera o hubiese estado habitado alguna vez por seres inteligentes no demasiado diferentes del terrícola. La naturaleza y el brillo de su sol, la fuerza de gravedad, la composición de su atmósfera, la temperatura y la naturaleza de las plantas..., todo se ajustaba a una forma de vida semejante a lo que existió en el planeta Tierra.

Posteriormente, el descubrimiento de que el circumplaneta estaba habitado por insectos inteligentes había creado la confusión y el caos. Ciertamente, quedaban todavía muchas cosas por explicar.

—No lo comprendo, Profesor —dijo Miguel Ángel—. Si los insectos que conocemos son intrusos en esta ciudad, ¿quiere decir que son también intrusos en este planeta? Y de cualquiera de las dos formas, ¿cómo se apropiaron unas cosas y abandonaron otras? ¿Por qué motivo no utilizan la energía atómica, ni como arma ni

como fuente inagotable para producir electricidad o para propulsar sus aeronaves y sus medios de transporte?

—Muy sencillo, no la conocen.

—Sabemos que la conocen. Nuestros instrumentos detectaron focos de emisión de neutrinos.

—Nuestros detectores nos engañaron. Lo que descubrieron en realidad fueron ondas gravitacionales.

—Pero si las “mantis” utilizan ondas gravitacionales, cosa que nosotros todavía no hemos conseguido, ¿cómo pueden ignorar la estructura de la materia y la desintegración del átomo? Nos consta que ambas cosas están estrechamente relacionadas.

—Bueno, tengo una respuesta para eso —dijo el profesor Ferrer—. Las máquinas que producen ondas gravitacionales ya estaban aquí cuando llegaron los insectos. Se las apropiaron, como hicieron con la ciudad, como harían con otras muchas cosas. Otras no supieron comprenderlas y las abandonarían.

—Profesor, demonios. ¡Tenemos que encontrar esa dichosa máquina de ondas gravitacionales! Si es tan compleja como suponemos, a buen seguro que los insectos no la construyeron. Tal vez no existían otras en el circumplaneta, en cuyo caso podríamos respirar tranquilos.

—De acuerdo, vamos a buscarla. Más o menos, ya tenemos visto todo lo que hay aquí abajo... Con permiso de la señorita Bogani —dijo Ferrer con ironía.

Sara Bogani no contestó a la provocación. El Almirante murmuró:

—¿Y dónde diablos puede estar esa máquina? Si se encontrara al descubierto nuestros bombarderos la habrían destruido.

—Puede estar en cualquier lugar cubierto, bajo una sólida protección.

—¿Pueden las ondas gravitacionales atravesar cualquier cosa?

—¿Y por qué no? Las ondas gravitacionales son un misterio para nosotros, igual que la electricidad lo fue durante siglos para nuestra Ciencia. Sabemos cómo actúan, pero no cómo se producen.

—Si se trata de una máquina construida para orientarse en cualquier dirección, lo más probable es que se encuentre cerca de la cima de la montaña. Debe de haber algún camino para llegar hasta ella.

—Entonces ese camino está hacia arriba, no hacia abajo —dijo el doctor Ross.

—Eso es seguro, Doctor. Almirante, ¿por qué no abandonamos aquí las “tarántulas” y nos servimos de nuestros “backs” para buscar un camino hacia arriba?

—Bien, de acuerdo.

El grupo abandonó el edificio y regresó junto a las “tarántulas”, Miguel Ángel advirtió al profesor Ferrer que carecían de linternas para alumbrarse en la obscuridad que encontrarían también en los pisos superiores. Ferrer era un hombre ingenioso y solucionó este problema. Si cada hombre llevaba en su “back” una pila atómica que producía electricidad, todo lo que necesitaban eran bombillas y algunos pedazos de hilo de cobre.

Pero en el interior de las “tarántulas” había bombillas de muchas clases y centenares de metros de hilo para conducción eléctrica. En media hora cada hombre se había fabricado su propia linterna: una bombilla conectada por un hilo a la caja del “back”.

Cerraron las escotillas de las “tarántulas” y se pusieron en marcha.

—Subiremos hasta la bóveda, entraremos por las ventanas de la última planta y buscaremos algún paso que conduzca a otro piso superior —dijo el Almirante.

Llevando cada uno su bombilla encendida colgando del cuello, abrieron el regulador de sus respectivos equipos voladores y subieron suavemente hasta la bóveda. Como en las plantas inferiores, tampoco aquí había puertas ni cristales en las ventanas. Se colaron por éstas y andaron un buen rato desorientados hasta que un sargento descubrió, al final de un corredor, una escalera que ascendía por un angosto pasadizo.

Por esta escalera llegaron a un amplio túnel que se comunicaba por arcadas con otros iguales y paralelos, destinados al parecer a almacenar ciertas cosechas de las “mantis”.

Mientras los demás estaban ocupados en buscar una salida a aquel laberinto, Sara Bogani y el doctor Ross tomaban abundantes notas en su memoria, comentando la posibilidad de que las “mantis” conservaran cierto atávico instinto de guardar sus cosechas, lo cual no era propio del circumplaneta, donde no existían estaciones y las cosechas se daban una a continuación de otra.

Después de recorrer kilómetros de túneles y pasadizos, se hizo evidente que toda la montaña estaba horadada. Pero, aunque costosamente, iban ascendiendo, siempre hacia arriba.

Al cabo de tres horas y media ya habían aprendido algunas cosas: los pasos más frecuentados por los insectos solían presentar huellas de sus fuertes brazos acorazados en los muros. Un detalle que llamó la atención del profesor Ferrer cuando al entrar en otra angosta escalera observó:

—Miren, por aquí han pasado pocos insectos. Apenas se ven arañazos en la roca.

Minutos después, Miguel Ángel Aznar se detenía perplejo ante una puerta metálica de sólido aspecto. Era la primera puerta que encontraban, y estaba cerrada. Ferrer acercó su luz y la golpeó con la contera metálica de su fusil eléctrico.

—¡Dedona!

—¿Dedona? —repitió el Almirante como un eco—. ¿En este lugar? Los insectos no la conocen, seguro.

—Ya desechamos la idea de que los insectos construyeran nada de lo que hay aquí. Los anteriores habitantes del circumplaneta, dueños de una tecnología muy superior a la nuestra, tuvieron que conocer por fuerza la “dedona” —repuso el profesor.

—La echaremos abajo —dijo el Almirante.

Se echaron atrás. Miguel Ángel apuntó su fusil eléctrico y disparó contra la parte alta de la puerta. La “luz sólida” atravesó el sólido metal como un cuchillo un bloque de mantequilla. La puerta tenía poco espesor.

Poco a poco, utilizando el fusil eléctrico como un abrelatas, el Almirante fue cortando el metal a ras del quicio. Media hora emplearon en cortar todo el metal, hasta que la puerta se hundió cayendo con estruendo hacia adentro.

Una leve luz salió por el hueco. Detrás de la derribada puerta se extendía un largo pasillo, y al final del mismo, de un agujero del techo, venía una intensa luz. El Almirante avanzó resueltamente. Al final del pasillo una escalerilla metálica se empotraba en la roca llevando a un agujero como de una escotilla.

Los rayos luminosos que atravesaron la puerta, recorriendo el pasillo, habían destrozado también la escalerilla. Esto no era obstáculo para un hombre equipado con un “back”. El Almirante se

situó bajo el agujero, abrió el regulador de su “back” y salió disparado hacia arriba como un cohete. Pasó limpiamente por el agujero y entró en una amplísima bóveda brillantemente iluminada.

Apenas había cruzado la escotilla cuando algo le golpeó rudamente en la coraza. Mientras reducía la corriente eléctrica de su “back” le golpeó otro objeto en una pierna, lastimándole.

Una enorme antena, parecida a las corrientemente empleadas para transmisiones de radio y radar, ocupaba sobre un pie giratorio la mayor parte del espacio bajo una alta bóveda hemisférica. Pero en este momento Miguel Ángel apenas reparó en la antena. Dos “mantis” de charolados élitros se encontraban junto a la antena y le apuntaban con sus fusiles...

Mientras descendía de nuevo el Almirante enfiló su fusil contra uno de los insectos. Pero al mismo tiempo se dio cuenta que si disparaba contra los insectos atravesaría a éstos y dañaría con su disparo los complejos cuadros de mandos que estaban detrás. Entonces cambió de parecer, y abriendo el regulador del reactor, moviéndose casi por instinto, se arrojó como un proyectil sobre uno de los insectos.

—¡Aquí, Mantis! —gritó.

El otro insecto se apartó y le disparó a bocajarro en la espalda. La gruesa bala rebotó en la chapa de “dedona” que formaba la caja en cuyo interior estaban todos los mecanismos del “back”, incluida la pila atómica.

Miguel Ángel Aznar rodó junto con la “mantis” hasta estrellarse contra el muro. Mientras luchaba a brazo partido con el hercúleo animal, el profesor Ferrer aparecía saliendo por la escotilla. El disparo de la “mantis” no le alcanzó.

—¡No disparen, puede dañar la máquina! —gritó el Almirante entre jadeos.

La “mantis” le atenazó el cuello con ambas garras, como queriendo estrangularle. Otros hombres estaban subiendo por la escotilla. La “mantis” abandonó de pronto su presa sobre el cuello del Almirante, abrió sus crujientes élitros y desplegó sus diáfanas alas. Se remontó en el aire, agitando furiosamente las alas, y empezó a revolotear cómo una mariposa atrapada en una campana de cristal...

Se desarrolló a continuación una curiosa brega. Las dos “mantis”

estaban volando, y los astronautas volaban también torpemente, tratando de atraparlas y chocando varias veces violentamente con la cúpula, hasta que dos hombres al mismo tiempo atraparon a una de las “mantis” y cayeron con ella al suelo. La otra trató de huir por el agujero del suelo, pero sus alas desplegadas se lo impidieron. Tres hombres cayeron sobre el insecto en montón. Una de las transparentes alas estaba en el agujero. Desde el túnel, el doctor Ross disparó nerviosamente su fusil y destrozó el ala.

Alguien encontró en alguna parte un rollo de hilo de cobre de gran diámetro y acudió para amarrar a una de las fieras. El Almirante acudió en ayuda de los tres hombres que tenían sujeta a la segunda “mantis”.

Fuertemente maniatados los brazos contra el cuerpo, las “mantis” perdieron toda su acometividad. Mientras los astronautas bregaban todavía con ellas, Miguel Ángel Aznar iba a reunirse con Ferrer, que contemplaba extasiado la enorme antena.

—¿Es esto lo que buscábamos? —preguntó el Almirante señalándola.

—Seguro —Ferrer señaló a la enorme cúpula de doscientos metros de diámetro—. ¡Dedona! Ni siquiera nuestras bombas atómicas pudieron hundirla.

—¿Está funcionando la máquina ahora?

—Vamos a verlo.

Después de larga y cuidadosa investigación, el profesor Ferrer se dirigió a uno de los paneles de mandos y desconectó un interruptor. Se escuchó un chasquido como de una chispa eléctrica, y todos los indicadores del cuadro quedaron inmóviles.

—¿Cómo lo hizo? —preguntó el doctor Ross, que acababa de llegar con Sara Bogani.

—Elemental —dijo Ferrer satisfecho—. Hay una línea eléctrica de alto voltaje alimentando la máquina. Nada de reactor nuclear. Las “mantis” debieron encontrar la máquina abandonada y nunca supieron sacarle provecho al reactor nuclear que, descargado o averiado, debe haber en alguna parte. Supongo que harían distintas pruebas hasta ver que funcionaba con una corriente eléctrica. El voltaje seguramente no es el adecuado. Con los kilovatios apropiados, la máquina seguramente tendría más alcance... y nuestro magnífico autoplaneta habría podido ser atraído quizás y

destruido al estrellarse contra esté gigantesco circumplaneta.

—¡Dios mío! —exclamó el doctor Ross sintiendo que le temblaban las rodillas—. ¡De buena nos hemos librado!

—Es una máquina muy peligrosa —dijo el Almirante Aznar—. Tendremos que mantenerla bajo severa vigilancia hasta que podamos desmontarla.

—Yo me quedaré cuidándola —dijo Ferrer—. Regresen con los demás, comuniquen con nuestros cruceros y comprueben que han dejado de detectar las ondas gravitacionales. Si es así, todo va bien. Pueden aterrizar.

Dejando al profesor Ferrer con el resto de los hombres, Miguel Ángel Aznar, Sara Bogani y el doctor Ross abandonaron la cúpula. Encontraron una salida en la parte posterior de la montaña, cerca de la cima batida por el violento bombardeo. Remontándose con sus “backs” pasaron sobre la montaña y descendieron por el lado contrario para reunirse con el resto de la fuerza acorazada.

Ross fue a reunirse con el profesor Valera, para contarle sus experiencias, y el Almirante y Sara Bogani regresaron a la esfera-control Uno.

Cerrada la sólida escotilla, en el estrecho corredor de la sala de máquinas, el Almirante dijo a la profesora:

—Vamos a dejar aquí nuestras armaduras. Están llenas de polvo radiactivo.

Rápidamente se despojó del “back”, de la escafandra y de la armadura. Ayudó a Sara Bogani a quitarse el “back” y subió por la escalerilla a la cabina. Un minuto después establecía contacto por radio con el ROMA y le comunicaba el buen resultado de la operación.

—¡Magnífico! —exclamó el Comandante MacLane alborozado—. Ciertamente, nuestro detector ha dejado de registrar actividad de neutrinos.

—No eran neutrinos lo que registraban, eran ondas gravitacionales. Pueden aterrizar, tenemos mucho trabajo aquí.

—A la orden, Almirante. ¡Vaya un gol que se ha apuntado usted, señor! Hasta luego.

Miguel Ángel Aznar, descalzo y sin más ropa que un calzón corto negro, se echó atrás en el mullido butacón exhalando un suspiro de alivio.

Sara Bogani trepó por la escalerilla. Al despojarse de la armadura, toda su ropa eran unos “shorts” y el minúsculo sostén negro. El Almirante la oyó, cuando intentaba levantarse y cerrar la pesada tapa de la escotilla. Hizo girar media vuelta el butacón y se quedó contemplando admirado los contorneados muslos y las nalgas de la profesora.

—Espera —dijo.

Abandonó el butacón, se levantó y le ayudó a cerrar la escotilla. Luego, al incorporarse los dos a un tiempo, quedaron frente a frente. La mirada inquisitiva del Almirante contemplaba desde arriba los blancos y abultados globos. La chica enrojeció.

—¿No hay por aquí ropa que ponerme? —murmuró.

—Me temo que no. Esta bonita esfera era pequeñita como una pelotita. Cuando se comprimen los espacios vacíos de la materia... Bueno, en fin, hay ciertas cosas que ni se pueden comprimir ni es previsible el tratar de comprimirlas, como por ejemplo un mono de mecánico para una chica.

—No voy a poder quedarme aquí, medio desnuda, si me miras de ese modo. Iré a ponerme de nuevo mi armadura y...

—¡Quita ahí! —dijo el Almirante cogiéndola entre sus brazos—. La armadura está contaminada... y dentro de poco vas a tener mucho calor.

—¡Almirante!

—Llámame Miguel, vete acostumbrando.

Los labios del Almirante apresaron los de la profesora. Él la empujó suavemente hacia el butacón y ella se dejó empujar dejándose caer en la butaca. Suspiró.

El dichoso butacón era mullido como una cama, y una dulce sensación de cansancio la invadía. Todo era agradable ahora. ¡Dios mío, como besaba el maldito Almirante!

F I N